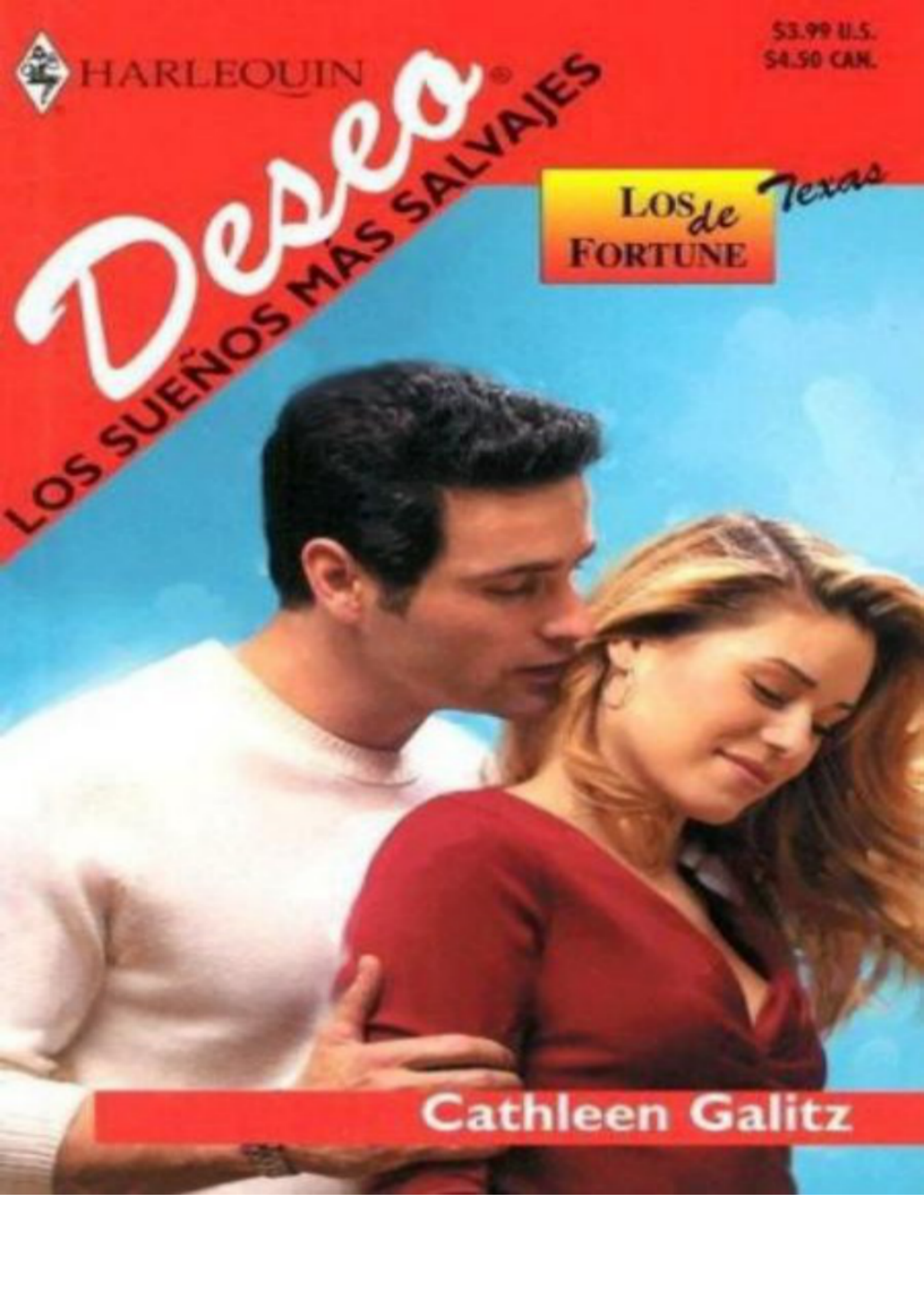


HARLEQUIN
Deseo®
$3.99 U.S.
$4.50 CAN.
LOS SUEÑOS MÁS SALVAJES
LOS de FORTUNE
Texas
Cathleen Galitz

# Los sueños más salvajes

**Tras una injusta acusación, Jonas Goodfellow se dio cuenta de que ya había tenido suficiente mala fortuna en la vida… y eso que todavía no había conocido a su «familia». Pero ni siquiera el sentido común o su maltrecho corazón pudieron hacer que se resistiera a los encantos de la dulce Tara Summers… la fiel secretaria que siempre había creído en él. Teniéndola en sus brazos, Jonas llegaba a creer que podía alcanzar cualquier sueño. Pero entonces descubrió que Tara se había quedado embarazada.**

**¿Podría afrontar el reto de convertirse en el marido que ella merecía?**

¡Heredero de los Fortune acusado de asesinato!

Red Rock está conmocionado por la noticia de que el sheriff Wyatt Grayhawk ha acusado a Jonas Goodfellow de haber intentado asesinar al tío de ambos, Ryan Fortune. Parece que este hombre de negocios le regaló una botella de vino envenenado al patriarca de los Fortune en la fiesta de bienvenida que la familia celebró para los herederos perdidos.

Pero la pregunta que todo el mundo se hace es: ¿quién es esa preciosa rubia que pagó la fianza de Goodfellow y que no se ha separado de su lado desde entonces?

Esa «preciosa rubia» es la leal secretaria de Jonas, Tara Summers. La señorita Summers acudió desde la oficina central de San Francisco para abrir una sucursal en el pueblo, ya que Jonas no puede salir de Red Rock hasta que se retiren los cargos. Nuestras fuentes nos han informado de que la pareja comparte una suite en un hotel local, pero por las miradas que han estado intercambiándose en secreto, ¡tal vez Jonas haya saltado del fuego para caer en las brasas!

LISTA DE PERSONAJES

Jonas Goodfellow: tras ser injustamente arrestado por el frustrado asesinato de Ryan Fortune, este heredero perdido no quiere saber nada de ese nido de víboras del que una vez esperó que lo aceptara como miembro de la familia.

Tara Summers: desde el día en que entró a trabajar para Jonas, ha estado enamorada de su jefe. Pero ahora que está embarazada de él, ¿estará Jonas dispuesto a convertirla en... su esposa?

Ryan Fortune: después de haberse enfrentado a la muerte, el cabeza de familia tiene pensados unos regalos muy especiales para las cuatro personas que lo acompañaron en sus peores momentos...

Capítulo Uno

Tara Summers se alisó las inexistentes arrugas de su traje rosa, elegido expresamente para la ocasión. Consciente de que era el foco de atención en la pequeña comisaría, no pudo evitar preguntarse si su falda sería demasiado corta. Había escogido aquella combinación con la esperanza de sentirse sexy y profesional al mismo tiempo, y a juzgar por cómo se la comían con los ojos los agentes de servicio parecía haber conseguido uno de los dos objetivos.

«Si tan sólo Jonas pensara así», pensó, mordiéndose el labio inferior.

La situación era de lo más irónica. Cinco años antes, había sido Jonás Goodfellow quien la había sacado de la cárcel. Tara tenía entonces diecisiete años, y se murió de vergüenza al ser encarcelada junto a Ellen, la hermanastra de Jonas, por beber alcohol después de la graduación.

Entre sollozos le había explicado la razón de su inadecuado comportamiento. Necesitaba desesperadamente un trabajo para ayudar a su padre, viudo y enfermo. Pero a su edad, sin un título universitario y sin más experiencia que algún trabajo eventual de camarera, no albergaba la menor esperanza.

Conmovido por su grave situación, Jonas le secó las lágrimas con un pañuelo y le ofreció un trabajo. Acababa de empezar en su propio negocio, y le dijo que necesitaba a alguien para ocuparse del almacén y atender las llamadas mientras él estuviera de viaje. El sueldo inicial era más de lo que Tara esperaba haber ganado en cualquier otra parte. No sólo la ayudaría a salvar la dignidad de su padre, sino que el dinero le permitiría además estudiar por la noche en la universidad.

-No te arrepentirás -le había prometido a Jonas, estrechándole fuertemente la mano.

Un par de brillantes ojos verdes y una maliciosa sonrisa la devolvieron al presente.

-¿Está segura de que una mujer tan guapa como usted quiere sacar de la cárcel a un sospechoso de asesinato... pudiendo disfrutar de la compañía de un caballero decente como yo?

El agente sacó pecho para recalcar su oferta. Parecía agradable, y tenía una edad mucho más cercana a la suya. Era el tipo de hombre con quien su padre siempre había querido que saliera... y con quien pudiera darle un par de nietos.

Tara respiró hondo antes de contestar.

-Completamente segura. ¿Quiere hacer el favor de llevarme hasta Jonas?

Por muy mal que estuvieran las cosas, no iba a abandonar a Jonas

en esos momentos. Era su oportunidad para pagarle la amabilidad y generosidad recibidas... Y para demostrarle que ya no era la niña a la que había rescatado tiempo atrás.

Con la piel de gallina, siguió al agente por el pasillo que conducía a las celdas. No sabía si el escalofrío era por la súbita bajada de temperatura o por el espeluznante ambiente de la cárcel. Con los ojos entornados escudriñó entre los barrotes de acero.

¿Quién sería aquel hombre sin afeitar sentado en el borde del catre con la cabeza entre las manos? No podía ser el siempre impecable y seguro de sí mismo Jonas Goodfellow.

Se recordó a sí misma que no podía esperar encontrárselo con su mejor aspecto e intentó sonreír.

Al percibir la delicada fragancia de su perfume, Jonas despertó de su melancolía y levantó la cabeza. Unos ojos azules se encontraron con unos pardos, y fue como si una corriente de energía eléctrica derritiera los barrotes que los separaban, creando la ilusión de que ellos dos eran las dos únicas personas en el mundo.

¿Quién sería ese ángel vestido de rosa? No podía ser aquella graduada asustadiza a la que había contratado un par de años antes para que atendiera las llamadas.

No, no podía serlo. Aquélla era una mujer adulta. Una mujer que sabía muy bien el efecto que estaba causando en todos los hombres allí encerrados.

Jonas soltó un gemido al oír un fuerte silbido que salía de la celda de enfrente, seguido por unas cuantas sugerencias dirigidas a la mujer de rosa. La severa reprimenda del joven policía fue recibida por una explosión de risotadas.

Nunca en toda su vida había querido Jonas romperle la cabeza a alguien como en aquel momento. La humillación y la indignación eran unos estimulantes muy poderosos cuando se mezclaban con injusticia. Viendo cómo la sonrisa de Tara temblaba, le echó una mirada asesina al preso de enfrente.

-Tienes suerte de que no estemos en la misma celda. De lo contrario, no podrías volver a silbar con una boca sin dientes.

En respuesta, el preso le lanzó una retahíla de palabrotas, pero se apartó de los barrotes para mantenerse fuera del alcance de Jonas cuando éste saliera de la celda.

Jonas se lamentó de que Tara lo viera así. Si hubiera tenido a alguien más, le habría ahorrado a su encantadora secretaria el viaje desde San Francisco a Texas. Por desgracia, no tenía más familia que su padrastro y su hermanastra. Ellen estaba en avanzado estado de gestación, por lo que no podía pedirle que hiciera un esfuerzo

semejante, y antes que pedirle un favor a su padrastro, Jonas hubiera preferido la silla eléctrica. Aunque, de todos modos, Nicholas Goodfellow se hubiera negado a ayudarlo, igual que se había negado a criarlo de niño o a cuidar de su joven y necesitada esposa, quien se había sometido a su abuso emocional hasta su muerte.

-Gracias por venir -le dijo a Tara cuando se abrió la puerta de la celda-. Eres todo un consuelo para mis ojos cansados.

Aunque él se resistió a darle un abrazo a su ayudante enfrente de todos aquellos matones, Tara Summers no fue tan reservada. Lo rodeó con los brazos y le dio un beso en la mejilla, lo que provocó otro comentario soez de uno de los presos.

Jonas se había imaginado muchas veces que tenía a esa mujer entre sus brazos, pero nunca había creído que fuera una sensación tan agradable. Demasiado agradable. Por centésima vez, tuvo que recordarse que la suya era una relación entre un jefe y su empleada. Amistosa y respetuosa. Cualquier otra cosa sería aprovecharse de la ingenuidad y dulzura de Tara.

-Salgamos de aquí -le susurró ella al oído.

Al recibir su aliento en el cuello, Jonas sintió un hormigueo en la piel. ¿Qué perfume llevaba? Una embriagadora mezcla de flores y almizcle. Jonas estaba convencido de que podría vender litros y litros de aquella colonia a cualquier hombre que fuera tan sensible como él a la sensualidad de los olores.

Después de pasar dos días entre rejas, estaba ansioso por salir de allí. Pronunció una pequeña oración de agradecimiento al atisbar la luz de la libertad. De la libertad condicional, se corrigió a sí mismo, maldiciendo que la fianza que Tara había pagado con dinero del negocio sólo lo liberara de la celda. A menos que abandonaran los cargos contra él, tendría que permanecer en Red Rock hasta el día del juicio. Hasta donde él sabía, el pequeño pueblo sólo existía con el único propósito de servir a la familia Fortune... ese nido de víboras que él había esperado ingenuamente que le diera la bienvenida.

-No sé cómo expresarte mi agradecimiento por haber venido a buscarme -dijo, muy rígido.

-Tú habrías hecho lo mismo por mí -respondió Tara con una sonrisa. Sabía lo mucho que Jonas odiaba estar en deuda con alguien-. De hecho, creo que ya lo has hecho.

-No es lo mismo -replicó él en tono amargo.

-Pues claro que sí- insistió ella-. Ahora es mi turno de cuidar de ti.

Aunque Jonas parecía sentirse ofendido, Tara sabía que su orgullo masculino se pondría por detrás de su gratitud. Al menos, eso esperaba mientras se dirigían hacia el coche que había alquilado para

su estancia en Red Rock.

El instinto femenino le hizo arrojarle las llaves a él. Después de trabajar tres años a su lado, no tenía el menor temor de que su jefe hiciera algo tan absurdo como intentar huir del pueblo. Sonrió cuando él le abrió la puerta del coche. Incluso en las peores circunstancias, Jonas siempre se comportaba como un caballero. Era uno de los rasgos que más apreciaba de él.

De camino al hotel donde se quedarían hasta que solucionara todo, Tara lo puso al corriente de los arreglos que había hecho. Se puso colorada al explicarle cómo la habitación del hotel consistía en dos dormitorios separados por un espacio central que podrían usar como oficina temporal.

Jonas agradeció que Tara hubiese tomado todas las precauciones necesarias para alejar su mente de la gravedad de la situación, pero lo molestó que pareciera tan incómoda por la idea de compartir habitación con él.

Al aparcar frente al hotel y apagar el motor, se giró hacia ella y le tomó la barbilla en la mano para obligarla a mirarlo a los ojos.

-¿De qué tienes miedo? ¿Acaso no me he comportado siempre como un caballero?

Al recordar las noches que se habían quedado trabajando juntos, cuando ella lo había pillado mirándola como si fuera algo más que una empleada, Tara quiso decirle: «¡Ese es el problema! Lo que precisamente temo es que no tengas el menor interés en mí como mujer. Una mujer que quiere ser más que una fiel empleada».

Descaradamente, le trazó la línea de la mandíbula con el dedo índice. La barba incipiente de dos días y la mirada atormentada de sus ojos lo hacían parecer más masculino que nunca. Ciertamente, un hombre así podría capturar el corazón de cualquier mujer con una simple mirada.

-¿Alguna vez se te ha ocurrido que tal vez seas tú el que tiene miedo de algo? -le preguntó, con una voz que le costó reconocer como suya.

La profunda risa de Jonas llenó el coche. Recatadamente, le agarró la mano y se la devolvió al regazo. Acto seguido, le hizo uno de sus guiños patentados.

-Por si acaso estás tentada de jugar con fuego, te prometo que mantendré mi puerta cerrada. Ya estoy metido en bastantes problemas para que encima me acusen de acostarme con una menor.

# Capítulo Dos

Rabiando por el frívolo cometario de Jonas, Tara mantuvo la cabeza alta mientras se registraban en el hotel. Los doce años que los separaban no eran tantos como para que se le subieran a la cabeza a su jefe, de tan sólo treinta y cuatro. No tenía edad suficiente para ser su padre ni nadie podría confundirla a ella con una adolescente. El orgullo femenino de Tara se alivió un poco gracias al anciano recepcionista, quien arqueó una ceja ante la pareja de solteros que solicitaba una suite. Obviamente, él no pensaba que ella fuera demasiado joven para Jonas.

-Les recuerdo que éste es un hotel de respetable reputación -les dijo el hombre santurronamente mientras les tendía un juego de llaves.

Jonas le echó una furiosa mirada, pero no le explicó la situación. Sin duda la opinión del recepcionista seria aún peor si supiera que un acusado de asesinato estaba hospedándose en su respetable hotel.

El hotel era el mejor de Red Rock. La suite estaba decorada en tonalidades apagadas de malva y turquesa; su diseño del suroeste ofrecía un aspecto de decadente elegancia, y el salón era lo suficientemente amplio para servir de oficina temporal. A pesar de las objeciones de Tara, Jonas insistió en que fuera ella quien ocupase el dormitorio principal, el cual tenía una pintoresca vista del parque. El se conformaba con que su habitación tuviera una cama y un teléfono. Después de pasar las dos últimas noches durmiendo en un catre con una manta agujereada, le aseguró a Tara que aquello era lo más cercano al cielo.

-Espero que no te moleste que me haya tomado la libertad de traer algunas cosas tuyas -le dijo ella, sacando el neceser de afeitado quejonas guardaba en la oficina.

Jonas sintió el impulso de besarla, pero se limitó a pasarse la mano por la barbilla y a darle las gracias.

-Ya sabes cuánto detesto tener mal aspecto.

Lo único que Tara sabía era que no le importaría que aquel demonio de ojos azules la rozara con su barba incipiente. Se puso a deshacer su propio equipaje, deleitándose con el zumbido de la maquinilla eléctrica procedente del cuarto de baño. Era la clase de ruido a la que podría acostumbrarse a diario, y se preguntó si las parejas casadas apreciarían realmente esos pequeños detalles de convivencia.

Cuando oyó el ruido de la ducha, se maravilló de cómo la hacía sudar el pensamiento de un simple acto higiénico. La imagen de Jonas, desnudo, con el agua resbalándole por sus relucientes músculos

y...

Diez minutos más tarde, él salió del cuarto de baño llevando tan sólo una toalla enrollada a la cintura. Con su pelo negro brillando por la humedad, tenía todo el aspecto de un gladiador romano. Se había dejado una pequeña mancha en sus anchos pectorales, y a Tara le costó no ofrecerse a limpiársela.

-Pareces un hombre desnudo -le dijo, e inmediatamente se dio cuenta del desliz freudiano-. ¡Un hombre nuevo! Quiero decir que pareces un hombre nuevo.

La risa de Jonas retumbó en la habitación. Siempre tenía la habilidad de aligerar la tensión en los momentos difíciles.

-Escucha -le dijo con una media sonrisa-, sé lo incómodo que tiene que ser esto para ti. Te prometo que intentaré no entrometerme en tu camino si tú haces lo mismo. Siento salir casi desnudo del baño, pero la verdad es que estoy pensando en quemar la ropa que llevaba. No quiero nada que me recuerde el tiempo que he pasado en esa maldita celda. Esperaba que tú, siendo una ayudante tan eficiente, me hubieras traído algo de ropa limpia...

-Te he dejado ropa limpia sobre la cama -se apresuró a decir ella-. No he traído mucho porque pensé que sería mejor comprar algo mientras estemos aquí. Ya sabes que llevo tiempo queriendo renovar tu vestuario.

-Te advierto que no pienso ponerme un anillo en la nariz que combine con esa ropa moderna del nuevo milenio -respondió él simulando un tono dolido.

Era la clase de broma que a Tara le gustaba pensar que algún día fuera parte de su matrimonio. Aunque Jonas no la viera más que como a una empleada, ella ansiaba con todas sus fuerzas que se diera cuenta de que era una mujer adulta. Después de todo, era demasiado brillante y ambiciosa para permanecer toda su vida en un trabajo sin futuro. Pero como aquélla era la oportunidad perfecta para demostrarle la esposa tan maravillosa que podría llegar a ser, estaba firmemente decidida a que pasaran juntos el mayor tiempo posible.

-Recuérdame que te dé un aumento -dijo Jonas, encaminándose hacia el dormitorio-, por cuidar tan bien de mí.

-Ha sido un placer -dijo ella, mirando embobada el trasero que se alejaba por el salón.

Al ver el reguero de humedad que dejaba en la alfombra, se preguntó si los matrimonios podrían llegar a romperse por detalles tan nimios como la falta de cuidado del marido al secarse los pies, no reemplazar el rollo de papel higiénico o no cerrar el tubo de la pasta de dientes. Había leído muchos artículos sobre el tema, y le habían

parecido una ridiculez. Dejó escapar un profundo suspiro. Sólo el tiempo diría si la convivencia podría acercarla al hombre que más deseaba en el mundo... o si terminaría por separarlos definitivamente.

Sabía que muchas mujeres se sentirían ofendidas por la manera que Jonas tenía de tratarla como a una empleada. Entendía que su obligación como mujer moderna era rebelarse -contra cualquier petición para hacer café, recoger la colada o trasladar la oficina a aquel hotel de Texas. Pero ella no podía sentir esa indignación. El amor convertía cualquier tarea en un placer, por muy mundana que fuese.

Además del hecho de que le gustaba estar cerca de él, Tara sabía que Jonas la recompensaría económicamente por lo que había hecho. Y, con un poco de suerte, tal vez consiguiera espolear los sentimientos de su jefe.

También sabía que Jonas haría todo lo posible para mantenerla a cierta distancia. Claramente le producía regocijo ver cómo ella se ruborizaba o se estremecía cuando él se acercaba demasiado. Cualquier mujer menos decidida se habría resignado a una mera relación platónica. Pero Tara Summers no. Habiéndose mantenido a ella misma y a su padre desde los diecisiete años, sabía muy bien lo que significaba la persistencia. Ésa era su oportunidad para pagarle a Jonas la confianza que había mostrado en ella cuando nadie más lo hizo, y también para demostrarle sus sentimientos. Sabía que si no lo hacía allí, no se atrevería a hacerlo cuando volvieran a San Francisco, donde ambos volverían a la misma rutina de siempre.

Tara sintió un estremecimiento de emoción y anticipación ante la idea de pasar una temporada en compañía de un hombre tan varonil. Pero, a sus veintidós años, la preocupaba cómo podría afectar eso a su reputación.

De hecho, estaba convencida de que su virginidad era su reputación.

Naturalmente, había tenido muchas oportunidades para dejar de serlo. No pocos hombres se habían ofrecido, pero ella, con su anticuada visión del romanticismo, tenía la esperanza de compartir ese preciado regalo con un hombre que la amase de verdad. Un hombre que la amase con la pasión inmortalizada en sus adorados versos. Ciertamente, la historia de Jonas era tan trágica que merecía una balada. Aunque estaba segura de que él no la culpaba por el aprieto en que se había visto metido, Tara no podía evitar sentirse culpable por el papel que había desempeñado en hacerlo ir a Texas.

Cuando Jonas salió del dormitorio, minutos más tarde, llevaba unos pantalones caqui y una camisa blanca. Tara pensó si le gustaba

más recién afeitado o con un aspecto duro y descuidado, y decidió que Jonas no encajaba en ninguna categoría concreta. Tan pronto podía traspasarla con sus penetrantes ojos azules como podía mostrar la tierna imagen de un niño solo contra el mundo.

-¿Listo para informarme de todo lo ocurrido? -le preguntó ella, sacando dos gaseosas del bar y tendiéndole una.

-Después de lo que he pasado, creo que necesito algo más fuerte -dijo él, sentándose en el sofá y estirando las piernas.

Tara sacó una cerveza y se la dio. Acto seguido, se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sillón.

Jonas se fijó en sus esbeltas curvas y tomó un largo trago antes de empezar a hablar.

-Bueno, en primer lugar, ya sabes cómo y por qué he acabado aquí.

-La invitación -dijo ella, sintiendo otra vez la punzada de culpa por haberlo animado a ir al Double Crown Ranch. Varios meses atrás, Jonas había recibido una invitación de su tío, Ryan Fortune, para que asistiera a la fiesta de bienvenida que la familia ofrecía a los «herederos perdidos». Por lo visto, Cameron Fortune, conocido por sus desvaríos extramatrimoniales, había tenido tres hijos ilegítimos antes de morir en un accidente de coche junto a su joven amante.

La primera reacción de Jonas había sido rechazar tajantemente la invitación. Después de todo, lo único que su padre biológico había hecho por él había sido engendrarlo en el útero de una mujer que merecía mucho más de lo que recibió. Pensar en cómo aquella buena mujer tuvo que soportar el abuso de Nicholas Goodfellow tan sólo para asegurarle un hogar y un apellido a su hijo era más de lo que Jonas podía soportar. No lamentaba especialmente la muerte de Cameron, y si le hubiera gustado verlo en persona habría sido únicamente para escupirle en la cara.

Pero Ryan Fortune había sido tan amable al hablar con él por teléfono, y había intentando tan denodadamente disculpar los errores de su hermano, que Jonas se había sentido tentado de encontrarse con la familia que nunca había conocido. Puesto que su madre había muerto cuatro años antes, nada de lo que hiciera ya podría hacerle daño a la pobre mujer.

Y, a pesar de sí mismo, había sentido curiosidad.

Durante años se había preguntado por el hombre que abandonó a su madre. La única vez que consiguió sonsacarle información, ella le dijo que su embarazo había sido el resultado de la aventura de una sola noche, la única que había tenido en su vida. Sus padres, muy conservadores y estrictamente religiosos, se habían avergonzado hasta tal punto de ella que le habían retirado su apoyo y su afecto. La

vergüenza aún le encendía las mejillas cuando recordaba aquellos días tan horribles en los que tuvo que luchar para mantenerse con un mísero salario. Que el padre biológico de Jonas fuera multimillonario no supuso la menor diferencia.

El hecho de que un perro callejero hubiera recibido mejor trato que Jonas a manos de su padrastro hizo que sus logros fueran aún más impresionantes. Lo había conseguido todo por su propio esfuerzo, y ésa la razón por la que quería ahondar en sus raíces. La mayoría de la gente estaría deseando conocer a unos parientes ricos sólo por el dinero; él prefería demostrarles a los Fortune que lo único que quería de ellos era el respeto que le habían negado desde que nació.

-Tal y como sugeriste, llevé una botella de vino para la ocasión -siguió contando- Como gesto de buena voluntad.

Tara asintió. Sabía que Jonas no la culpaba por haberle sugerido aquello.

-De nuestra reserva especial francesa -dijo ella-. Sí, lo recuerdo.

-Fue muy bien recibida -dijo, e hizo una breve pausa-. Y yo también.

Sabiendo lo mucho que la complacería, Jonas pensó en decirle lo agradable que había sido la inmediata aceptación en la familia Fortune. Todos parecían buenas personas, y después de soportar durante años las declaraciones de su padrastro diciendo que él no era de su carne y sangre, pensó que finalmente había encontrado un hogar.

-¿Hubo algún problema con el vino? -preguntó Tara.

-Sí, se podría decir que sí -respondió él con una irónica sonrisa-. Poco después de la fiesta, tuvieron que ingresar a mi tío en el hospital. Analizaron el vino y resultó que estaba envenenado. Por ello acabé en la cárcel.

Tara ahogó un grito de incredulidad. Nunca se había imaginado que, al animarlo a que estableciera lazos con los Fortune, Jonas estaría implicándose en un delito tan atroz como el que le estaba relatando.

-¡Pero al vino no le pasaba nada! -se apresuró a exclamar, en defensa de su jefe-. Es uno de los mejores. De hecho, hace dos días hice otro pedido a Francia. Si hubiera habido algún problema, la empresa lo habría retirado de inmediato.

A Jonas lo sorprendió que fuera tan ingenua como para pensar que el vino había sido envenenado en la misma fábrica.

-Le he insistido a la policía que analicen la botella. Estaba tan ansioso por causar una buena impresión, que compré una de gran tamaño, demasiado grande como para poder vaciarse por completo en la licorera de cristal labrado de Ryan.

-Aunque el análisis haya dado resultados positivos, no entiendo cómo pueden culparte a ti -declaró ella con vehemencia-. No eras el único invitado en la fiesta.

La indignación de Tara le resultó muy gratificante a Jonas, quien había temido la posibilidad de que ella sacara la misma conclusión que la policía, es decir, que él fuera sospechoso de un intento de asesinato. No sólo estaba relacionado con el arma del crimen, sino que, como había señalado el sheriff Grayhawk, era muy fácil para él, siendo un comerciante internacional, obtener ilegalmente el veneno. Hasta su afamado abogado era pesimista.

Se hubiera acabado de hundir si hubiese visto el miedo o el reproche en los grandes ojos marrones de su ayudante. Sabía que estaba lejos de ser un caballero con reluciente armadura, pero la alta opinión que Tara tenía de él lo animaba a ser una buena persona. Tal vez no mereciera estar en el pedestal en el que Tara lo había puesto, pero no estaba preparado para bajarse aún.

-Tienes razón -le dijo-. En la fiesta había congregada más gente que en todo este maldito pueblo.

-Seguramente tu tío sabe que cualquiera podría haber...

-Ryan no está en condiciones de pensar con claridad en estos momentos. Sigue en el hospital y su estado es crítico.

Para Tara fue como si hubiera caído una bomba entre ellos y aún no hubiera explotado. Si Ryan Fortune moría, Jonas sería acusado inmediatamente de asesinato. En un estado tristemente célebre por aplicar la pena de muerte, lo mejor que podría pasarle era ser condenado a cadena perpetua.

La situación era mucho más grave de lo que Tara había supuesto cuando hizo la maleta y salió para Texas. Hasta entonces había pensado que sólo se trataba de un tremendo error que podría ser fácilmente resuelto con un poco de tiempo y lógica.

-Pero, ¿qué razón podrías tener para querer matar a tu tío? -le preguntó, como si estuviera representando ya la escena del juicio.

-¿Aparte de una herencia de millones de dólares? -replicó él con una sonrisa torcida-. Según el sheriff Grayhawk, la venganza es siempre un incentivo. Sabe que nunca he tenido en mucha estima a mi padre biológico, y puede pensar que he extendido ese odio hasta su hermano, mi tío Ryan.

A Tara le daba vueltas la cabeza. Se alegró de no estar bebiendo más que una gaseosa. Tenía que estar al cien por cien de sus facultades para juntar todas las piezas de aquel rompecabezas. Miró con recelo la cerveza de Jonas.

-No pensarás que alguien ha envenenado nuestras bebidas,

¿verdad?

-He pensado en esa posibilidad. Aunque no creo que nadie intente acabar conmigo mientras permanezca en Red Rock, debemos aseguremos de que las botellas y envases están convenientemente precintados.

La mera posibilidad de que Jonas no saliera vivo del pueblo le provocó un escalofrío a Tara.

-Entendería que no quisieras quedarte aquí -dijo él, viendo cómo a Tara se le había puesto la carne de gallina.

-Intenta librarte de mí y verás -replicó ella con fingido entusiasmo.

Nada iba a separarla de su jefe en aquellos momentos tan delicados. Si algo le pasaba a Jonas, no sabía cómo podría seguir levantándose por las mañanas. Lo supiera él o no, era el centro de su universo. Así que, en vez de profundizar en las posibilidades más pesimistas, decidió afrontar la situación igual que había hecho siempre en su vida: paso a paso.

Dejó la bebida para indicar que el descanso había acabado y que estaba lista para volver al trabajo.

-En cuanto llegue el ordenador, nos conectaremos a Internet y nos pondremos al día con el correo y el trabajo atrasado. Luego, nos pondremos a investigar quién puede ser el criminal y decidiremos la mejor manera de limpiar tu nombre.

La sonrisa fatigada de Jonas estuvo cargada de amargura.

-Goodfellow puede ser el apellido de un bastardo, pero después de todo lo que ha sucedido, confieso que prefiero ese nombre al que no me ha traído nada más que desgracias desde que llegué a Texas.

Capítulo Tres

Ver trabajar a Tara Summers bastaba para agotar a una persona. A Jonas le gustaba observar a la incansable hormiga en acción. No parecía haber tarea demasiado dura para ella. Así que, cuando su ayudante le anunció su decisión de descubrir al culpable y limpiar su nombre, Jonas estuvo tentado de llamar a la policía local y ponerlos en alerta.

-Escucha, Tara -le dijo, poniéndole una mano en el hombro con la esperanza de que el gesto la calmase-, no quiero que hagas ninguna estupidez. No me perdonaría que te ocurriera algo. Aunque no confiemos mucho en el sistema, vamos a dejar que sea la ley quien se encargue de esto. Lo último que necesito y quiero es que arriesgues tu bonito cuello por mí.

Tara sintió un hormigueo en el hombro, donde descansaba la mano de Jonas. El tacto le quemaba la piel a través de la ropa, y las palabras «bonito cuello», aún siendo halagadoras, la hacían sentirse como una ingenua colegiala.

-¿Qué tengo que hacer para que dejes de verme como una niña tonta? -le preguntó exasperada.

Jonas la miró con ojos entornados. Desde hacía tiempo le suponía un suplicio ver a Tara como una cría, y que le exigiera que abandonase su único escudo contra ella era tan enervante como el modo en que su cuerpo reaccionaba cuando estaban cerca.

-Nunca he querido dar a entender que seas infantil -replicó con voz serena. Si ella supiera lo que le costaba contenerse para no demostrarle cómo la veía.- Es sólo que me preocupo por ti, y no me gusta que pienses que soy incapaz de ocuparme de mis propios problemas.

Al oírlo expresarse así, como un hombre que sentía la necesidad de mostrarse fuerte y seguro, Tara se mordió la lengua. No tenía razón para llevarle la contraria, y además, en cualquier caso ella iba a hacer lo que quería.

Al cabo de unas horas, las cajas empezaron a llegar, y en poco tiempo habían transformado la suite en una oficina temporal, con el ordenador funcionando y el papeleo apilado en orden de prioridad. Desde San Francisco, la persona que Tara había contratado para que se ocupara temporalmente de la oficina informó de que todo marchaba sin problemas. Jonas se lamentó de que tuviera que cancelar su inminente viaje de negocios al extranjero, el cual había esperado con impaciencia.

Aunque gran parte de sus negocios lo hacía a través de Internet, le seguía gustando realizar incursiones periódicas en territorios

peligrosos e inexplorados. Exponerse a enfermedades contagiosas y conflictos armados era parte del atractivo de su trabajo, y ese estilo de vida aventurero lo había ayudado a soportar los días que pasó en prisión, esperando la llegada de Tara. Por mucho que despreciara a sus compañeros de celda, siempre serían menos temibles que el jefe de una tribu de jíbaros con quien una vez compartió una comida. Aunque, naturalmente, aquel jefe era mil veces más honorable que la escoria que abarrotaba las cárceles.

Tara sabía que su jefe encontraba bastante aburrido el trabajo comercial, y en secreto se aliviaba que todo aquello lo refrescara un poco. No se le había pasado desapercibido que cada vez que ella intentaba mostrar sus sentimientos, él se marchaba al extranjero. Como no podía creer que fuera una coincidencia, estaba decidida a aprovechar esa oportunidad para descubrir si su jefe sentía por ella algo más que respeto profesional.

Que él la encontrase increíblemente seductora no se debía en modo alguno a un comportamiento fuera de lugar por su parte. No podría encontrar en ella falta de decoro, ni siquiera en su vestuario. Lo que llevaba en ese momento era puramente profesional, y no era culpa suya que la falda se ciñera de un modo tan fascinante a sus caderas o que revelase un par de piernas largas y esbeltas, ni que bajo la camisa se adivinara la tentadora curva de sus pechos.

Jonas no creía que ella hubiese cambiado a propósito de perfume, pero aun así, la delicada fragancia causaba estragos en sus sentidos. Cada vez que ella se acercaba, lo asaltaban unas sensuales y obsesionantes imágenes por las que podrían condenarlo por acoso sexual si se dejara llevar por ellas. Convencido de que el trabajo duro era lo que necesitaba para mantenerse despejado y concentrado, se negó a hacer un descanso en lo que quedaba de día.

Cuando se hizo de noche, Jonas se apartó del monitor con un gruñido y dijo que aunque se estaba muriendo de hambre, no quería salir del hotel y fomentar los cotilleos en el pueblo. Feliz de poder complacerlo, Tara se acercó a él para apagar el ordenador y declaró que el trabajo se acaba por ese día. Jonas se vio momentáneamente envuelto por la fragancia de sus cabellos, y. cuando éstos le rozaron la piel durante un breve segundo, una intensa llama ardió en el centro mismo de su ser.

Tara llamó al servicio de habitaciones y pidió vino y una cena para dos. Personalmente, le encantó el romanticismo de las velas y las flores que acompañaban la bandeja, servida por un joven impecablemente vestido de blanco. Era el escenario ideal para una elegante seducción.

Por desgracia, Jonas parecía insensible al encanto del momento, aunque la comida era deliciosa y Tara emitía suspiros de placer con cada bocado que tomaba. Cuando le pidió que le pasara la sal, la mano de su jefe le rozó involuntariamente la suya, lo que le provocó un estremecimiento por todo el cuerpo.

-Por la ayudante más maravillosa del mundo -dijo Jonas, alzando su copa y chocándola ligeramente contra la de Tara.

Ella tomó un pequeño sorbo y se ruborizó. El cumplido era tan fuerte como el vino y la había calentado por dentro.

-Me alegra que sepas lo afortunado que eres al tenerme -respondió, batiendo exageradamente las palmas. Como el flirteo nunca había sido su fuerte, pensó que el buen humor sería lo más conveniente para superar los incómodos silencios.

-Ciertamente, lo soy -le aseguró él.

Con el paso de los años, había llegado a depositar su confianza en la fortaleza de Tara, en su buen juicio y en su encantador sentido del humor, y no sólo en lo referente a los negocios. Tara había llegado a ser su confidente, lo había animado a encontrarse con su familia y se había apresurado a sacarlo de la cárcel.

Con cada sorbo de vino que su ayudante tomaba, Jonas podía ver cómo se iba relajando. Recordó cómo la bebida la había llevado una vez a la cárcel, junto a su precoz hermanastra, y estuvo tentado de decirle que fuera más despacio. Pero se la veía tan entusiasmada y contenta sentada allí, que no quiso comportarse como un padre. Tara era lo suficientemente mayor para tomar una copa si quería: Pensó en lo bien que combinaba su traje rosa con el color de su piel y se encontró a sí mismo disfrutando de la compañía de tan imponente mujer.

El sonido de su risa lo ayudó a apartar la inquietud. Era el sonido más delicioso que hubiera oído jamás, y le hizo pensar en lo difícil que iba a ser la convivencia. En la oficina de San Francisco le había resultado muy duro no verla más que como la mejor amiga de su hermana menor. Allí, en Texas, haría falta la voluntad de un santo para no fijarse en su voluptuoso cuerpo y en sus cautivadores ojos. ¿Cómo podía conspirar el destino para reunir inocencia y sensualidad en semejante modelo de feminidad pura?

Le rellenó la copa y se dijo a sí mismo que con él estaría a salvo. Tara no iba a ir a ninguna parte aquella noche, y lo peor que podría pasar era que tuviese que meterla en la cama. Aquel pensamiento lo pilló desprevenido, y por la reacción instantánea de su cuerpo, tuvo que preguntarse quién la protegería de él.

Avergonzado por la dirección que habían tomando sus

pensamientos, se recordó severamente lo mucho que le debía a aquella mujer. Mucho más que una simple aventura de una noche... como la que había conducido a su propio nacimiento. No tenía la menor intención de hacerle algo así a nadie, y mucho menos a una mujer tan dulce y encantadora como Tara.

-Creo que voy a acostarme temprano -dijo, intentando disimular un bostezo mientras se levantaba. Aunque dudaba de que pudiera dormirse estando su cuerpo tan sensible a la presencia de la hermosa mujer que lo acompañaba. La expresión de decepción en el rostro de Tara casi lo obligó a sentarse de nuevo, pero la prudencia lo mantuvo de pie.

-Buenas noches -murmuró ella. El tono de culpa en su voz implicaba que de algún modo se sentía responsable por la rápida retirada de su jefe.

Jonas se encerró en el dormitorio y ella permaneció sentada a la débil luz de las velas, reflexionando sobre el futuro. Era obvio que su jefe estaba decidido a comportarse como un caballero, y aunque ella respetaba su postura, la encontraba tremendamente exasperante. No era nada pretenciosa y se sentía incómoda en el papel de provocadora, pero sabía que si esperaba a que fuera él quien diera el primer paso, se moriría siendo una vieja criada, como aquellas ridículas caricaturas que aparecían en las cartas con las que jugaba de niña.

Contempló la botella de vino medio vacía y consideró la posibilidad de entrar por equivocación en su dormitorio. Siempre podría culpar al alcohol por su desorientación. Pero ése no era su estilo, y no estaba segura de sus proezas sexuales como para arrojarse en sus brazos.

Jonas no tenía ninguna relación en aquel momento, pero ella sabía que no practicaba el celibato. Había visto, con una mezcla de disgusto y celos, a muchas mujeres aproximarse descaradamente a él con un propósito claro. Mujeres guapas, experimentadas y seguras de sí mismas, sin miedo a defraudar en la cama.

Para ella era una agonía estar tan cerca del hombre al que amaba y a la vez tan lejos. Era lo mismo estar separados por miles de kilómetros que por un estrecho tabique. Con un suspiro, se levantó y arrancó una margarita del ramo para ponérsela tras la oreja.

-Mañana será otro día -dijo en tono melodramático, imitando uno de sus personajes favoritos. Escarlata O'Hara era una mujer que no se detendría ante nada hasta conseguir su deseo. Convencida de que en aquellas palabras había una lección para ella misma, dejó a un lado sus problemas y se fue la cama.

Después de una reparadora noche de sueño, Tara tenía una

cafetera preparada y estaba lista para empezar a trabajar a las ocho de la mañana.

A diferencia de ella, a su jefe no le gustaba especialmente madrugar. Con un amplio y sonoro bostezo, entró en la «oficina» vestido con unos vaqueros y una ajustada camiseta blanca que definía perfectamente sus poderosos músculos. Tenía el pelo revuelto, y Tara no supo cuál de los impulsos que sintió fue más fuerte: si el de deslizar las palmas por aquellos bíceps abultados o el de alisar la rebelde mata de pelo. Aun con aspecto medio dormido y despeinado, estaba lo bastante atractivo como para que a cualquier mujer se le hiciera la boca agua.

-¿Café? -le ofreció, dominando sus pensamientos y retomando su actitud profesional. Jonas murmuró algo parecido a un sí. Ella le tendió una taza y lo miró con preocupación-. ¿Has dormido bien?

-La verdad es que no -respondió él fulminándola con la mirada. Sus ojeras lo confirmaban.

¿Cómo podía estar así de animada tan temprano? Mientras él se había pasado la noche dando vueltas y fantaseando con la ropa interior que llevaría, Tara había estado apaciblemente dormida, ajena a su tormento. Lo menos que podía hacer era tener la decencia de mostrarse tan susceptible como él a una mirada asesina por la mañana.

Sin hacer caso de su mal humor, Tara le ofreció un donut para «endulzarlo» un poco. Él se tomó tres, y no pudo evitar una sonrisa al preguntarse cómo sería despertarse cada día con una expresión tan animada. Ciertamente, el canturreo desafinado de Tara era una manera muy agradable para empezar el día.

Una ducha caliente y un buen afeitado lo ayudaron a despejarse. Cuando volvió al salón, Tara colgó inmediatamente el teléfono, se levantó de un salto y le preguntó si se sentía mejor.

Al ver cómo se ruborizaba, Jonas ignoró su pregunta y le preguntó a su vez:

-¿Quién era?

-Estaba intentando ponerme en contacto con tu tío -admitió ella con reticencia, deseando saber mentir mejor. La sombría expresión de Jonas le confirmó que no le había gustado nada su intromisión-. Sé que estabas preocupado -se apresuró a explicar-. Parece que se va a poner bien. ¿Sabías que tienen previsto darle el alta cualquier día de éstos?

-No, no lo sabía -las palabras de Jonas sonaron tan entrecortadas como una marcha militar-. Y aparte de cómo me afecte eso personalmente, no me importa mucho.

A pesar de estar horrorizada, Tara tuvo la sorprendente habilidad de mostrarse serena. Decidió permanecer en silencio y se puso a ojear el correo.

-De acuerdo -dijo finalmente Jonas, irritado por no poder contener la curiosidad-. ¿Qué tenía que decir?

Tara mantuvo la vista fija en una carta para evitar su mirada.

-Sólo que su abogado le ha aconsejado que no hable contigo. Hablaba con voz muy débil -añadió, con la esperanza de calmar un poco la furia de su jefe-, como si estuviera drogado por los medicamentos.

Lo último que quería era estirar más el deshilachado lazo familiar. Con su optimismo habitual, aún tenía la esperanza de que Jonas pudiera establecer una relación con sus parientes texanos. Pero no era el momento para sacar ese tema.

-No quiero que vuelvas a hablar con él nunca más. Ni con ningún otro Fortune -le dijo en tono amenazante. .

-Eso puede ser muy difícil -respondió ella forzando una sonrisa-, teniendo en cuenta que es imposible dar dos pasos en este pueblo sin tropezarse con uno de tus parientes.

-Pues entonces no des ni siquiera dos pasos.

-¿Cómo te atreves a hablarme como si tuviera catorce años? -explotó ella-. Soy una mujer adulta y hablaré con quien quiera. Y si no dejas de tratarme como a una cría, voy a hacer más que eso.

Sobresaltado por su fervor, Jonas suavizó el tono.

-Lo único que digo es que preferiría que no te relacionaras con ninguno de mis parientes -no sentía que tuviera que darle una explicación, pero aun así se la dio-. No confío en ellos, y no quiero que nadie te haga daño.

Al comprobar que la preocupación reflejada en aquellos ojos increíbles era sólo por ella, la indignación de Tara se derritió como un helado bajo el sol veraniego. Tocada, buscó un entendimiento.

-Aprecio tu preocupación, Jonas -le dijo, suavizando el tono ella también-. Pero tienes que darte cuenta de que eres tú quien está en peligro, no yo. Si alguien te ha tendido una trampa, ¿quién sabe hasta dónde estará dispuesto a llegar? No soportaría que te ocurriera algo malo -la voz se le quebró por la emoción-. Te prometo que tendré cuidado si tú también lo tienes.

Incapaz de discutir con lo que parecía una lógica aplastante, además de una lealtad conmovedora, Jonas decidió aceptar la palabra de Tara y dedicarse al trabajo del día. No lo sorprendió que Tara lo tuviera todo bajo control y que, salvo unos documentos pendientes de firmar, apenas quedaban cosas por hacer.

Por otro lado, las noticias de su tío lo habían incomodado bastante. En su fuero interno anhelaba ser aceptado en la familia Fortune, y le dolía que lo vieran como a un criminal. Si bien se sentía aliviado al enterarse de la pronta mejoría de su tío, lo ofendía sobremanera que no quisiera hablar con él.

¡Cuánto deseaba tomar el siguiente avión y dejar todo aquello atrás! Con frecuencia anhelaba el tipo de viajes al extranjero que para la mayoría de la gente resultarían traumáticos. Pero en esa ocasión, su inquietud y necesidad de escapar tenían un motivo y un nombre: Tara.

Por desgracia, la ley le impedía seguir su patrón habitual de huida.

A medida que transcurrían las horas, a Jonas se le hizo más difícil no fijarse en el esbelto cuello de Tara cuando ésta se inclinaba sobre el teclado, en la textura de sus cabellos acariciándole la mano cuando él alargaba el brazo para agarrar el auricular que ella le tendía, en la dulce fragancia que desprendía y que le aceleraba frenéticamente el pulso, y en aquel par de ojos inocentes enmarcados por larguísimas pestañas. Al final de la jornada, pensó que se volvería loco si no salía de aquel confinamiento.

-Necesito respirar aire puro -anunció de repente.

Sobresaltada, Tara apartó la mirada del monitor. Consultó la hora y le sonrió afablemente.

-¿Qué te parece si salimos a cenar?

-¡No! -el grito de Jonas reverberó en la habitación.

Al instante se arrepintió de su reacción. Después de todo, no había motivo para declinar la invitación, y lo último que quería era herir los sentimientos de Tara. Así que acabó aceptando la sugerencia. Tal vez después de la cena ella quisiera

Aunque Tara sabía lo incómodo que era para Jonas mostrarse en público, estando en libertad bajo fianza, no podía evitar la emoción que sentía por irse a cenar con él. Era casi como una cita de verdad, así que se cepilló con esmero el pelo y se pintó los labios para la ocasión. Gracias al color natural de sus mejillas no le hizo falta más maquillaje.

Eligieron un pequeño restaurante de las afueras con la esperanza de que nadie reconociera a Jonas. La camarera los llevó a una mesa apartada, e intentaron ignorar las cabezas que se giraron al verlos pasar. Jonas sabía que la elegancia y las curvas de Tara llamarían la atención en cualquier sitio, aunque no fuera acompañada del preso más famoso de Red Rock.

Por su parte, Tara atribuyó la inquietud de Jonas al hecho de que había estado encerrado demasiado tiempo. Durante todo el día le había recordado a un tigre enjaulado, contemplando ávidamente la

libertad entre los barrotes y rugiendo a cualquiera que se acercase.

Lo que ella no entendía era que fuese su propia proximidad la que lo turbaba tanto.

A Jonas lo complació que Tara disfrutase con la comida. Habiendo cenado con tantas mujeres a las que les gustaba pedir platos carísimos y que a los tres bocados decían estar llenas, era refrescante estar con alguien con un apetito voraz. ¿Disfrutaría también Tara viendo un partido de béisbol con un perrito caliente y una cerveza?

Hacía mucho que unos detalles tan nimios no le resultaban atractivos a Jonas. De niño no había tenido un padre que lo llevara a los partidos de béisbol ni que jugara con él en el jardín. Su padre biológico nunca había querido conocerlo, y su padrastro no le prestaba la menor atención. Al hacerse un hombre adulto, había intentando borrar los dolorosos recuerdos de la infancia viajando a lugares lejanos y poniéndose en situaciones de alto riesgo. Nunca se le había ocurrido que muy cerca de él tenía una respuesta, en la forma de aquellos ojos marrones que tenían el poder de hacerle ver el mundo de otra manera.

Al acabar su pastel de chocolate con un suspiro de satisfacción, Tara sugirió que fueran al cine. Jonas aceptó, pensando que eso lo ayudaría a apartar su mente del trabajo y de una preciosa rubia en concreto. Sin embargo, no tuvo en cuenta que su cuerpo respondería con voluntad propia al estar sentado a oscuras junto a ella. Su embriagadora fragancia le nubló los sentidos y le impidió concentrarse en la pantalla. La risa de Tara era tan contagiosa que Jonas se encontró a sí mismo sonriendo, a pesar de que no estaba escuchando ni una sola palabra de los actores.

En un momento de la película, Tara se asustó y le agarró el brazo con fuerza. Él apretó instantemente los músculos, sintiendo la repentina necesidad de mostrarse fuerte y protector. No podía evitarlo: le gustaba ser su héroe.

Aquello era el colmo de la ingenuidad. Y tan peligroso para Tara como para él mismo. Después de todo que futuro había para un hombre acusado de intento de asesinato

Al salir del cine, cuando ya estaba oscureciendo, Jonas estaba decidido a separarse de ella y volver al hotel. Entonces, ¿por qué aceptó la sugerencia de Tara para dar un paseo por el parque? Era un misterio, igual que el envenenamiento de Ryan Fortune.

El parque estaba desierto salvo por una única familia. Los padres estaban recogiendo los restos del picnic, doblando manteles y reuniendo a los críos, que no paraban de protestar. El padre tuvo que perseguir a la hija menor, que huyó corriendo encantada, creyendo

que estaban jugando al pillapilla. Tara y Jonas mantuvieron las miradas apartadas el uno del otro, como si el estar a solas pudiera hacerles desear un estilo de vida como el que se desarrollaba ante ellos.

Incómoda con sus pensamientos, Tara lo retó a una carrera hasta los columpios. Cuando él se negó, ella se burló llamándolo viejo carcamal y echó a correr por su cuenta. Jonas se quedó impresionado al verla tan hermosa, con su dorada melena volando al viento. Salió en su persecución y, a pesar de la considerable ventaja de Tara, llegó él primero a los columpios.

Le resultó delicioso abandonar la carga de responsabilidad que su padrastro le había inculcado durante tantos años, y aunque se consideraba demasiado maduro como para columpiarse, se colocó detrás de Tara y la empujó, suavemente al principio y luego con más fuerza. Tara arqueó la espalda y apuntó con los pies al cielo, sin dejar de reír. Fue una de las imágenes más inocentemente eróticas que Jonas recordaba haber visto.

Tara sintió cómo el aire se le congelaba en los pulmones cada vez que él la empujaba hacia las estrellas. A pesar de las espantosas circunstancias que los rodeaban, en aquellos momentos se sentía increíblemente feliz. Durante mucho tiempo había intentado quejonas la viera como a una mujer, y aquella noche creía estar consiguiendo su objetivo; no con maquillaje sofisticado ni ropas caras, sino gracias a una conversación sincera y amistosa.

Mientras la columpiaba, ambos intercambiaron detalles de sus respectivas vidas. Así, Jonas descubrió que Tara era alérgica a los pistachos, que odiaba las películas de miedo, que le encantaban los sonetos de Shakespeare y que su lealtad hacia su padre no estaba basada en un sentimiento de obligación sino que salía directamente del corazón.

Tara descubrió que Jonas había querido ser vaquero de niño, que odiaba las brócolis y que su héroe favorito era Han Solo, de La guerra de las galaxias. Jonas también le confesó cómo su padre lo obligaba a mendigar dinero para comprar un refresco o un helado. Cuando finalmente encontró trabajo en un periódico, juró que nunca más volvería a mendigar nada.

Y mucho menos amor.

Aunque no lo expresó con palabras, era obvio que Jonas consideraba una pérdida de tiempo la súplica de amor. Yeso era porque en el fondo no se consideraba a sí mismo digno de ser amado. Si su propio padre no se había preocupado nunca por él, ¿cómo iba a esperar que alguien tan devota a la familia como Tara le entregase su

confianza? Después de haberle causado a su madre tantos sufrimientos, no podía pedirle a otra mujer que se sacrificara por él en nombre del amor.

Siendo adolescente, Tara había sabido algunos detalles de la problemática vida de Jonas gracias a su amistad con Ellen, su hermanastra, quien nunca llevaba amigas a su casa debido al temperamento de su padre. Por eso no la sorprendía la dureza con la que Jonas hablaba de su padrastro. El hecho de que hubiera ido a Texas era una prueba clara de su deseo inconsciente por conocer a su verdadero padre, aunque éste hubiera muerto. Pero era una lástima que su experiencia en Red Rock sólo sirviera para reforzar su creencia de que no valía la pena establecer lazos familiares. Había declarado abiertamente que nunca más volvería a ser vulnerable.

Tara rebatió su lógica, declarando que el amor era lo único por lo que ella estaría dispuesta a arriesgarlo todo.

-Lo único que verdaderamente quiero en esta vida es un amor como el que mis padres tuvieron -dijo bajo la tenue luz de las estrellas- Cuando mi madre murió, mi padre juró que nunca más volvería a casarse. Eso fue más traumático incluso que descubrir que tenía una extraña enfermedad en la sangre. Peor, porque para él fue mucho más duro tener que vivir sin mamá que soportar su propio estado de salud.

El profundo anhelo en la voz de Tara casi hizo que Jonas deseara creer en algo tan absurdo como el amor a primera vista, en finales felices y compromisos para toda la vida. Lo alegró oír que estaba pensando en contratar a una enfermera para que se quedara con su padre y así ella no tuviera que volver a la vieja casa de piedra donde había crecido junto a sus hermanos mayores.

-Eso está bien -dijo él-. Alguien tan encantadora y dinámica como tú no debería vivir sólo para cuidar de un padre enfermo.

-Soy lo único que le queda -respondió ella simplemente.

-¿Y tus hermanos? ¿No están ellos obligados a cuidarlo?

-Están casados y con una vida propia.

Jonas sintió una punzada de indignación.

-¿Sólo porque estés soltera y seas la más joven de la familia significa que tu vida tenga menos sentido? ¿Cómo has acabado con semejante responsabilidad?

-Papá dice que espera verme casada antes de estirar la pata -dijo ella, evitando la pregunta como si fuera un enjambre de mosquitos.

Pensando que los hombres mayores no deberían exigirles algo tan injusto a sus hijos, Jonas detuvo el columpio y giró las cadenas para que ambos estuvieran cara a cara. Por muy agradable que fuera la

noche, no quería que Tara malinterpretase sus intenciones. Debía explicarle sus razones por las que necesitaba desesperadamente mantener las distancias emocionales.

-Personalmente, no creo en la institución del matrimonio. Cuando mi madre descubrió que estaba embarazada, su familia la rechazó como si fuera una fulana en vez de una joven que había cometido un error. En su esfuerzo por enmendarlo, se esclavizó a Nicholas Goodfellow sólo para que yo tuviese un apellido. Y puedo asegurarte que el matrimonio no hizo de mi padrastro un hombre menos cruel. Como tampoco impidió que mi padre biológico cesara en sus infidelidades. Los periódicos dijeron que estaba con su ayudante de veintidós años en el momento de su muerte. No me importa lo que diga mi tío Ryan; dudo de que su hermano pensara alguna vez en sus hijos ilegítimos... tal vez ni siquiera en los legítimos.

-Eso no lo sabes -replicó Tara apaciblemente. Quería demostrarle que no todos los matrimonios eran tan desgraciados como aquéllos a los que se refería. Que Cameron Fortune fuera un sinvergüenza no convertía a todos sus parientes en lo mismo-. El esfuerzo de tu tío por encontrarte después de tantos años dice algo acerca de tus raíces, ¿no crees?

-Sólo que me gustaría arrancarlas y pisotearlas.

Tara vio en aquella mentira el modo que tenía Jonas de proteger su corazón herido. Sabía que había ido a Texas buscando la clase de familia que ella misma había tenido siempre... para acabar envuelto en una red de codicia y engaños.

-Los hombres como yo no estamos hechos para la vida familiar -dijo él-. Sólo puedo casarme con mi trabajo, pues sólo encuentro placer viajando a lugares remotos.

Capítulo Cuatro

-Yo no estaría tan segura de eso -dijo Tara, despegando los pies del suelo y dedicándole a Jonas una enigmática sonrisa.

Se puso a dar vueltas en el columpio, ondeando su melena como un arco dorado bajo la Vía Láctea.

-El cielo está plagado de estrellas -dijo ella-. ¿Por qué no dejas que alguien a quien no se le ha olvidado soñar te ayude a elegir una para pedir un deseo?

-¡Eh, chavales! ¿No sabéis que hay un toque de queda en el pueblo?

El vozarrón que sonaba por los altavoces de un coche de policía hizo que Jonas volviera bruscamente a la realidad. No había sentido tanto ridículo desde que lo pillaron en su Mustang con una joven, en el último año de instituto. Había estado tan enfrascado en la conversación con Tara que había perdido la noción del tiempo y del espacio. Emergió de la oscuridad y se dirigió hacia el coche.

Una mirada a su imponente físico convenció al joven agente de que Jonas no era precisamente un chaval. Con su profunda y reconfortante voz, Jonas le dio las buenas noches y aceptó las disculpas del oficial por haberlos interrumpido de un modo tan brusco.

La risa de Tara por la equivocación del agente lo hizo sentirse más joven de lo que se había sentido en años. Sólo tenía treinta y cuatro años, pero desde su infancia había tenido que cargar con responsabilidades adultas. Mientras los otros jóvenes salían con citas, él tenía que trabajar largas horas para su padre. Le resultaba irónico que hubiera hecho falta una acusación criminal para hacerlo disfrutar de una película y un paseo nocturno.

Cuando cruzaron la calle para llegar al hotel, Jonas tomó impulsivamente la mano de Tara. No quería que sus acciones fueran interpretadas como algo más que amistosas, pero la sensación de estar conectado de un modo tan natural y despreocupado era muy especial. Más especial incluso que los desafíos sexuales que con frecuencia lo hacían sentirse superficial. Observó las vallas blancas que separaban las casas de la calle y la vida le pareció tan perfecta, tan protegida, que por un momento casi olvidó los cargos que pesaban sobre él. Casi.

La sugerencia de Tara de pasar el resto de la velada jugando a las cartas le resultó tan refrescante como la limonada que habían compartido en el cine, y si bien le pareció extraño que un juego tan simple lo divirtiera tanto, tuvo el presentimiento de que era debido al entusiasmo con el que jugaba su oponente, que parecía estar apostándose su salario en cada mano.

-Menos mal que no estamos jugando al strip póquer -gruñó él,

intentando borrar la imagen que aquel comentario evocaba-. Dudo que tuvieras la decencia de dejar a un hombre con un par de calcetines.

Tara sonrió. Aunque en ningún momento la velada había trascendido de lo platónico, no recordaba habérselo pasado nunca tan bien. Estaba convencida de que las relaciones más íntimas se basaban en la amistad, y por eso mantenía la esperanza de que Jonas no pudiera resistirse mucho tiempo más a sus encantos femeninos.

Si hubiera tenido más experiencia en esos temas, se habría dado cuenta de que Jonas había compartido más con ella esa noche que con cualquier otra mujer, y habría visto el deseo que ardía en sus ojos cuando él le dio las buenas noches.

-Que tengas dulces sueños -respondió ella suavemente.

Tara se quedó despierta un largo rato en la cama, preguntándose si los latidos de su desbocado corazón podrían despertar a Jonas. Finalmente, cayó en un sueño irregular en el que un tigre la perseguía y la acorralaba. Tara pensó que si pudiera domesticarlo se transformaría en un gatito, pero la bestia rugió y se abalanzó sobre ella.

Se despertó de un sobresalto. Al principio se sintió desorientada, incapaz de situarse, hasta que recordó que estaba en una cama extraña, en un estado lejano, imaginando ruidos en mitad de la noche. El reloj de la mesilla marcaba las dos y cuarto de la mañana.

Entonces se le ocurrió que tal vez no hubiera soñado los ruidos procedentes de la otra habitación. Tal vez alguien hubiera entrado e intentase herir a Jonas. Ryan Fortune era un hombre muy influyente en Red Rock, y no faltarían aquéllos que quisieran tomarse la justicia por su mano.

Tan silenciosamente como el enorme felino con el que había estado soñando, Tara se levantó de la cama y agarró lo primero que le servía como arma: una lámpara de latón con el peso y el tamaño adecuados para noquear a un intruso. La adrenalina le recorrió las venas e intensificó su determinación. Armada y resuelta, salió al salón lista para presentar batalla, levantó la lámpara por encima de la cabeza y se dispuso a descargar el golpe con todas sus fuerzas.

Jonas estaba sentado frente al televisor, vestido únicamente con una bata, y con el mando a distancia cambiaba los canales en un vano intento de sofocar el revuelo interno que le impedía dormir. . Apartó la mirada de la pantalla y miró confundido a Tara.

-He... He oído un ruido -balbuceó ella, dejándose caer en un sillón enfrente de él. Pálida y temblorosa, apretó la base de la lámpara contra su pecho.

-¿Qué estás haciendo con eso? -le preguntó él, señalando la improvisada arma.

-Protegerte -admitió con una tímida sonrisa.

Jonas soltó un resoplido. La idea de que aquella mujer arriesgara su vida para salvarlo hubiera resultado ridícula de no haber sido tan valiente.

-¿No se te ha ocurrido que tal vez seas tú la que necesite protección?

Ella negó con la cabeza, buscando su mirada al débil resplandor del televisor.

-Cariño, ¿qué voy a hacer contigo? -le preguntó él, con una voz cargada de deseo.

A Tara se le ocurrió una buena respuesta, pero dudó en proponérsela por temor a hacer el ridículo. En esos momentos, era imposible pensar en otra cosa que no fuera el cuerpo desnudo de Jonas bajo la bata. Siempre había sospechado que su jefe no usaba pijama, y sería emocionante descubrir si sus suposiciones eran ciertas.

-Veo que has venido vestida para matar -dijo él en tono irónico, fijándose en su camisón escotado.

El rubor se extendió por las mejillas de Tara y por su bien visible cuello.

-No he tenido tiempo para ponerme una bata -replicó ella, cruzándose de brazos.

-No tienes por qué disculparte. Soy yo quien debería hacerlo por haberte despertado y asustado -apuntó al televisor con el mando a distancia y bajó el volumen-. Que yo no pueda dormir no me da derecho a impedir que tú descanses.

-Ya sé que estás preocupado por la investigación -se apresuró a decir ella, asumiendo la causa de su insomnio-. Pero estoy convencida de que todo se arreglará. No pueden condenar a un hombre inocente y...

-No es eso lo que no me deja dormir -la interrumpió él.

-¿No?

-No. Eres tú, Tara. No has dejado de torturarme ni siquiera en sueños.

A Tara le dio un vuelco el corazón y se le hizo un nudo en la garganta. Considerando el tiempo que llevaba esperando oír esas palabras, se sentía inexplicablemente nerviosa. No importaba cuántas veces hubiera representado esa escena en su mente; aún no estaba preparada para aquellos ojos depredadores que la devoraban de la cabeza a los pies.

Al ver, la inseguridad en su expresión, Jonas le ofreció una

caballerosa salida:

-No intentaré detenerte si decides irte -le dijo-. Pero, si es eso lo que quieres, tienes que irte ahora.

-Pero yo no quiero irme -susurró ella sobre los estruendosos latidos de su corazón. Un corazón demasiado ingenuo como para reconocer que estaba en peligro.

Sucumbiendo a la pasión que se escapaba a su control, Jonas tendió los brazos a la mujer a la que tan valerosamente había intentado resistirse. Era muy importante que se entregara a él por propia voluntad. No quería sentir que la estaba obligando.

Tara dejó la lámpara en el suelo y se levantó. Tenía las rodillas gelatinosas, pero consiguió dar un paso hacia el sueño que llevaba evitándola durante tanto tiempo. Se echó en los brazos de Jonas y le rodeó el cuello. A través de la bata sintió su pronunciada erección. Soltó un gemido al comprobar la reacción que tenía sobre él. Le abrió la bata y le pasó las manos por su amplio pecho. Los dedos le temblaban de anticipación al acariciar la sedosa capa de vello oscuro que le cubría la piel; una piel tan caliente que esperó que no tuviese fiebre.

Al deslizar las manos por debajo del camisón, Jonas descubrió que Tara estaba ardiendo, igual que él. Con toda la determinación de Pandora al abrir la caja, la atrajo hacia él para besarla. El tacto de sus labios fue más dulce y suave que nada que hubiese probado antes. Sabían a sol, a azúcar, a sueños de pureza. Ella gimió y él intensificó el beso, buscando los placeres ocultos de su boca.

Tara emitió un suspiro de rendición, remarcando la capitulación al sueño largamente aplazado. La espera no había atenuado ninguna gratificación imaginaria, sólo había intensificado el deseo de un corazón rebosante de emoción. Le mordisqueó el labio inferior a Jonas, como si temiera que aquél fuera a ser su último beso. Pero él no tenía intención de detenerse. Desconcertada por el placer que estaba recibiendo, Tara echó la cabeza hacia atrás y se deleitó en la sensación de sus labios desde el lóbulo de la oreja hasta la base del cuello. Le tomó las manos con las suyas y se las cubrió de besos. Siempre había tenido una obsesión secreta por aquellas manos grandes y fuertes, y estaba encantada de descubrir lo suaves que podían ser al tomarle los pechos y acariciar sus pezones.

Tan embebida estaba de la gloriosa sensación, que apenas fue consciente de que Jonas le quitaba el camisón por encima de la cabeza. Al resplandor de la pantalla de televisión, Jonas contempló su desnudez absolutamente maravillado.

-No sabes lo increíblemente hermosa que eres, ¿verdad? -le dijo,

perplejo.

Los ojos de Jonas ardieron en llamas, y con la reverencia de alguien que se adentraba en territorio sagrado, inclinó la cabeza para succionar un pezón.

Tara sintió un intenso hormigueo en el vientre que se expandió por todo el cuerpo. Gritó el nombre de Jonas como si fuera una oración y le hizo apoyar la cabeza en su pecho, entrelazando los dedos en sus oscuros cabellos. Lo siguiente que percibió fue que él la levantaba en sus fuertes brazos y la llevaba al dormitorio. El camisón permaneció olvidado en el suelo, junto a la lámpara y la bata de Jonas.

El la dejó en la cama y permaneció unos momentos de pie, admirando su esplendor. Sólo el brillo de los ojos de Tara podía rivalizar con el halo que sus cabellos dorados formaban sobre la almohada. Sin poder contener las lágrimas de gozo, le pidió que se uniera a ella.

-Quiero que esto sea perfecto para ti -susurró él, inclinándose-. Quiero ir despacio, y voy a hacer todo lo posible por ir tan despacio como pueda.

A su cuerpo, sin embargo, le resultaba difícil seguir las órdenes de su razón. Tara se abrió a él como una flor exótica desplegando los pétalos al sol. Incapaz de esperar un segundo más, Jonas se introdujo en ella, gimiendo de placer al sentir la unión de los dos cuerpos. Al darse cuenta de cómo cedía la resistencia con una simple embestida, fue demasiado tarde para echarse atrás.

Era virgen.

Se criticó a sí mismo por ser tan bruto. Por no haber podido contenerse. Notó que las lágrimas caían por sus mejillas, sin duda por el dolor que él le había inflingido, y la besó con ternura.

-No quería hacerte daño -le susurró.

Tara deseó hacerle entender que las lágrimas no eran de dolor, sino de la alegría que sentía al descubrir que compartir su cuerpo y su alma con el hombre al que amaba era infinitamente más hermoso de lo que nunca había imaginado.

-Sólo podrías hacerme daño si te detuvieras ahora -le dijo, con una voz que sonó más como un jadeo que como un sollozo.

Proporcionarle semejante placer era más gratificante de lo que Jonas pudiera expresar, pero aun así fue tan cuidadoso como pudo, sabiendo que la recién descubierta sexualidad de Tara era aún bastante tímida. Lentamente, la llevó a la cima de la sensualidad y el misterio, asegurándose de que experimentara cada estremecimiento que sacudía su cuerpo, antes de llegar al borde del precipicio.

Con un grito compartido, aferrados el uno al otro, los dos se

lanzaron al éxtasis, confiando en que los ángeles los depositaran sanos y salvos en la tierra.

Después de hacer el amor, Jonas contempló a la mujer que tenía en los brazos. El regalo de su virginidad era el más precioso que había recibido en su vida.

Entonces recordó que no había usado protección y se maldijo a sí mismo. No era excusa que ambos hubieran estado cegados por la pasión. Pero la culpa no era de Tara; era él quien debía haberlo pensado antes. Aunque si por alguna improbable casualidad aquel incidente acababa en embarazo, él haría lo mejor para el bebé... no como su propio padre.

Abrumado por la culpa, se juró que nunca más volvería a cometer un descuido así.

El modo en que ella lo miraba con aquellos ojos confiados, como si él fuera una especie de héroe en vez de un salvaje insensible que la hubiera despojado de su inocencia tan sólo para saciar su necesidad física, lo hizo sentirse como el hombre más despreciable del mundo.

Abrió la boca para hablar, pero ella le puso un dedo en los labios.

-Como te atrevas a pedirme disculpas, te juro que me pongo a gritar -le amenazó.

Tras recibir aquel aviso, Jonas optó por disfrutar del tiempo que tenían juntos en vez de pedirle perdón. La besó en la frente y en los párpados, en la punta de la nariz y en los hoyuelos que se le formaban a ambos lados de la boca, y además la animó a explorar sus propias necesidades sexuales.

Sorprendida por el insaciable deseo de Jonas, Tara procedió satisfacer su recién descubierta sexualidad. Había tardado en perder la virginidad, pero demostró ser una alumna aventajada que instintivamente supo cómo dar y recibir placer. Si su primer acto había sido como lanzarse en un barril por las Cataratas del Niágara, el segundo fue la apacible exploración de un territorio desconocido a través de las tranquilas y serpenteantes aguas de un río.

Una lánguida, desinhibida y completa exploración.

Finalmente, Jonas la estrechó contra su corazón, con la tácita promesa de que albergaría aquel recuerdo para siempre.

Capítulo Cinco

Por primera vez desde que Jonas la contrató, Tara se quedó en la cama en un día de trabajo. Despertarse en los brazos de su amante era tan delicioso que quería alargar el momento todo lo posible. El olor almizclado de sus acalorados cuerpos bajo las sábanas era algo que quería atesorar en sus recuerdos. Sintiéndose cálida y segura, se resistió a la idea de levantarse de la cama.

Jonas la miró con ternura mientras le colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

-Buenos días, dormilona -la saludó, besándola en los labios hinchados.

-Buenas días -respondió ella, medio dormida-. Si estoy soñando, por favor, no me pellizques.

Un fuerte golpe en la puerta fue tan eficaz como un pellizco para devolverla a la realidad. Quiso gritarle a Jonas que no abriera, pero era demasiado tarde. El se levantó de la cama y se puso a buscar su bata por el suelo del salón.

Tara se fijó en que salía del dormitorio sin ni siquiera mirarla. Volvió a hundirse en la almohada y se maravilló de lo rápidamente que se había despejado Donas, a quien normalmente le hacían falta dos tazas de café. Cuando un momento más tarde regresó, Tara no pudo quedarse más perpleja al ver que llevaba una bandeja con cruasanes, fruta fresca y humeantes tazas de capuchinos.

-¡El desayuno en la cama! -exclamó.

A Jonas lo complació su reacción. La sonrisa que iluminaba el rostro de Tara hacía innecesario descorrer las cortinas. Qué relajante era estar con alguien que se alegrara con tan poca cosa. A la mayoría de las mujeres que él conocía hacían falta diamantes, pieles y áticos de lujo para arrancarles una simple sonrisa.

Tara se sentó, se colocó la almohada tras la espalda y palmeó el espacio a su lado. Jonas le tendió la bandeja, se quitó la bata y se sentó junto a ella. El desayuno fue casi tan suntuoso como el banquete que se habían dado el uno con el otro.

Felizmente resignada a pasar el día entero en la cama, Tara pasó una fresa por el pecho de Jonas y se la puso en los labios. Nunca podría saciarse de él.

Le había costado mucho valor ofrecerse en cuerpo y alma a aquel hombre. Pero la recompensa iba más allá de las palabras. Después de pasar tanto tiempo atrapada por sus propias inseguridades, quería declarar su amor a los cuatro vientos. Henchida de felicidad, no podía creer que alguna vez hubiera dudado de la magia del amor. Quería que Jonas supiera lo que significaba para ella. Suspiró y con un dedo

le trazó la forma de un corazón en el pecho.

-Te quiero -susurró, sintiendo los erráticos latidos de su corazón bajo los dedos.

El eco de esas dos palabras resonó en las oscuras profundidades de la conciencia de Jonas. Deseó no haberlas oído. No podía repetírselas a ella sin ser un hipócrita. Tenía que admitir que el sexo había sido increíble, fantástico, genial, lo mejor que había experimentado en su vida. Pero eso no se traducía en amor. Demasiadas mujeres habían pronunciado aquellas palabras con la esperanza de que se sintiera obligado a comprometerse. El siempre respondía del mismo modo: ofreciéndoles regalos carísimos, pero menos valiosos que su corazón.

Pero con Tara no sabía cómo ser sincero sin ser cruel. ¿Cómo explicarle que no creía en el amor cuando lo miraba con aquellos ojos tan inocentes? El amor hacía que una joven como ella se sintiera obligada a cuidar de su padre, y hacía que gente como su propia madre se esclavizara a la tiranía de un hombre cruel.

Sólo un hombre libre tenía el derecho de prometerle su corazón a una mujer. Tiempo atrás él se había prometido que nunca sería como su padre, un hombre que daba falsas esperanzas y que recogía los pedazos del corazón destrozado de una mujer como un recuerdo de su pasión compartida.

Tara se giró de lado y lo miró a los ojos. Dejó escapar un suspiro y tomó el rostro de Jonas en la mano.

-¿Eres consciente de que nada me haría más feliz que darte hijos? ¿Cuántos te gustaría? ¿Una docena, tal vez?

-¿Una docena? -repitió él, casi atragantándose con la palabra.

Sólo la idea de criar uno ya le provocaba escalofríos. Un torbellino de posibilidades bailó en su cabeza.

-Tara -le dijo suavemente-, tenemos que hablar.

Ansiosa por asegurarle que siempre estaría junto a él, se sentó en la cama y lo miró con atención.

-Quiero disculparme por no haber usado protección dijo él-. Fue una imprudencia por mi parte y te prometo que no volverá a pasar. Pero quiero que sepas que no permitiré que un hijo mío crezca sin padre. Si algo ocurre, estaré a tu lado.

-Algún día serás un padre maravilloso -le aseguró ella.

Sabía que Jonas amaría tanto como ella a cualquier hijo que concibieran. Deseaba tanto formar una familia con él...

La noche anterior él le había permitido atisbar su alma. A la radiante luz del amanecer, Tara tenía la esperanza de que se la revelara por completo. Ansiaba demostrarle que no había nada en él que le desagradara, y que era un hombre con mucho que ofrecer a una

mujer y a unos hijos.

Secretamente asustado por la aseveración de Tara, Jonas negó con la cabeza. Una sombra de duda oscureció sus ojos azules. ¿Cómo podría desanimarla sin destrozarla?

¡Idiota! Ésa era precisamente la razón por la que había evitado acostarse con ella. Siempre había temido que Tara creyera que había algo más que sexo.

-Tu primera vez es siempre muy emotiva -le dijo, con una voz más irónicamente objetiva de la que pretendía.

Tara se echó a reír al oírlo tan serio.

-Espero que sea siempre así -declaró sinceramente.

-Mereces algo mejor que yo.

-No hay nada mejor que tú -fue su rápida respuesta.

Su franqueza lo hizo sentirse aún más culpable. Tenía que haber un modo de explicarle a aquel ángel terrenal que no podía atarse a alguien como él. Después de haberle confesado ella que quería hijos, ¿cómo podía decirle él que no quería lo mismo, que tenía intención de morir siendo soltero?

Si ella no hubiera sido virgen, si no hubiera sido su amiga, si no habían murmurado las palabras prohibidas, tal vez hubieran podido dejarlo en una aventura pasajera. Pero aquellas palabras habían levantado un muro que Jonas no se veía capaz de derribar.

Lo que sentía por Tara era una equivocación, pero no estaba dispuesto a etiquetarlo como amor. Deseo, tal vez. Pero aunque para él fuera suficiente, no podía consentir que una mujer estuviera esperando una respuesta que nunca llegaría. Por muy formidable que fuera el sexo entre ellos, no era justo pedirle que fuera su amante a una mujer con esperanzas de formar una familia. Y sin embargo, la sola idea de que se acostara con otro hombre le dejaba un amargo sabor a celos.

-Si me dices lo que estás pensando, te prometo que te escucharé sin juzgarte -le aseguró ella.

Era una oferta tentadora. Jonas había luchado toda su vida para que lo escucharan. Su madre había estado demasiado ocupada apaciguando al monstruo con el que se había casado como para prestar atención al niño que tiraba de su falda. Su padrastro nunca había querido escuchar a un hijo indigno que llevaba su apellido pero no su sangre. Las mujeres con las que se había acostado se preocupaban más de su estatus social que de sus sentimientos. Y la familia perdida que tanto lo había reclamado lo hacía responsable ahora de un intento de asesinato, sin molestarse en escuchar su versión de la historia.

¿Qué era lo que tenía Tara para que él quisiera hablarle? Supuso que siempre quedaba la posibilidad de que lo amara por lo que realmente era, no por verlo como un héroe inalcanzable. La besó en los labios y estaba a punto de abrir su corazón cuando el teléfono sonó.

Con una sensación mezclada de alivio y pesar, agarró el auricular. Por las cortas respuestas que daba, Tara no supo de qué estaba hablando, pero el modo tan brusco que tuvo de colgar fue un claro indicio de que estaba incómodo por lo sucedido entre ellos.

-Era el sheriff Grayhawk. Dice que quiere verme en la comisaría -explicó, pasándose una mano por el pelo.

-¿De qué se trata? -preguntó ella, alarmada.

-Por lo visto, han retirado los cargos contra mí. Soy libre para marcharme.

Con un grito de alegría, Tara le echó los brazos al cuello y le pidió más detalles. Jonas le explicó rápidamente que habían analizado la botella de vino que él llevó a la fiesta y que no habían encontrado ni rastro de veneno. Por tanto, la policía había llegado a la conclusión de que el culpable había vertido el veneno en la licorera en la que Ryan Fortune había servido el vino, y de la que cada día había tomado un poco hasta que fue ingresado. Jonas quedaba libre para marcharse, con sinceras disculpas del sheriff Grayhawk, quien seguramente estaba horrorizado de tener que contarle a su esposa que el sospechoso seguía en libertad.

Y que seguramente era un miembro de la familia.

A Tara lo único que le importaba era que Jonas estaba libre y que ahora podría concentrarse en su relación, sin la angustia de tener que ir a la cárcel siendo inocente.

-Se me ocurre cómo podríamos celebrarlo -le dijo, con una voz sensual que contradecía su limitada experiencia sexual.

Jonas la miró con una ceja arqueada y le preguntó qué tenía en mente. Ella se lo susurró al oído y él se apresuró a sacar un preservativo de la cartera y colocárselo en un santiamén. La idea de Tara implicaba cada palmo de sus respectivos cuerpos. Le entregó toda su pasión y amor, y se negó a que las dudas la asaltaran. Las suyas propias o las de él.

Al ver su recia mano masculina acariciándole el cuerpo ahogó un suspiro de placer. Él le acarició los pezones erguidos y ella abrió la boca para recibir la invasión de su lengua. Un instante después, Jonas estaba encima de ella, piel contra piel, colocándose entre sus muslos desnudos.

-Amor mío -susurró ella, agarrándolo del miembro erguido y

guiándolo a su interior.

Abrasado por la acuciante necesidad de consumirla, Jonas la penetró por completo. Ella levantó las caderas y lo obligó a perder el control, lo obligó a llevarla con él hasta el borde de la cordura en un recorrido de placer insoportablemente exquisito. Tara era íntimamente consciente de la unión de sus cuerpos, de los duros músculos de Jonas y de sus propias curvas, suaves y esbeltas. Hicieron el amor salvajemente, cabalgando sobre las olas de la pasión. Lo hicieron como si fuera la primera vez que se tocaban, pero también como si hubieran sido amantes de toda la vida.

Temblando entre sus brazos, Tara se ofreció a él sin reservas, manteniendo la esperanza de que Jonas acabaría renunciando a sus oscuros secretos y permitiría que el bálsamo del amor sanara sus heridas internas.

Después del modo en que Ryan Fortune tuvo de rechazar a Tara cuando ésta intentó contactar con él, Jonas tuvo una gran satisfacción en desairarlo de la misma manera al día siguiente. Con una mano tapando el auricular, Tara le suplicó que aceptara una llamada de su tío, quien había salido del hospital y se recuperaba favorablemente. Comprendía muy bien cómo las sospechas de los Fortune habían herido a Jonas, pero también sabía que el perdón era la llave para abrir su corazón herido. Mientras Jonas insistiera en albergar sentimientos negativos, Tara temía que no sería capaz de confiar en nadie, ni de aceptar un amor incondicional.

Ni tampoco de darlo.

-Lo siento -mintió al teléfono-, pero el señor Goodfellow está ya de camino al aeropuerto -escuchó durante largo rato lo que Ryan Fortune tenía que decir-. Le daré el mensaje -prometió finalmente antes de colgar.

Pálida y temblorosa, intentó transmitírselo, pero Jonas le aseguró que no quería las disculpas de su tío.

Tara no pudo aguantar más e interrumpió la furiosa diatriba de Jonas contra los Fortune.

-¿Por qué no me lo dijiste? -le preguntó con voz dolida.

-¿Decirte qué?

-Que como miembro de la familia Fortune vas a recibir una considerable suma de dinero.

Jonas se echó a reír como si Tara hubiera dicho algo gracioso.

-¿Cuánto dinero hace falta para sobornar a un niño olvidado? ¿Para silenciar a un hijo bastardo que podría informar a todos los periódicos de la mala fama de los Fortune? -sus ojos adquirieron el color de las nubes amenazando tormenta-. De todos modos, ¿qué te

importa a ti?

-Sólo en lo que pueda afectar a nuestra relación -respondió ella sinceramente-. Seguro que sabes que no te quiero por tu dinero.

-No necesito el dinero de los Fortune -replicó él-. Aunque mi tía Miranda mencionó una cantidad en la fiesta familiar, fue antes de que envenenaran al bueno de Ryan. Antes de que todos me consideraran un asesino.

-Ryan mantiene que la oferta sigue en pie -le informó ella.

No podía imaginarse por qué a Jonas le disgustaba tanto recibir dinero de los Fortune... a menos que el dinero fuera un medio para controlarlo, igual que había hecho su padrastro.

-Déjame decirte que las promesas telefónicas no pueden comprarme. Nada puede -declaró él, con una convicción nacida del dolor y de la certeza de que los hombres como él no estaban atados a nadie.

-Pero estamos hablando de la familia -insistió Tara-. No es justo pagarlo contra tu tío...

-¡La familia! -gruñó él-. Una familia de galanes y asesinos de la que cualquier hombre estaría orgulloso. No olvides, Tara, que sea quien sea el que intentó envenenar a Ryan sigue en libertad, y que seguramente sea uno de los parientes que asistieron a la fiesta.

Dicho eso, se negó a oír otra palabra sobre el tema. Habiendo logrado su libertad, no estaba dispuesto a pasar ni un minuto más en aquel condenado pueblo. Puesto que no había aeropuerto, le pidió a Tara que le reservara una plaza en el siguiente vuelo que saliera de San Antonio para San Francisco.

Dolida al ver cómo Jonas esperaba que ella se quedara a terminar de atar los cabos sueltos, le costó mucho esbozar una sonrisa. Por mucho que quisiera estar con él, aceptó su orden como parte de su trabajo. Intentó consolarse con la idea de que posiblemente fuera demasiado tarde para que Jonas pudiera hacer ese viaje de negocios a Europa.

Para ser una distancia relativamente corta, el trayecto hasta San Antonio fue uno de los viajes más largos que Tara recordaba. Jonas estuvo muy callado, seguramente pensando si la oferta de los Fortune era sincera. Tara reflexionó sobre la ironía de la situación. El padre que nunca había querido saber nada de él le había dejado una fortuna.

Miró su inescrutable expresión y la asaltó una terrible duda: ¿Estaría Jonas pensando un modo de rechazarla amablemente?

El resto del camino estuvo recordando las advertencias de su madre. Rebecca Summers siempre había mantenido que una mujer debía llegar virgen al matrimonio. ¿Por qué había tenido que

entregarle la virginidad a un hombre que no quería casarse con ella?

Al llegar al aeropuerto, Jonas le dijo que lo dejara en la entrada para evitarle problemas, pero Tara insistió en acompañarlo hasta la terminal. Apenas habían facturado el equipaje cuando su vuelo fue anunciado.

-Te veré en un par de días -le aseguró Tara con una sonrisa forzada.

Por un instante creyó que no iba a besarla, y el corazón se le encogió de dolor. La impaciencia de Jonas por dejarla atrás empezaba a ser humillante. -Adiós -dijo él, mirándola fijamente a los ojos por primera vez desde que salieron de Red Rock.

Suavemente, le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso de despedida. Fue un beso dulce y prolongado, durante el cual el tiempo pareció detenerse y las imágenes que los rodeaban se desvanecieron en una nube borrosa.

Era como si Jonas intentara grabar en ella la reivindicación permanente de su corazón. Como si hubiera peligro de que ella lo olvidara...

Tara mantuvo los ojos cerrados, mientras las rodillas se le derretían y las preocupaciones se disolvían en un mundo que daba vueltas en torno a ella. Le costó unos momentos darse cuenta de que el beso había acabado. Y más aún recuperar la compostura. Sin decir más, Jonas dio medio vuelta y se dirigió hacia el avión.

Tara cuadró los hombros y regresó al coche para volver a Red Rock. Las vastas llanuras de Texas invitaban a la contemplación y la reflexión, y mientras conducía pensó que hasta que Jonas no hiciera las paces con su pasado, siempre habría una parte de él que no pertenecería a nadie. Ciertamente, el dinero por sí solo no podía comprar el amor ni compensar una infancia marcada por la culpa y el abuso.

Y entonces decidió que mientras permaneciera en Red Rock, aprovecharía el tiempo al máximo. Jonas le había advertido que no se entrometiera en su vida personal, pero ella estaba dispuesta a reunir las piezas de su legado hecho añicos. No le importaba lo imposible que le pareciera; sabía que debía intentarlo.

El futuro de los dos estaba en juego.

Tan eficaz como siempre, Tara recogió la oficina temporal en un día y medio. Aunque a ella le pareció que transcurría una eternidad, ya que Jonas no la había llamado para decirle que había llegado bien a San Francisco y que la echaba tanto de menos como ella a él.

Convencida de que pronto recibiría noticias suyas, no quiso dejar la suite del hotel por miedo a perderse su llamada. Sin embargo, era

inevitable hace una rápida visita a la oficina de correos, ya que cuanto antes salieran los paquetes, antes podría reunirse con él en San Francisco.

Al llegar a la oficina, vio que una de las parientes de Jonas estaba enviando un paquete.

-Muchas gracias, señorita Miranda -le estaba diciendo el dependiente a la atractiva mujer que estaba frente al mostrador-. Me alegro de que el señor Ryan vuelva a estar en casa. Ha sido una situación muy desagradable -el pequeño hombrecillo sacudió la cabeza para recalcar su consternación de que algo tan horrible hubiera sucedido en el pueblo-. Que tenga un buen día.

-Gracias, Harvey -respondió la mujer con un acento suave y cultivado.

A Tara le llamó la atención el nombre de Miranda. Tenía que tratarse de la tía de Jonas, la «Reina del clan», según él. Después de todo, ¿cuántas Miranda podría haber en un pueblo tan pequeño? Observó detenidamente a la mujer. Tendría unos cincuenta años, pero podría haber pasado por una mujer mucho más joven. Su pelo rubio estaba perfectamente recogido y su esbelta figura no parecía haber sufrido el paso del tiempo. Llevaba una elegante falda sureña a juego con una camisa bordada y con unas joyas turquesas. Tara deseó haber cuidado más su vestuario aquella mañana. Con sus vaqueros y su camiseta holgada contrastaba fuertemente con la matriarca de la poderosa familia Fortune.

Cargada con los paquetes que tenía que enviar a San Francisco, pensó en no fingir el menor interés por aquella clienta. Pero no pudo evitarlo. El interés superó cualquier preocupación por su vestimenta inapropiada. Se secó una mano en los vaqueros y se la tendió a la mujer cuando ésta se giró para marcharse.

-¿Miranda Fortune? -preguntó, con una voz firme que contradecía su nerviosismo-. Permítame que me presente. Soy Tara Summers.

Miranda le estrechó cortésmente la mano, por su expresión estaba claro que no tenía ni idea de quién era. Tara sintió una profunda decepción. No sabía por qué, pero había albergado una mínima esperanza de que Jonas les hablara de ella a sus parientes.

-Soy la secretaria de Jonas Goodfellow -aclaró.

Unos ojos tan azules como los de Jonas se iluminaron a la mención del nombre. Tomó a Tara del codo y la apartó del mostrador y de la mirada curiosa del dependiente.

-¿Jonas? -repitió la mujer-.Querida, ¿por casualidad tienes alguna influencia en mi obstinado sobrino?

Capítulo Seis

-Me gustaría pensar que sí -balbuceó Tara.

Miranda le hizo señas a Harvey para que se ocupara de las cosas de Tara mientras ellas dos tenían una pequeña charla. Por suerte no había nadie más en la oficina, de modo que pudieran tener algo de intimidad. El dependiente intentó oír la conversación, pero una llamada telefónica lo distrajo.

-Ryan me ha dicho que Jonas se ha marchado del pueblo -dijo Miranda.

Tara asintió. Dudaba de que algo pudiera escapar al escrutinio de aquella mirada.

-No sé cómo decirte lo mucho que nos ha afectado lo que le ha ocurrido al pobre Jonas. Por supuesto, desde nuestro punto de vista era perfectamente normal suponer que de algún modo estaba implicado... siendo él quien trajo el vino envenenado.

A Tara le ardieron los ojos cuando se apresuró a saltar en su defensa.

-Le hizo un daño terrible que usted pudiera creerlo capaz de un crimen semejante. Tengo que decirle que Jonas es el hombre más bueno que he conocido jamás...

Miranda la interrumpió con un gesto de mano.

-Personalmente, siempre creí que había algo extraño en todo el asunto. Todo parecía demasiado sencillo, y no podía imaginarme ningún motivo por el que Jonas quisiera matar al pobre Ryan, quien lo único que hizo fue intentar arreglar los errores de nuestro hermano.

Tara nunca se hubiera imaginado que Miranda fuera una persona tan franca y abierta. A pesar de todo lo que Jonas le había contado, no pudo evitar tomarle aprecio. Sentía instintivamente que podía confiar en aquella mujer, quien sería de la misma edad que su madre si ésta viviera aún. Tragó saliva y se aventuró a adentrarse en lo personal.

-¿Por qué su familia quiere darle dinero a Jonas sólo para que esté relacionado con ustedes?

Se arrepintió de la pregunta nada más formularla, pero, ¿acaso había un modo cortés de explicar que Jonas no se creía la oferta?

-Es lo menos que podíamos hacer para los herederos de Cameron. Entiendo que Jonas ha tenido una infancia difícil. Se me rompe el corazón al pensar en un niño que crece sin amor, abandonado...

Algo en aquella última palabra hizo que la voz de Miranda se quebrara. Los ojos se le nublaron con tanto dolor que Tara se preguntó si estaría hablando por propia experiencia.

Decidió que sería tan sincera como lo permitieran las circunstancias.

Jonas está marcado por su pasado -explicó-. Y muy furioso porque su recién descubierta familia lo considerara un asesino. No se cree que su oferta sea verdadera -hizo una breve pausa, pensando si debía revelar los sentimientos de Jonas-. Y, para serle sincera, aunque la oferta sea verdadera, no creo que sirva para acercarlo a su familia.

La sonrisa torcida de Miranda indicaba que encontraba muy simpática la cabezonería de Jonas. Sin duda era un rasgo propio de los Fortune.

-Por suerte, ésa no es una condición que hayamos establecido Mary Ellen y yo. No tenemos intención de comprar con dinero el afecto de nadie. Créeme, sé por experiencia propia que no serviría de nada.

Cuanto más hablaba Tara con esa mujer, más intrigada estaba. Era tan compleja y fascinante como su sobrino.

-La próxima vez que hables con Jonas, dile que la oferta se le hace de buena fe y que no implica ningún lazo o compromiso. Aunque eso no quiere decir que no estemos encantados de que vuelva a la familia. Cualquier cosa que puedas hacer se te agradecerá enormemente, querida.

Tara sintió que se quedaba sin aire. Si el resto de la familia Fortune era como esa mujer, Jonas sería un estúpido si permitía que su orgullo herido lo privara del amor y el apoyo que había deseado toda su vida.

-Como es natural, hará falta algo de tiempo para arreglar las cosas y entregar el dinero a cada uno de los herederos. Los asuntos legales pueden ser muy complicados.

A Tara no la preocupaban tanto los asuntos legales de la herencia como el bienestar de Jonas.

-¿Sabe- si hay alguna pista en el caso de envenenamiento? -le preguntó-. Debe de estar aterrorizada, con el verdadero culpable en libertad.

La sonrisa de Miranda se desvaneció.

-La verdad es que me enteré de algunas noticias inquietantes que tal vez quieras transmitirle a Jonas. Me encontré con la viuda de mi ex marido en San Francisco. Está trabajando en una boutique y parece que las propiedades de Lloyd están en bancarrota. No es que me guste sacar conclusiones precitadas, ¿sabes?, pero como tanto Lloyd como Leeza estaban en la fiesta, creo que... -no quiso confirmar ninguna sospecha y dejó la frase en el aire-. ¿Por qué no vienes al rancho y cenas conmigo este fin de semana? -le sugirió-. Podríamos hablar en privado y conocernos mejor.

Aunque la invitación era halagadora, Tara no tuvo más remedio que rechazarla.

-Me voy mañana a San Francisco. Pero le prometo que le

transmitiré su mensaje a Jonas y que haré todo lo que esté en mi mano para que le dé a los Fortune una segunda oportunidad. Si el resto de la familia es como usted, odiaría ver cómo Jonas se niega a conocerlos.

-Eso es muy amable por tu parte. ¿Estás segura de que no puedes tomar otro vuelo? -insistió Miranda-. Me encantaría presentarte a los demás.

-Tengo que volver con Jonas lo antes posible.

-Ah... -replicó ella con una sonrisa de complicidad-. Sí que te ha afectado, ¿eh? No te molestes en negarlo. Tu encantadora expresión lo dice todo. Sólo espero que mi sobrino sepa la joya que tiene contigo.

-Yo también lo espero -admitió Tara con un pequeño suspiro.

Miranda sacó una pluma de oro y una tarjeta negra del bolso, escribió rápidamente un número y le dio la tarjeta a Tara.

-Es mi número de teléfono. Puedes llamarme cuando quieras. Y, por favor, haz todo lo que puedas para convencer a Jonas de que esta familia quiere aceptarlo.

Al salir de la oficina de correos, Tara tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca había pensado que los Fortune fueran tan amables y hospitalarios. Por alguna razón, el encuentro con Miranda le hacía echar terriblemente de menos a su madre. ¡Cuánto añoraba una presencia maternal en su vida! Desde que su madre murió, ella se había quedado a cargo de dos hermanos irresponsables y de un padre perdido en la enfermedad y el dolor.

No era extraño que Jonas se hubiera sentido tan dolido cuando los Fortune lo acusaron. Debía de ser como perderse la Navidad después de haberla entrevisto desde la ventana por primera vez. Tara estaba deseando volver a la habitación y contarle lo que su tía había dicho.

Sin dejarse afectar por el hecho de que él no le hubiera dejado ningún mensaje, se apresuró a llamarlo ella misma. La voz de Jonas sonó muy lejana, mucho más de lo que suponía una llamada de larga distancia., y su respuesta a la conversación mantenida con Miranda fue demasiado pesimista.

-Cariño, no dejes que te engañen como hicieron conmigo -le advirtió-. Si una mula te da una coz, es culpa de la mula...

-Pero si te da una segunda, la culpa es tuya -concluyó ella con exasperación-. No estamos hablando de mulas, Jonas. Estamos hablando de la familia.

-Aparte de Ellen, yo no tengo ninguna familia -replicó él, sin molestarse en mencionar a su padrastro.

-Pero podrías tenerla. Por lo que he visto hoy en tu tía Miranda, estarías loco si rechazaras lo que tienen que ofrecerte.

El silencio sepulcral al otro lado de la línea estuvo destinado a que Tara supiera que se había pasado de la raya con los buenos consejos.

A Tara no le importó. El instinto le decía que estaba haciendo lo correcto.

-¿Qué razón podría tener para mentirme? No puedo creer que seas tan cabezota.

-Ni yo que seas tan ingenua para creer que alguien vaya a entregar tanto dinero sin esperar nada a cambio... ¡algo como un primer hijo o como mi propia alma!

-¿Yo ingenua? -exclamó ella, indignada.

-Ingenua... y encantadora -admitió él con ternura, a kilómetros de distancia.

Tara sintió que se derretía como el chocolate fundido.

-Y confiada -continuó Jonas-. Demasiado confiada. Por favor, intenta comprender que aunque mi tía Miranda insista en que quieren recibirme con los brazos abiertos, yo he acabado para siempre con la familia Fortune -Tara empezó a protestar por el tono sarcástico con el que Jonas se refería a su tía, pero él no se lo permitió-. Y si con eso me deshereda y me quedo sin una riqueza inesperada, es mi decisión, no la tuya. ¿Lo entiendes?

-Lo entiendo muy bien -respondió ella, negándose a dejarse intimidar-. Pero no pienso igual. Espero que te muestres igual de comprensivo con mi decisión de seguir investigando para encontrar al culpable del veneno. Con o sin tu ayuda.

Tuvo que apartar el auricular de la oreja para que no la ensordeciera el torrente de furiosas palabras que siguió a su declaración.

-¡No tengo que recordarte que no quiero que hagas ninguna estupidez! -gritó.

De repente, todo el resentimiento que Tara había estado conteniendo en su interior explotó. En todo el tiempo que llevaban juntos, no recordaba ni una sola vez en la que Jonas le hubiera alzado la voz, y no entendía cómo su amante podía tomarse ahora semejante libertad.

-¡Y yo no tengo que recordarte que no me grites! Y que no necesito tu permiso para hacer con mi vida lo que quiera -espetó furiosa, y colgó.

-Debe de haberse cortado -murmuró Jonas, marcando el número del hotel.

El teléfono de la suite estaba comunicando. O tal vez estuviera descolgado... Quizá había sido demasiado duro con Tara, pero no iba a consentirle que lo cortara en mitad de una frase. Nunca en toda su

vida había sentido un arrebato de protección semejante como el que había sentido al oír que Tara estaba dispuesta a arriesgarse por él. Como si él fuera incapaz de cuidar de sí mismo. Sólo porque hubiera estado ansioso por dejar atrás los amargos recuerdos de Red Rock no significaba que estuviera huyendo, tal y como Tara había insinuado.

¿O tal vez sí?

Aquella posibilidad lo hizo detenerse y pensar. ¿De verdad pensaba Tara que él no era capaz de solucionar sus propios problemas? Tal vez no fuera el típico héroe musculoso de las películas, pero tampoco le hacía falta una dosis de testosterona. Que una mujer joven y frágil tuviera la necesidad de «salvarlo» lo hería en su orgullo masculino. Por amor de Dios, se suponía que era él quien debía rescatarla.

De la cárcel cuando no era más que una adolescente indefensa.

De una vida de pobreza y miseria.

De la responsabilidad de cuidar de su padre enfermo sacrificando su propia salud.

Pero, en el fondo, Jonas sabía que la verdadera cuestión era quién iba a salvarla de él.

La echaba terriblemente de menos. Más de lo que nunca hubiera imaginado. Más de lo que quería admitir. El hecho de no haberla llamado era un acto de supremo esfuerzo por su parte, un acto para demostrarse a sí mismo que Tara no le había llegado al corazón. Pero que ella le hubiese colgado el teléfono sin ni siquiera decirle cuándo iba a regresar a San Francisco era más que irritante. Era angustioso.

Y que luego descolgara el teléfono sólo para fastidiarlo... eso era insufrible.

Desde el principio había sabido que besarla era un error. Pero luego había agravado el problema al acostarse con ella. Había tenido la absurda esperanza de que haciendo el amor satisfaría su propia curiosidad, saciaría su deseo y no volvería a interesarse por ella.

Nunca había estado tan equivocado.

Desde que se subió al avión en San Antonio, no había pensando en nada más que en la encantadora mujer que dejaba atrás. Horas antes de hablar con ella, en medio de un acuerdo comercial, lo había asaltado la imagen de su piel cremosa, de sus labios entreabiertos en un provocativo jadeo, de sus manos extendiéndose por su cuerpo... Lo siguiente que supo fue que la persona sentada frente a él carraspeaba y lo miraba extrañado. Sobresaltado, se dio cuenta de que había dejado una pregunta sin contestar.

-¡Ya está bien! -espetó, arrojando el teléfono contra la pared. Era demasiado maduro para sentirse como un adolescente excitado.

Como no podía hacer nada para devolverle la virginidad a Tara, al

menos podía concentrarse en volver a su meticuloso ritmo de vida. Además, no era justo que una mujer tan pura se atara a un corazón tan agotado como el suyo. Tara merecía un amor con rosas, poesías y serenatas. Merecía un marido que trabajara de nueve a cinco, que volviera a casa cada tarde y que quisiera echar raíces permanentes.

Jonas no era ese hombre. Incluso si la oferta de Miranda era sincera, ese dinero simplemente le permitiría viajar más por el mundo. Aún quedaba mucho por explorar.

Así como aún quedaba mucho en su corazón que debía permanecer inexplorado.

Para empeorar las cosas, Tara había dejado claro que quería tener hijos. Al imaginársela rodeada por un montón de críos no pudo evitar una sonrisa. Tara sería una madre maravillosa, y él no podía privarla de ese deseo sólo porque él no lo compartiera.

Ni tampoco podía privarla de un matrimonio feliz.

Fracasar en una relación no era como arriesgarse en un negocio. No se podía declarar un corazón en bancarrota ni se podían curar las cicatrices emocionales con una hoja de cálculo. Él no había triunfado en su profesión permitiendo que sus sentimientos lo dominaran. El sacrificio de su madre le había enseñado lo peligroso que era basar una vida en los sentimientos, por muy nobles que éstos fueran. Para él, el sexo era una parte natural de su vida, pero no estaba dispuesto a permitir que influyera en sus decisiones.

Naturalmente, sabía que Tara no veía las cosas de esa manera. Siendo una criatura de pasión e ideales profundos, veía el mundo como un cuento de hadas. Jonas tenía la esperanza de que entrara en razón antes de que se hiciera vieja esperando la llegada de su caballero de reluciente armadura.

El no era ese caballero.

Decidió que cuando Tara volviera a San Francisco no sucumbiría al deseo físico. No era justo para ella. Ambos tendrían que olvidar el pasado y mantener una relación amistosa y profesional.

Estaba seguro de que Tara comprendería que si hacía eso era sólo por el bien de ella…

## Capítulo Siete

Después de una infructuosa serie de llamadas, Tara se alegró de que su afán detectivesco no se hubiera convertido en su único medio de subsistencia. El sheriff Grayhawk se había mostrado muy amable, pero inflexible cuando ella le propuso ayudarlo en la investigación. Le agradeció su interés y luego la echó educadamente de la comisaría.

Al menos le quedaba el consuelo de que pronto vería a Jonas. Nunca había imaginado que se pudiera echar tanto de menos a una persona. Los últimos días habían sido los peores de toda su vida. Continuamente se sorprendía a sí misma mirando al vacío, rememorando los detalles más íntimos de la relación. El paso del tiempo no había hecho sino intensificar los recuerdos de la pasión compartida.

Aunque seguía enfadada por las duras palabras que habían intercambiado por teléfono, se dio cuenta de que la obstinación de Jonas no era tan infranqueable como había creído en un tiempo.

Lo único que realmente importaba era que pronto volverían a estar juntos. Reservó un billete en el siguiente vuelo a San Antonio y dejó la llave de la habitación en el mostrador del hotel. En el trayecto al aeropuerto, y a pesar de que se moría de impaciencia, consiguió mantenerse por debajo del límite de velocidad.

El vuelo de dos horas y media le resultó interminable. Al llegar a San Francisco, sacó su coche del aparcamiento del aeropuerto y se dirigió directamente a Emporium y a los brazos de Jonas. Entró silenciosamente por la puerta trasera y se detuvo un momento para verlo trabajar. Vestido con un grueso jersey, apto para la fresca brisa otoñal que soplaba en el puerto, ofrecía un aspecto tan magnífico que Tara se quedó sin aire. Estaba hablando por teléfono, de espaldas a ella, y sus oscuros y espesos cabellos necesitaban un buen recorte. Jonas siempre había dejado que fuera ella la que se encargara de reservarle hora en la peluquería, y detalles como ésos la hacían sentirse muy especial.

Parecía irritado, como confirmó la palabrota que utilizó para describir a su interlocutor una vez que colgó el teléfono.

-¿Alguna vez te han dicho que tu habilidad para hablar por teléfono deja mucho que desear? -le preguntó Tara.

Jonas se giró en el asiento al oír su voz. El fuego ardió en sus ojos al verla caminando por la oficina. Se puso en pie de un salto.

-Has vuelto -fue lo único que dijo. Pero entonces pareció darse cuenta de lo ridícula que había sido su observación y añadió-. Me alegro. Esto es un infierno sin ti.

Tara llevaba soñando con ese momento desde que subió al avión.

Parecía que el mundo entero se concentraba en la distancia que los separaba. Incluso las motas de polvo que bailaban junto a la ventana parecían cargadas de electricidad. Cuánto había echado de menos aquellos ojos tan azules, aquel rostro duro y atractivo, aquella voz profunda...

Y la aliviaba descubrir que Jonas se alegraba de verla.

Fue toda una proeza no saltar por encima de los mostradores llenos de objetos y arrojarse en sus brazos. Se fue acercando a él paso a paso, pensando en despejar con un brazo la mesa que los separaba y hacer el amor en la superficie.

-Será mejor que te prepares -le avisó seductoramente, viendo cómo se aferraba al borde del escritorio con ambas manos.

Si a Jonas lo preocupaba que siguiera enfadada con él, ella estaba impaciente por tranquilizarlo. Le rodeó el cuello con los brazos y apuntó a sus labios, dispuesta a besarlo hasta hacerlo enloquecer de deseo.

Maldijo el tintineo de la campanilla anunciando la llegada de un cliente. Jonas giró la cabeza y desvió con la mejilla el beso de Tara.

-Aquí no -la reprochó con suavidad, liberándose de sus brazos.

Por muy brusco que pareciera, necesitaba poner distancia entre ellos hasta averiguar cómo iba a mantener una relación estrictamente profesional con aquella mujer. El brillo en los ojos de Tara lo hizo sentirse como Frankenstein. La dulce florecilla a la que recientemente le había arrebatado la virginidad se había transformado en una ninfómana.

-¿Aquí no? -repitió ella, incrédula. Lo miró como si la hubiera abofeteado y se apartó para que Jonas pasara a su lado.

Por lo que a ella concernía, Jonas podía tratar con los clientes él mismo. Ella, desde luego, no pensaba hacerlo. No con los ojos llenos de lágrimas.

-Sí, señor -espetó con un saludo burlón, sorprendida de que las palabras pudieran traspasar el nudo que se le había formado en la garganta.

El resto de la tarde, se ocupó de la contabilidad y dejó que Jonas atendiera a los clientes que iban llegando. Todos sus sueños de derretirse entre sus brazos y de que la llevara a la cama se habían desvanecido con el tintineo de la campana. Se juró a sí misma que arrancaría el maldito objeto de la puerta en cuanto colgaran el cartel de «Cerrado».

No podía evitarlo, pero se sentía como si Jonas la estuviera evitando a propósito. Cuando él le dijo al verla que su ausencia había sido un infierno, ella no había pensado que se refiriera al trabajo

acumulado en la oficina. Ahora no estaba tan segura.

Cuando el último cliente se marchó y se acabó oficialmente con el trabajo del día, Jonas la encontró con la cabeza inclinada sobre el escritorio, fingiendo que no sabía lo tarde que era.

-Hora de cerrar -anunció él, acercándose a ella.

-¿Y qué vamos a cerrar exactamente? -le preguntó con calma.

Jonas se puso tenso, sintiendo cómo una mano invisible le atenazaba el corazón al ver el dolor reflejado en aquellos grandes ojos castaños. ¿A qué idiota se le habría ocurrido en su tiempo unir la idea del matrimonio a la del amor? Desde su punto de vista, la soltería le ofrecía a un hombre mucha más libertad y menos riesgo económico que el matrimonio. Lo que necesitaba hacer ahora era sentarse con Tara y discutir aquello como dos adultos razonables. Y lejos de la oficina.

-La oficina. ¿Qué otra cosa hay que cerrar, Tara? ¿Qué te parece si te invito a cenar para celebrar tu vuelta?

El alivio en sus encantadores rasgos fue evidente. La tensión abandonó los hombros de Tara mientras le dedicaba una tímida sonrisa.

-Suena bien. Deja que recoja mi bolso.

Siendo un veterano de las relaciones fracasadas, Jonas sabía adónde llevarla para evitar una escena si Tara rechazaba su oferta para seguir como estaban, es decir, sin lazos. Horas antes, cuando la había visto tan guapa y feliz de reunirse con él, se había permitido preguntarse si la vida no podría ser tan simple como empezar y acabar los días en brazos de una encantadora mujer que lo amaba por lo que él era. Por un breve instante, había pensado en cerrar la puerta y hacer el amor sobre el gran escritorio que había traído de Australia. Semejantes pensamientos no lo ayudaban mucho en su decisión, y definitivamente no eran buenos para los negocios.

Recordó su promesa de dejar a un lado el deseo y hacer lo mejor para Tara, y se juró que le permitiría marcharse y empezar una vida con un hombre que no estuviera marcado por su pasado ni receloso del futuro. En cuanto a él, lo único que le importaba era el presente. Tara tenía que comprender eso, y cuanto antes mejor.

Sugirió que fueran a cenar a un bar cercano, el lugar menos romántico que se le ocurrió. Al salir, la brisa marina coloreó las mejillas de Tara a juego con el vestido rosa. ¿Cómo podía tener un aspecto tan deseable con aquel atuendo profesional?, pensó él, notando el contraste entre las concurridas calles de la ciudad y el tranquilo paseo que habían dado por el parque de Red Rock. De pronto, un joven pasó a toda velocidad sobre un monopatín y a punto

estuvo de chocar con Tara.

El la protegió instintivamente con el brazo. Ella lo miró enseguida a los ojos, esperanzada de que se rindiera al deseo y la besara allí mismo, entre una multitud de extraños.

-¿Estás bien? -le preguntó él.

Aunque ella asintió, sus ojos no mentían. Era obvio que no estaba bien mientras mantenía el rápido paso de Jonas. No se tomaban de la mano como habían hecho en Red Rock. No había vallas blancas que delimitaran un camino campestre. No había niños corriendo por las calles. No había cañones de la Guerra Civil recordando los errores del pasado. Sólo había llamativos carteles publicitarios exigiendo satisfacer las necesidades del presente.

El bar era tan ruido y estaba tan atestado como las calles. Jonas consiguió llegar a una pequeña mesa del fondo y pidió una cerveza para él y vino blanco para Tara.

-Tenemos que hablar -le dijo.

Tara se estiró para poder oírlo. No podían haber escogido un lugar menos privado.

-¿Qué dices?

-De la oficina -respondió él en voz alta-. Tenemos que recordar que no es sitio para mostrar sentimientos personales.

Tara le indicó que seguía sin oírlo. Jonas arrastró la silla hasta colocarse a su lado y se lo repitió al oído. Al hacerlo, aspiró sin querer la fragancia de su pelo y sintió la increíble suavidad de su mejilla. Tuvo que reprimir el deseo de mordisquearle el lóbulo de la oreja y el cuello. De succionarle un pezón. De poseerla allí mismo.

Tara dejó caer la mano a su regazo y le dio un apretón clandestino y seductor. Estaba decidida a seducirlo con su encanto y con sus miradas tentadoras.

Jonas gimió ante el descarado acoso de Tara. El pesar que sentía en el corazón por tener que hacer lo que debía era más doloroso que la tensión en la ingle. Maldita sea, ¡Tara se lo estaba poniendo muy difícil!

Se quitó la mano del regazo y la puso sobre la mesa.

-He dicho que tenemos que hablar -repitió, casi gritando.

Tara sonrió. Era curioso que fuera ella la que estuviera jugando y él quien de repente pareciera tan inhibido.

No era tonta. Estaba claro que el pobre tenía dudas. Pero, aunque Jonas no le hubiera prometido nada, era obvio que la quería. O al menos era eso lo que ella necesitaba creerse: que él la amaba y que algún día le pediría el matrimonio. Sin embargo, no era tan ingenua como para creer que los hombres pasaban directamente de la cama al

altar. Su madre siempre había afirmado que los hombres no se implicaban tan sentimentalmente como las mujeres cuando hacían el amor.

Pero aun así sabía que a Jonas lo había afectado la experiencia. Tanto como lo había aterrorizado. Sólo tenía que idear una manera para mitigar sus temores sin perderlo a él en el proceso.

Sostuvo una mano en alto como si fuera a jurar ante un tribunal.

-Juro solemnemente que se acabaron las insinuaciones en la oficina. Nada de guiños, besos ni coqueteo de ninguna clase. Si es eso lo que de verdad quieres...

-Lo es -afirmó él, aunque de repente no se sentía tan seguro.

-Entonces dime, ¿cómo se supone que debo comportarme cuando esté cerca de ti? -le preguntó con un brillo malicioso en los ojos.

-Igual que antes, por supuesto -se apresuró a responder.

-¿Y fuera de la oficina? -se acercó a él y le susurró al oído-: Dime cómo quieres que me comporte fuera de la oficina.

A Jonas le resultaba cada vez más difícil pensar, y mucho más hablar. En un duelo entre la mente y el cuerpo, la carne siempre obtenía ventaja.

-Como mi socia... y amiga.

-¿Y hasta qué punto puedo llevar esa amistad? -le preguntó con una ceja arqueada.

Obviamente estaba disfrutando a su costa, pensó Jonas. Tara sabía que la deseaba tanto como ella a él, y estaba dispuesta a usar todas sus artimañas femeninas para mantenerlo tan dócil como una mascota.

-Basta ya -espetó, con una voz tan fuerte que la asustó-. Quiero asegurarme de que no te hiciste una idea equivocada en Red Rock.

Tara se quedó boquiabierta. Jonas no podía infravalorar la intimidad que habían compartido.

-¿Una idea equivocada? -repitió lentamente-. Exactamente, ¿qué clase de ideas equivocadas crees que me hago?

Jonas lamentaba no haber ido a un lugar más tranquilo. Odiaba admitir sus sentimientos a voz en grito. Sabía que con eso sólo conseguía mostrarse duro y enojado.

-Sabes que te tengo aprecio, Tara, pero temo que haya podido engañarte acerca de mis intenciones.

Le pareció una situación de lo más forzada e incómoda. Tara, sin embargo, no estalló en lágrimas ni lo abofeteó ni le exigió que se casara con ella. Permaneció tranquilamente sentada, bebiendo su vino en pequeños sorbos, observándolo sobre el borde de la copa.

A él, en cambio, le sudaban las palmas de las manos, no le llegaba el aire a los pulmones y tenía el corazón encogido. Ojalá hubiera

algún modo de explicar que su intención de alejarse de ella era puramente honorable y caballerosa.

Tara dejó su copa en la mesa.

-¿Cuáles son exactamente tus intenciones, Jonas? ¿Fingir que no ha pasado nada entre nosotros? ¿Olvidarlo todo y continuar trabajando juntos como siempre?

Jonas se estremeció cuando la vio alargar una mano y ponérsela en la mejilla. Sintió un hormigueo en la piel cuando le pasó la punta de los dedos por la mandíbula. Lo invadió un deseo casi incontenible de poseerla con sus propias condiciones... igual que había tomado a tantas mujeres antes, y quienes lo habían usado a él para sus propios propósitos. Dar y recibir placer sin ningún escrúpulo no era algo nuevo para él.

Pero no con Tara. Por alguna inexplicable razón, no podía ser tan despiadado con aquella mujer en particular. Sin embargo, si iban a mantener una relación, de la clase que fuera, quería asegurarse de que no había dudas en las condiciones de su mutuo acuerdo.

Capítulo Ocho

-Estoy más que ansioso por continuar donde lo dejamos en Red Rock -dijo Jonas-. Sólo quiero que entiendas que no te estoy pidiendo que te cases conmigo. He intentado dejar claro que el matrimonio no es para mí. Personalmente, no te imagino aceptando un acuerdo como éste, pero por ahora es la única oferta que tengo.

Tara sacudió la cabeza, como si no pudiera creerse que Jonas hubiera abordado un tema así como si fuese una transacción comercial. Si no hubiera invertido su corazón en aquella relación, habría hecho lo que aparentemente Jonas quería que hiciera: largarse y dejarlo en el patético estado emocional en el que lo había encontrado. Si no lo hubiera amado tanto, lo habría abandonado como un caso perdido. Pero comprendía que Jonas sólo estaba reaccionando a sus nuevos y escalofriantes sentimientos del único modo que sabía: huyendo.

Conocía muy bien aquella jugada. Cada vez que se acercaba demasiado, él se marchaba al extranjero con el pretexto de que era un viaje de negocios. Siendo nada más que su secretaria y fiel amiga, había estado obligada a aceptar su comportamiento. Pero como amante no estaba dispuesta a permitirle que se saliera con la misma rutina que siempre.

-Jonas, lo que ha pasado entre nosotros ha sido lo más bonito que he experimentado en mi vida, y no tengo lo menor intención de olvidarlo. Francamente, me sorprende que tú puedas olvidarlo. Por si acaso no te has enterado, te lo diré de nuevo: te quiero. Quiero casarme contigo. Estaría mintiendo si te dijera lo contrario, pero podemos hacerlo del modo que tú prefieras. Eres el hombre que amo.

Jonas podía pensar que el matrimonio era imposible, pero ella venía de una larga serie de mujeres que no se amedrentaban ante un desafío. Si Jonas creía que su fría ofertas de tener sexo sin compromiso iba a asustarla estaba muy equivocado. Cierto que la hería profundamente que le hubiera sugerido algo así, pero no iba a rendirse sólo porque el hombre de su vida tuviera miedo de comprometerse. Estaba segura de que al final podría convencerlo.

Le apartó la mano del rostro y le dedicó una enigmática sonrisa que nada tenía que envidiar a la de la Mona Lisa.

-Por si no lo has notado, se me da muy bien esperar cuando se trata de conseguir mi objetivo -le dijo sosegadamente.

Habría habido una ligera posibilidad de salvar la velada si Tara no hubiera sacado el delicado tema de la familia.

-Creo que deberías llamar a Miranda -le dijo, sacando de la cartera el número de teléfono y dejándolo sobre la mesa.

-Y yo creo que deberías dejar de preocuparte de cosas que no te conciernen -replicó él.

Dolida, Tara volvió a guardar la tarjeta. Antes le había dicho que se le daba bien esperar, y era cierto. Su paciencia, sin embargo, tenía un límite, y Jonas lo estaba poniendo a prueba, seguramente a propósito. Y aunque ella estaba haciendo lo posible por no mostrarlo, sus nervios empezaban a crisparse. No importaba cuánto lo amase; no iba a consentir que la tratara como a un saco de boxeo toda la vida.

-¿Qué tiene de malo que me preocupe por ti? -le preguntó, mirándolo fijamente a los ojos-. Te quiero, por amor de Dios. Y aunque no seas capaz de decirme lo mismo, confío en que algún día te permitas a ti mismo amar a alguien. Si no a mí, al menos a la familia que te está esperando.

Alarmado por la manera que tenía Tara de hablarle, Jonas vio una oportunidad para cortar de raíz una relación que empezaba a ser agobiante para su vida profesional.

-¿Quién te ha pedido que seas mi portera? -le preguntó, midiendo con cuidado sus palabras. No quería el matrimonio, pero tampoco una compañera de piso ni consejos personales. Lo único que quería era libertad y alguna que otra aventura ocasional. Si Tara quería más que eso, se estaba engañando a sí misma-. ¿No tienes ya bastante con cuidar de tu padre enfermo como para que encima sacrifiques el resto de tu vida por un hombre como yo? Mi madre, que en paz descanse, hizo eso mismo por mí, y, para ser sincero, no lo aprecio en absoluto. Acepta mi consejo y no cometas el mismo error que ella. En otras palabras, ¡te agradecería que te ocuparas de tus propios asuntos y no metieras la nariz en los míos!

La crueldad de su ataque fue inesperada. Sus palabras la golpearon con más fuerza que un puño, y le costó un gran esfuerzo contener las lágrimas. En silencio se juró a sí misma que Jonas nunca sabría el poder que tenía de herirla. Qué ingenua había sido al pensar que podría ser más para él que una compañera de cama y una leal empleada. Sólo el orgullo le impidió- arrojarle la bebida a la cara. Tomó un sorbo de vino y aparentó una frialdad que no sentía. El líquido le recorrió la garganta como si fueran esquirlas de vidrio.

-Que nos hayamos acostado juntos no significa que tenga que casarme contigo -dijo él, irritado de que ella pudiera hacerlo sentirse un cretino sin decir una palabra.

-¿Y quién te lo ha pedido? -espetó ella, poniéndose en pie de un salto y arrojando la servilleta a la mesa-. Tu ego no conoce límites.

-Una cosa más -dijo él, levantándose también-. Tampoco quiero hijos. ¡Ni siquiera me gustan los niños! -añadió en un grito.

Tara no se molestó en ser dramática. Con mucha dignidad, se excusó para ir al aseo y, cuando estuvo fuera de su vista, se escabulló por la puerta al exterior. La brisa otoñal era fresca. Se preguntó cuánto tiempo esperaría Jonas hasta descubrir que se había marchado. Ojalá esperara hasta que el remordimiento sacara lo mejor de él o hasta que el encargado del bar lo echara.

Mientras caminaba, no se fijó en el balanceo de los cables de suspensión del Golden Gate, que relucía contra las colinas de la bahía. La vista más espectacular del mundo no podía librarla de la humillación que la empujaba calle abajo, entre las famosas casas victorianas de San Francisco pintadas con colores chillones. Ni siquiera sentía el tirón en las pantorrillas mientras subía y bajaba las empinadas cuestas de la ciudad, lamentando la cantidad de tiempo que había invertido en una relación sin futuro.

Había desperdiciado años de su vida satisfaciendo los caprichos de Jonas, ya fuera preparándole café, redactándole cartas o llevándole la contabilidad. Años haciendo de ella misma lo que pensaba que Jonas quería que fuese. Años desatendiendo sus propias necesidades y las de su familia. Años malgastados como las monedas que se echaban a una maquina tragaperras sin recibir nada a cambio.

Tenía que tomar una decisión. Podía continuar desperdiciando su vida mientras esperaba que Jonas se diera cuenta de lo afortunado que era al tener su amor. O podía aceptar el hecho de que nunca la vería como algo más que una secretaria. Cansada de perseguirlo, y dolida por las palabras que le había espetado, se dio cuenta de que se respetaba demasiado a sí misma como para continuar esperándolo. Lo aceptara o no, él nunca entraría en razón ni se arrodillaría a sus pies para pedirle el matrimonio. La suya tendría que ser una relación sin anillo.

Para ser justos, tenía que reconocer que él se lo había advertido. Nunca le había prometido nada ni había insinuado que quisiera continuar una relación íntima. Para él la noche de pasión que habían compartido sólo había significado sexo. Y obviamente quería olvidarlo todo y recuperar su vida donde la había dejado.

Tara esperó hasta llegar a casa para echarse a llorar. Después, empezó a escribir su carta de dimisión. El preciado negocio de Jonas iba a ir mucho peor sin ella haciéndose cargo de los detalles mundanos. Mientras escribía, una voz del pasado la llamaba. Era su madre, repitiendo su advertencia de no sucumbir al placer a costa del compromiso.

Su madre había sido una mujer muy sabia, que esperaba librar a su hija del dolor que a ella la había envuelto como un sudario. Lo que

para Tara había sido una hermosa unión de cuerpo y alma para Jonas no había sido más que sexo. Lo que para ella había sido un acto sagrado de amor para él había sido una simple aventura sexual.

La voz de su madre le aseguraba que podría quedarse sentada toda la eternidad, esperando inútilmente una llamada de Jonas. Él no iba a invitarla a cenas románticas. Ni a comprarle regalos caros. Ni a pedirle que fuera su esposa. Todo eso no eran más que fantasías adolescentes.

Sin embargo, a pesar de las pesimistas advertencias de su madre, no podía arrepentirse de haber hecho el amor con Jonas. Aunque había tenido un final desafortunado, había sido la experiencia más maravillosa de su vida.

Dio un respingo cuando oyó el teléfono. Con la esperanza de que fuera Jonas quien llamaba para salvar la relación, se sonó la nariz y se secó las lágrimas. No quería que supiera que había estado llorando por él. Agarró el auricular con una mano temblorosa. La decepción inicial al descubrir que no era Jonas dio rápidamente paso a una sensación de pavor.

En un segundo, Jonas había pasado a ser la menor de sus preocupaciones.

Capítulo Nueve

Tara se apretó la mano de su padre contra la mejilla mientras le pedía a Dios que le permitiera sobrevivir al ataque cardiaco que casi había acabado con su vida. Disgustada consigo misma por haberse preocupado tanto de su propio corazón cuando su padre había estado a punto de morir, se juró que nunca más volvería a fallarle. Su padre fue una vez un hombre fuerte y saludable. Era terrible verlo tan viejo y frágil, conectado a un amasijo de tubos y monitores. Tara intentó contener las lágrimas. Al menos, su padre apreciaba lo que hacía por él. Era un hombre que nunca se bajaría del pedestal, no como otro que ella conocía...

Un hombre que no temía agotar su corazón por amar demasiado.

-Hoy he dejado mi trabajo -le explicó Tara a sus hermanos, sin ofrecer ningún detalle-. Así que nada me impide cuidar de papá.

Aunque sus hermanos protestaron por lo innecesario que era aquel sacrificio, nadie quería ver a su padre en una clínica. Finalmente, se aceptó que Tara volviera a casa, al menos hasta que encontrara otro trabajo. Mike y Pat prometieron vaciar su apartamento y llevar sus cosas a la casa victoriana de tres pisos en la que todos se habían criado.

Así pues, al poco tiempo Tara se encontró sirviéndole una tostada a su padre en la vieja mesa de la cocina y asegurándole que todo iba bien.

A pesar de su débil estado, Howard Summers no estaba seguro de que quisiera tener a su hija cuidándolo... si eso significaba que ella debía renunciar a su vida.

-Puede que no sea el hombre que fui una vez -dijo, levantando su taza para que Tara se la llenase de café-, pero espero que el cretino que te ha hecho daño no sea tan imprudente como para presentarse aquí. Aún tengo mi escopeta, y no dudaré en utilizarla si con eso puedo darte una satisfacción.

-Lo sé, papá -respondió ella, mordiendo desganadamente su tostada-. Si te parece bien, sólo me quedaré a cuidarte mientras pienso qué voy a hacer con el resto de mi vida.

Era importante que su padre creyera que aquel acuerdo los beneficiaba a ambos y que no pensara que se lo trababa como a un inválido. Contrariamente a lo que Jonas creía, Howard Summers era tan inflexible como él en lo que se refería al sacrificio de Tara por un anciano enfermo.

Tara dejó su tostada y se fijó en el empapelado de la pared, que empezaba a desprenderse en un rincón. La molestaba tanto ver cómo su viejo hogar se caía en pedazos, que se propuso repintarlo y

empapelarlo de nuevo mientras intentaba enderezar su vida.

Le aseguró a su padre que, gracias a sus habilidades, no tendría problemas en encontrar un empleo fijo. Aunque, naturalmente, en ningún sitio le pagarían tanto como en su anterior trabajo, ni encontraría el mismo grado de satisfacción. La verdad era que, más que una simple secretaria, siempre se había considerado una pareja para Jonas.

Pero, fuera cual fuera su siguiente trabajo, tendría un beneficio incuestionable: no le destrozaría el corazón. Su padre tenía razón en una cosa. Ella merecía algo mejor.

Sin embargo, abandonar cinco años de sueños y esperanzas no era nada fácil. Y deseó con fuerza que Jonas también estuviera sufriendo por su repentina marcha.

Estaba sufriendo.

La había llamado a su apartamento varias veces aquella noche, furioso por haberlo dejado plantado en el bar. Quería asegurarse de que hubiera llegado a casa sana y salva, pero no obtuvo respuesta. Recordó cómo había descolgado el auricular en Red Rock, y supuso que volvía a estar obstinándose en su negativa a responder. Como era demasiado orgulloso para correr tras ella, decidió esperar hasta que volviera al trabajo el lunes. De ese modo los dos tendrían tiempo para calmarse y pensar.

Lo que no se esperaba en absoluto era que el lunes no apareciera. Era la primera vez en cinco años. Tara siempre llegaba antes que él, abría la tienda y le tenía una taza de café preparada. Volvió a llamarla y tampoco esa vez obtuvo respuesta. Irritado, colgó el teléfono y se dijo que podía dirigir perfectamente la oficina y su vida sin ella.

Pero no le resultó nada fácil. Aparte de echar de menos la alegre compañía de Tara, le costó mucho ocuparse del trabajo de dos personas. Responder al teléfono, tratar con los clientes y encargarse del papeleo, además de soportar un terrible sentimiento de culpa, era suficiente para que se viera tentado de colgar el cartel de «Cerrado» en la ventana. Estaba clasificando el correo amontonado en su mesa cuando descubrió una carta de dimisión de Tara. Era tan esmerada, elegante y profesional como la mujer que la había escrito.

Al ver la firma se le encogió el corazón. Supo entonces que Tara se había marchado.

Rompió la carta en pedazos e intentó consolarse con la idea de que tenía todos los lujos necesarios: un coche caro, un negocio en alza, un elegante apartamento con vistas a la bahía… Todo lo que le dijeron que nunca podría conseguir. Había demostrado su valía al mundo con un negocio que superaba sus propias expectativas… y las de su

padrastro.

Había logrado el éxito. Entonces, ¿por qué al mirar lo que lo rodeaba se sentía tan vacío? El hecho de que su victoria le pareciera tan superficial le hizo darse cuenta de lo poco que significaba para un hombre conquistar el universo si no tenía a nadie con quien compartirlo.

Se preguntó si Tara se estaría regocijando en ese momento al pensar en el caos que había dejado tras ella. No tenía sentido fingir que la echaba de menos como empleada. Lo que realmente añoraba era el dulce olor de sus cabellos, el suave sonido de su voz, las arrugas de sus ojos cuando sonreía, la compasión que mostraba a cualquier ser humano que se cruzaba en su camino, el modo en que lo hacía sentirse libre de los lazos terrenales cuando hacían el amor.

El modo en que lo hacía luchar por ser un hombre mejor.

No importaba. No iba a arrastrarse hasta ella cuando era ella quien se había marchado. Su padrastro había intentado que se arrastrase y había fallado. Y también los fabulosos Fortune. Jonas Goodfellow no se arrastraba ante nadie. Así de simple.

Después de haber convencido a Tara de que él no era el hombre adecuado para ella, sabía que debería sentirse aliviado. Se acabó el andar con pies de plomo por la oficina, resistiendo el deseo de reclamar su cuerpo y su alma. Se acabó el intento de defraudarla suavemente. Se acabó la preocupación porque naciera un bebé de la increíble noche de pasión compartida. No importaba lo furiosa que estuviese Tara con él; estaba obligada a decirle si se había quedado embarazada. Una mujer tan honorable no podía comportarse de otro modo.

El tiempo curaría el dolor que sentía en sus entrañas, ¿verdad?

A medida que pasaban las semanas y el pecho continuaba latiéndole dolorosamente, empezó a maldecir a Tara por haber desaparecido sin ni siquiera dejar una pista. Tampoco su casero fue de ayuda. Jonas intentó convencerse de que tan sólo echaba de menos su empeño y aptitud profesional. Con frecuencia le había dicho a Tara que era irreemplazable, pero nunca se había imaginado hasta qué punto era verdad. Ahora podía ver cómo había dado por sentado que siempre estaría con él.

Aquella certeza le sirvió para aguantar el desfile de ayudantes que contrató tras la marcha de Tara. Sólo una había demostrado un verdadero potencial, pero no cumplió ni remotamente las expectativas de Jonas al decirle qué podía hacer con la cafetera que no había conseguido preparar a gusto de su jefe. Antes de marcharse, le dijo a Jonas que su gran problema con ella era simplemente que no era su

antecesora.

Tenía razón, desde luego. La cruda verdad era que nadie podría estar a la altura de Tara. Jamás

Reconoció que la necesitaba, y no sólo para la oficina. Lo había sabido desde mucho tiempo atrás. Sólo porque él no hubiera tenido ningún modelo masculino en su educación no quería decir que éstos no fueran necesarios. Sólo porque su padre lo hubiera abandonado no implicaba que él fuera a abandonar a Tara algún día.

Avergonzado por haberse dejado dominar por los temores de su infancia, se negó a que el pasado siguiera controlándolo. Era el presente lo que importaba ahora. Con la determinación que lo caracterizaba en los negocios, decidió un plan de acción. Todo lo que tenía que hacer era encontrar a Tara y explicarle lo' idiota que había sido, suplicarle el perdón y rezar porque le diera otra oportunidad.

Para un hombre que había conseguido abrirse paso en medio de una jungla desconocida no debería ser muy difícil encontrar a la rubia más hermosa de la tierra.

Estaba embarazada.

Tara apoyó la frente en la fría porcelana del inodoro y esperó a que se le pasaran las náuseas. Al principio la había confundido perder peso, ya no podía seguir negando la verdad. Mirando el futuro desde el sueño del cuarto de baño, todo parecía muy claro.

Había pasado más de un mes desde que vio por última vez a Jonas. Por suerte, ella estaba hecha de un material más duro que la madre de éste. A diferencia de Leena Goodfellow, ella era una mujer fuerte e independiente a la que no la aterrorizaba la idea de ser una madre soltera. No sería fácil cuidar sola a un hijo, pero sabía que podría hacerlo. Naturalmente, ahora disponía de otras opciones que no habían sido legales cuando Jonas nació, pero ella jamás pensaría en abortar ni en dar a su hijo en adopción. Estuviera equivocada o no, iba a quedarse con el hijo de Jonas. Estaba decidida a darle todo su amor a la única parte de Jonas que había logrado mantener.

Sin duda Jonas se sentiría obligado a aceptar el hijo como suyo. Y con toda probabilidad insistiría en hacer lo mismo que los Fortune intentaban hacer con él: solucionar el problema con dinero y así aliviar la culpa. Seguramente también se ofrecería a casarse con ella, sólo con la intención de impedir que un hijo creciera sin el legítimo nombre de su padre.

En vez de aliviarla, aquel pensamiento la entristeció.

Ella necesitaba un marido que la amara en primer lugar como a una mujer, luego como a una amiga, y por último como a una pareja. Sólo entonces ese hombre podría ser la clase de hombre que ella

quería para su hijo. Un padre que, como el suyo propio, demostrara lo que realmente importaba en el mundo: amor verdadero, devoción a la familia y confianza en el alma gemela.

Se limpió la boca con un trozo de papel higiénico y se obligó a levantarse del suelo. Por muy desagradable que fuera tratar el tema con su padre, era el momento de afrontar la realidad. La negación no cambaría el hecho de que iba a ser madre.

-¿Te ocurre algo ahí dentro? -sonó la preocupada voz de Howard Summers al otro lado de la puerta.

-Estoy bien, papá -se apresuró a responder. No quería angustiarlo más de lo que ya estaba por su salud.

El sonido del timbre la salvó, de momento, de tener que confesarle a su padre que iba a ser abuelo.

-Yo abriré -le dijo, saliendo del baño.

-Si es un vendedor, dile que no queremos nada.

Tara se acercó a la puerta sin hacer ruido y escudriñó a través de la vidriera de colores. Fuera estaba lloviendo, lo que hacía más difícil distinguir la figura que esperaba en el umbral. Iba a agarrar el pomo cuando se dio cuenta de quién era. Allí, deformado por los colores de la vidriera, estaba Jonas, apretando algo grande y rojo contra su pecho.

A Tara le dio un vuelco el corazón. Sólo de verlo ya se ponía a temblar. ¿Cómo había logrado encontrarla? Se giró y presionó la espalda contra la puerta. No podía dejar que viera el efecto, que tenía sobre ella. Si la miraba, sabría que no podía resistirse a él, que el deseo la había consumido noche y día.

Si abría la puerta, sabía que se arrojaría en sus brazos, olvidaría la responsabilidad que tenía con su familia y declararía que estaba embarazada. Al imaginar la expresión de horror de Jonas al enterarse de que iba a ser padre, se apartó de la puerta. No quería que hiciera nada «honorable» por ella. No era justo que un inconformista como él estuviera atado a ella el resto de su vida por culpa de un embarazo imprevisto.

Y no era justo que ella se casara sólo por el bien de su hijo.

El orgullo y la testarudez mantuvieron la puerta cerrada.

Capítulo Diez

-¡Vete! -gritó Tara.

-¿Qué pasa? -preguntó su padre desde el salón.

-Nada, papá. Es sólo un vendedor pesado, como tú pensabas. Le diré que no queremos nada.

Jonas volvió a llamar al timbre y no dejó de presionar el botón hasta que Tara abrió una rendija, lo suficiente para ver el enorme ramo de rosas que le había llevado.

-¡He dicho que te vayas! -dijo ella en voz baja-. No quiero que preocupes a mi padre. Ya sabes que no se encuentra bien.

Sin decir más, cerró de un portazo antes de que Jonas pudiera pronunciar palabra.

Él volvió a llamar al timbre.

-¿Qué demonios está pasando ahí? -gritó Howard. Como era un poco duro de oído, tenía muy alto el volumen de la televisión-. ¿Quieres que salga y eche a patadas a ese pesado?

-No, papá -respondió Tara-. Lo tengo todo bajo control.

Era completamente falso. Tenía el pulso frenético y las manos temblorosas, y temía sufrir una hiperventilación si no conseguía echar a Jonas antes de que acudiera su padre. Al volver a mirar por el cristal, la horrorizó descubrir que una multitud empezaba a congregarse en el jardín delantero.

-¡Vete, por favor! -le imploró, abriendo otra vez la puerta-. No soy un caso digno de lástima, maldita sea.

-No, pero yo sí -replicó él, arrodillándose frente a ella.

-Tú lo que eres es un cretino -le dijo, y volvió a cerrarle la puerta en las narices.

A través de la puerta oyó los versos iniciales de una vieja canción de los Carpenters, que ella le había confesado en Red Rock que era su favorita. Calado hasta los huesos, Jonas mantenía su determinación sin importarle la lluvia o los curiosos. Tara esperó que cuando acabara la canción y no la viera ablandarse, se acabaría rindiendo.

Pero fingir que no estaba resultó inútil.

-¡Déjalo entrar! ¡Déjalo entrar! ¡Déjalo entrar! -coreaba la multitud.

-He sido un idiota al recorrer el mundo en busca de la familia que nunca tuve, pues tú eres la única familia que necesito, Tara -dijo Jonas, animado por los gritos.

Al oír la mención de la familia, Tara sintió que se le encogía el corazón. Jonas no podía comprender el significado de la familia después de haberle hablado tan odiosamente la última vez que se vieron.

-¿No has leído mi dimisión? -le preguntó con voz cortante.

-¿Se puede saber qué está pasando ahí fuera? -exclamó su padre, saliendo del salón y limpiándose las gafas con la bata. Estaba ojeroso y parecía muy débil.

-No es nada, papá. ¿Por qué no vas a acostarte un rato y dejas que yo me ocupe de esto?

Desgraciadamente, nadie parecía dispuesto a acatar sus deseos. Su padre descorrió la cortina que su esposa había hecho para las grandes ventanas del vestíbulo.

-Cielo santo, niña. ¡Hay una multitud en nuestro jardín!

Por suerte era un jardín pequeño.

-Tal vez debería llamar a la policía -dijo Tara, en un desesperado intento por impedir que su padre y Jonas se vieran cara a cara. Viendo la reacción que había tenido Howard Summers al descubrir la profunda herida quejonas le había inflingido a su hija, Tara se preocupaba por la salud de su ex jefe tanto como por la de su padre.

-¿Llamar a la policía? -preguntó su padre con incredulidad-. ¿Has olvidado que yo estuve en el Cuerpo? ¡En lo que concierne a esta casa, sigo siendo policía!

Desde su posición no podía ver bien a Jonas, sólo a los curiosos que se divertían gritando. Se ajustó el audífono para enterarse mejor de la situación.

-Jesús, nena, algún idiota ahí fuera está cantando una canción de amor. Voy a decirle que se vaya al infierno. No quiero que nuestro porche se convierta en una caseta de feria.

Frustrada en su intento por mantener a su padre al margen, Tara abrió la puerta. Rápidamente, Jonas metió un pie para impedir que volviera a cerrársela.

-Te lo suplico, ¡vete! -le rogó.

-No antes de pedirte una cosa -dijo él con voz ronca. Cantar bajo la lluvia no era tan fácil como parecía hacerlo Gene Kelly. Tenía el pelo aplastado en la frente, y parecía que lo hubieran sacado de la bahía.

La multitud estaba frenética ante la posibilidad de presenciar una auténtica proposición de matrimonio.

-Di «sí» -gritó un espectador, comprensivo con la causa de Jonas.

-¿No es lo más romántico que has visto en tu vida? -le susurró una joven a su novio adolescente.

-¡Vamos, señorita! -dijo otro, bajo un paraguas rojo y amarillo-. ¡Diga «sí»!

-Si un hombre se declara bajo la lluvia, ante Dios y el mundo entero, merece la pena que se lo perdone -corroboró una anciana señora.

« ¡No se está declarando, idiotas!», quiso gritarles Tara. La única

propuesta que esperaba de él en ese momento era un contrato laboral.

-De acuerdo -le quitó las rosas de las manos con cuidado de no pincharse con las espinas-, puedes entrar pero sólo un momento. Mi padre acaba de salir del hospital y no quiero que se angustie por tu culpa.

-¡Di «sí»! -volvió a gritar la multitud.

Tara los miró furiosa. Por todo lo que ellos sabían, Jonás podría haber sido un asesino, y sin embargo, sus acciones lo convertían en un héroe.

Lo agarró de la manga y tiró de él hacia dentro.

-El espectáculo se ha acabado. ¡Fuera todos! -gritó, antes de cerrar la puerta. La multitud se dispersó, decepcionada por no poder presenciar el final de la actuación.

Una vez dentro, Jonas se pasó un brazo por el empapado rostro y miró de reojo el perchero del rincón.

-Espero que sepas que no ha sido fácil seguirte el rastro -le informó.

-Pobre chico -murmuró ella con sarcasmo. No se ofreció a colgar su abrigo ni a pedirle que se sentara, sino que lo dejó de pie en el vestíbulo como si fuera un indeseado cobrador.

-¿Qué quieres? -le espetó-. Si es algo de la oficina, estaré encantada de ayudar... siempre que no tenga que tratar contigo.

Al oír la palabra «oficina», los ojos de Howard se encendieron. Miró a Jonas como si fuera el mismo Satanás el que estuviera en su vestíbulo.

-Así que éste es el jefe del que me habías hablado, el que te trató como a un felpudo. Enseguida voy por mi escopeta.

-Papá, no...

El pánico en su voz delató sus sentimientos. No podía imaginarse nada más horrible que tener que actuar de árbitro entre los dos hombres a los que más quería en el mundo.

-Me harías un gran favor si te retiras al salón y dejas que me ocupe de esto -le dijo.

Jonas dio un paso adelante y extendió la mano.

-Permita que me presente, señor.

El anciano apartó bruscamente la mano que le ofrecía.

-Ya sé, quién eres. ¡Eres el despreciable hijo de perra que le ha roto el corazón a mi hija!

El rostro de Howard estaba tan rojo como las rosas que Tara sostenía en los brazos, mientras que Jonas lucía una radiante sonrisa. A Tara le dieron ganas de abofetearlo.

-Más bien soy el estúpido hijo de perra que le rompió el corazón a

su hija -corrigió él-. Y he venido para disculparme por haber permitido que mis temores me impidieran ver lo mejor que me ha pasado en mi vida. Amo a su hija, señor Summers, y si ella quiere darme una segunda oportunidad, me gustaría pasarme el resto de mis vidas intentando hacerme digno de ella. Antes de proponerle el matrimonio quiero pedirle a usted su bendición. Aunque naturalmente comprenderá que, tanto si desea tenerme de yerno como si no, no me detendré ante nada.

Por mucho que Tara quisiera a su padre, Jonas no tenía intención de que nadie lo disuadiera. La crueldad de su padrastro le había enseñado que nunca debía acobardarse ante la intimidación. Por suerte, vio un repentino brillo de aprobación en los ojos de Howard Summers. Recordó que Tara le había contado que su abuelo había intentado interponerse, sin éxito, en el matrimonio de su hija. Tal vez el anciano estaba recordando un enfrentamiento similar de muchos años atrás.

-¿Cómo voy a saber que esto no es una hábil jugada por tu parte para que Tara vuelta a tu negocio? -le preguntó Howard con brusquedad.

A Tara le daba vueltas la cabeza. Dejó el ramo en una mesita y se dejó caer en un sillón de terciopelo. Estaba en un estado de shock. El corazón se le desbordaba de esperanza, pero su mente seguía dudando. ¿Sería verdad que Jonas la amaba y que quería casarse con ella a pesar de todo?

Se puso las manos sobre el vientre y se preguntó si no sería esperar demasiado que Jonas cambiara sus maletas por todo el equipaje adicional que venía con un bebé. Las sienes le palpitaban tanto que no podía pensar con claridad.

Pero, por encima de todo eso, estaba horrorizada de que aquellos dos hombres estuvieran peleándose por ella como en una tribu primitiva. ¿Acaso no se le había ocurrido a ninguno que ella tenía opinión propia? Era insultante que Jonas presupusiera que iba a aceptar su propuesta.

-¡Ya basta! -gritó.

Un silencio sepulcral se hizo en la habitación. Jonas y su padre la miraron como si por primera vez se dieran cuenta de su presencia.

-¿No crees que sería buena idea preguntármelo a mí antes que a mi padre? -le preguntó a Jonas-. Aunque parece que los dos hacéis una buena pareja...

-Escucha, cariño... -empezó a decir su padre en tono paternalista.

-Tienes toda la razón -lo interrumpió Jonas, en un tono semejante. Volvió a arrodillarse frente a ella y le tomó las manos en las suyas-. He

sido un idiota por haber creído que, al no recibir el amor de mi padre, nadie más podría amarme, especialmente alguien tan maravillosa como tú. Las últimas semanas sin ti han sido las más largas y tristes de mí vida. He descubierto que sin ti no estoy completo, cariño. Perderte significa perder mi alma. Te amo con toda la fuerza de mí ser, y haría lo que fuera para hacerte la mujer más feliz del mundo. ¿Querrías casarte conmigo, Tara, y pasar el resto de tu vida enseñándome a triunfar con el corazón?

Convencida de que era la proposición más hermosa jamás oída, Tara no pudo resistirse a apartarle un mechón mojado de la frente. ¡Cuánto adoraba aquel rostro! Sus ojos eran tan penetrantes que no la sorprendería que descubriesen su secreto.

Jonas cerró los ojos mientras sentía la suave caricia de sus dedos. Era el auténtico tacto del amor. Por la mandíbula, por las arrugas de la frente, por la curva de los labios, por las cejas y los párpados... Entonces ella se inclinó y le dio un beso en la frente.

Tara se preguntó por qué estaría dudando. Casarse con Jonas era la respuesta a sus oraciones. Estar con él era lo que más deseaba en la vida. Y estaba segura de que sería un padre maravilloso. Su hijo tendría un padre y una madre que se amarían el uno al otro y nunca le faltaría nada. Ella no tendría que trabajar fuera de casa a menos que quisiera hacerlo. La cuestión económica nunca sería un problema.

Sabía que a Jonas le dolería descubrir que había querido engañarlo. En el mundo de fantasía que se estaba construyendo en torno a ella y a su hijo; no entraba la posibilidad de que Jonas apareciera y descubriese la verdad. Así que le resultó tentadora la idea de no mencionar su embarazo hasta después de la boda. Podía fijar la fecha de la ceremonia lo antes posible. No le resultaría difícil mantener el secreto hasta entonces.

Miró a Jonas a los ojos y vio el amor que resplandecía en ellos. Vio la seguridad, la convicción... y vio un futuro construido a base de mentiras.

Respiró hondo y tomó una decisión tan irrevocable como la diminuta vida que crecía en su interior.

-Lo siento, Jonas. No puedo casarme contigo.

Capítulo Once

-¿Por qué no?

Era su padre quien le demandaba un motivo, pero eran los ojos de Jonas los que le traspasaban el alma. Tara esperó que la herida que veía en él no fuera incurable; sin embargo, tenía razón suficiente para tomar aquella decisión.

-Será mejor que no sea porque sientas la absurda necesidad de cuidarme el resto de mi vida -dijo su padre-. Puede que no esté en el mejor estado de salud, pero no soy un niño y me niego a que me trates como tal. Tal vez no te convirtieras en una santa sacrificándote por mí, pero lo que te garantizo es que eso me convertiría a mí en un mártir. Ninguno de los quiere ni necesita una vida así.

Al ver la conmoción que a su padre le producía semejante análisis, Tara se apresuró a tranquilizarlo.

-Cuidar de ti es un acto de amor, papá. Sabes que nunca serías una carga para mí. Quiero que dejes de preocuparte de que estás interfiriendo en mi vida, porque no es así.

Jonas no dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente a los ojos. Tara había esperado que la negativa lo hubiera enfurecido y se hubiera marchado dando gracias por haber evitado lo que posiblemente había sido el mayor error de su vida. En vez de eso, estaba consiguiendo que ella se sintiera como una criminal.

-¿De qué se trata, entonces? -preguntó él finalmente-. Si no es por lealtad a tu familia, debe de ser por mí. ¿Cómo has podido desenamorarte de mí tan fácilmente?

Tara se negó a dejarse manipular por sus inquisidores ojos.

-¿Nadie te ha dicho nunca que no? -le preguntó, furiosa por su arrogancia-. ¿Alguna vez se te ocurrió hablar conmigo en privado antes de traer un circo a mi puerta? ¿No crees que necesito oír las palabras «te quiero» antes de pedir mi mano a mi padre, como si estuviéramos en el siglo pasado? ¿No has pensado que tal vez tenga escrúpulos para casarme contigo que no tienen por qué estar relacionados con mi familia?

Su padre aprovechó la pausa para excusarse, esperando salir ileso de aquel inesperado campo de batalla.

-Estaré en mi dormitorio si me necesitas -le dijo a su hija.

Tara se lo imaginó sacando su escopeta del armario, pero dejó que se marchara. Como bien había dicho su padre, no era un niño y ella no tenía derecho a tratarlo como si lo fuera. Era una lección que ojalá Jonas aprendiese para tratarla a ella de otra forma.

-¿Cómo te atreves a venir aquí y comportarte como si tú fueras el herido? -le preguntó en cuanto se quedaron solos.

-Esta es una faceta tuya que no conocía -dijo él, negando con la cabeza.

Tara no supo si la estaba mirando con respeto o ansiedad. Pero no le dio oportunidad para decir si encontraba esa nueva faceta tan intrigante y atractiva como la dulzura que solía reservar para él. En vez de eso, se rebeló contra lo que percibió como una injusta crítica a su carácter.

-Eso es porque he estado muy ocupada intentando ser lo que tú querías que fuera. Tu chica de diario, tu mejor amiga, tu fiel empleada y tu compañera de cama. ¡Todo eso en una!

Un atisbo de sonrisa curvó los labios de Jonas.

-Escucha -le dijo, en un tono tranquilo que no consiguió calmarla-. No te culpo por estar enfadada conmigo. Reconozco que he sido un cretino, pero recuerda que es la primera vez que expreso mis sentimientos y que pienso esperar el tiempo que sea para que me des una segunda oportunidad.

-¿El tiempo que sea? -repitió, incrédula.

Ella no disponía de tiempo ilimitado; sin embargo, la oferta era tentadora. Si pudiera reunir el valor para hablarle del bebé, sería la oportunidad perfecta para que le demostrara si era un hombre mejor que su padre, Cameron Fortune... o para que se retirara caballerosamente antes de hacer sufrir a un niño inocente. Tara lo miró durante largo rato, considerando sus opciones, y finalmente respiró hondo.

-Creo que con seis meses bastaría.

Jonas la miró como si hubiera dicho un galimatías. Cuando al fin asimiló el significado de sus palabras, se sintió como si lo hubiera atropellado un camión.

-¿Qué? -fue lo único que pudo murmurar.

Todavía arrodillado a sus pies, le puso una mano en el vientre. El tacto quemó a Tara a través de la camisa de algodón. Tara se maldijo por ser tan débil.

-¿Quieres decir que vas a tener un bebé? ¿Nuestro bebé? -preguntó él, mirándola con los ojos como platos.

Tara le apartó la mano e intentó que la voz no le temblara.

-No, ¡mi bebé! -corrigió-. Permíteme que lo deje claro aquí y ahora. No espero nada de ti. Ni siquiera un centavo para su manutención ni una simple llamada telefónica el día de su cumpleaños. Desde este momento te eximo de cualquier responsabilidad en la concepción de este bebé. Eres libre para seguir viajando por el mundo, y, desde luego, no tienes que seguir con esta farsa de proposición basada en un anticuado sentido de la moral.

-No pensabas contármelo, ¿verdad? -dijo él, con expresión adusta-. ¡Estabas tan segura de que reaccionaría igual que mi padre biológico que ni siquiera ibas a darme la oportunidad de hacer lo correcto!

-Lo correcto es dejar que sigas con tu vida -insistió ella-, libre de aquello que más detestas: una familia. Lo admitas o no, el matrimonio y los hijos no son para ti. No están hechos para soportar esas aventuras en la jungla que tanto te gustan.

Su lógica fue tan cortante como un bisturí. Pero, quisiera o no a aquel hijo, no iba a huir de sus responsabilidades. Por Dios, ¿qué clase de hombre pensaba ella que era, que renunciaba a su carne y su sangre? Por primera vez en su vida, Jonas se preguntó si su propia madre no habría actuado tan presuntuosamente como Tara al no hablarle a su padre de su nacimiento, movida por un equivocado sentimiento de protección. Pensar en aquella falsa nobleza le provocó náuseas.

El dolor se transformó en furia.

-Un hombre tiene derecho a saberlo -le dijo.

Al ver su expresión destrozada, Tara quiso estrecharlo entre sus brazos, cubrirlo de besos y suplicarle que la perdonara. Pero, en vez de eso, la voz le tembló de furia.

-Después del modo en que me trataste cuando volví de Red Rock, ¿puedes culparme por no haber confiado en ti? ¿No me humillaste ya lo suficiente sin tener que pedirte que mantuvieras a un hijo que no querías? ¿O no recuerdas cómo jurabas que no querías hijos porque tu propia infancia había sido tan miserable que temías repetir el ciclo?

-Dijera lo que dijera, no tienes derecho a ocultarme a mi hijo -replicó él.

-Tal vez no -admitió ella a regañadientes-. Pero acabo de descubrir que estoy embarazada. Estoy segura de que tarde o temprano te lo habría dicho.

-Es triste que esto tenga que ser así.

La certeza de que quería ser más que un padre biológico para su hijo fue un gran shock para Jonas. ¡Iba a ser padre! El corazón se le llenó con un sentimiento maravilloso y desconocido. Tal vez no lo hubiese planeado, pero estaba decidido a ser el tipo de padre que no sólo contribuía con su nombre y dinero a la educación de su hijo... o de su hija. ¿Una hija? La idea de tener una niña le pareció aterradora. Todo lo que él sabía de niñas podía escribirse en una simple página. Si su hija era tan hermosa como su madre, él tendría que pasarse las dos décadas siguientes espantando a todos los chicos que se acercaran.

De repente se encontró planeando un futuro no sólo para sí mismo sino para ellos tres. Imaginarse una vida perfecta era tan fácil como

imaginarse a la esposa perfecta. Después de todo, ella estaba sentada frente a él, más hermosa que nunca. Nunca había encontrado atractivas a las mujeres embarazadas. Aquélla, sin embargo, hacía que el corazón le latiera desbocado y que la sangre le hirviese en las venas.

-Empiezan a dolerme las rodillas -le dijo. Nunca hubiera pensado que una proposición pudiera alargarse tanto-. Te lo pediré de nuevo, Tara. ¿Quieres casarte conmigo?

-Ya te le he dicho. No tienes que casarte conmigo porque esté embarazada.

-¡Ya sé que no tengo que hacerlo! -explotó él-. ¿Por qué no te metes en la cabeza que si lo hago es porque quiero?

Una ola de calor invadió a Tara. Era imposible no tener esperanzas ante aquella admisión. Aun así, quería que Jonas comprendiera la carga que la acompañaría en cualquier relación que pudieran fraguar.

-Sabes tan bien como yo que éste no es el mejor momento -le dijo.

-¿Por qué no? -preguntó él, recordando un viejo dicho según el cual si se esperaba a que una persona pudiera permitirse tener un hijo, el mundo estaría despoblado.

Tara sintió pena de él y se levantó, haciéndolo levantarse. Una mancha de humedad permaneció en la alfombra, donde había estado clavada su rodilla. Un recordatorio de su tenacidad.

-Por encima del hecho de tener un bebé antes de que podamos conocernos como pareja, estoy atada a mi padre, Jonas. Es verdad que me siento honrada por tu proposición, pero aún tengo dudas.

-Pero eso era antes -protestó él.

-¿Antes de qué?

-Antes de que conociera a tu padre y supiera que yo voy a ser como él. La clase de padre que protegerá a nuestro hijo de los lobos feroces como yo.

Acompañó su afirmación con un gruñido ronco y profundo, que le provocó un estremecimiento a Tara. Entonces le puso las manos en la cintura, la estrechó contra él y empezó a besarla en el cuello. Ella ahogó un gemido de placer mientras él se entretenía en el hueco entre las clavículas. Maldición... sabía lo sensible que era ella en ese punto.

-Además -murmuró él-, tengo el presentimiento de que mi interés por las aventuras en la jungla, como tú las llamas, irá disminuyendo con el tiempo. ¿Qué hombre necesita destinos exóticos, serpientes venenosas, hordas de mosquitos sedientos de sangre y ridículas leyes gubernamentales cuando podría estar viviendo felizmente con la mujer más dulce y maravillosa del mundo? Y con su precioso bebé.

Las lágrimas le impidieron responder a Tara.

-Sé que he herido tus sentimientos, cariño -siguió él-. Déjame compensarte.

La autodeterminación de Tara se hizo añicos. Su traicionero cuerpo temblaba violentamente.

-¿Y cómo piensas compensarme? -le preguntó en un susurro ronco.

Cuando los labios de Jonas se pegaron a los suyos, un aluvión de deseo la invadió, barriendo cualquier resto de resistencia. Jonas la abrazó con fuerza y la besó con calor y ternura, como si su vida dependiera de ello.

Tara gimió cuando él la agarró por las caderas y la apretó contra su cuerpo para que pudiera sentir su excitación. Ella le rodeó el cuello con los brazos para mantener el equilibrio, pues se estaba derritiendo de pasión.

-Te he echado de menos -dijo él, respirando agitadamente-. No me castigues por haber sido un idiota -le rogó-. Sé que no te he tratado bien, cariño. Supongo que no servirá de nada decirte que estaba aterrorizado. Nadie me había hecho sentir como tú, y tenía miedo de abrirme a esos sentimientos. No soportaba la idea de volverme vulnerable a otra persona. Pero ahora entiendo que el amor no es precavido ni práctico. No es algo que pueda planearse o dirigirse como un acuerdo comercial. ¡El amor es decirte que quiero casarme contigo y pasar el resto de mi vida a tu lado!

Tara se estremeció entre sus brazos, conmovida por sus valientes palabras, y lo perdonó con un beso en el que puso todo el amor de su corazón. Al fin estaba convencida de que el hombre de sus sueños no se casaba con ella por obligación o remordimiento. Se casaba con ella porque la amaba y nada más. Lágrimas de felicidad le inundaron los ojos y resbalaron por sus mejillas.

-Puedes guardar la escopeta, papá -gritó-. ¡Parece que no vamos a necesitarla en nuestra boda!

Howard Summers se acercó y le estrechó la mano a Jonas.

-Bienvenido a la familia -le dijo, con los ojos brillantes-. Por supuesto, sabes que si vuelves a hacerle daño a mi hija, te romperé los brazos.

-Le agradezco el aviso, señor -dijo Jonas. Miró a Tara y el corazón se le hinchó de gozo-. Será mejor hacer esto mientras tu padre me permita seguir viviendo -sacó una cajita de terciopelo del bolsillo de su abrigo.

Dentro estaba el anillo más hermoso que Tara había visto en su vida: un diamante de dos quilates rodeado por brillantes esmeraldas de impecable calidad. Personalmente, a ella no le hubiera importado que hubiera sido una alhaja barata. Lo que simbolizaba era más

valioso que cualquier joya.

-Es precioso -susurró, deslizándoselo en el dedo.

-Tú eres preciosa -respondió él, mirando fijamente el par de ojos que brillaban más que las esmeraldas. Unos ojos que lloraban de emoción y felicidad.

Nunca había conocido a nadie tan encantador como aquella mujer. Tara irradiaba el fulgor propio de las mujeres embarazadas; esa luz que las hacía atractivas a pesar de los tobillos hinchados y las hormonas revueltas. Jonas no estaba seguro de lo que opinaría el médico de las relaciones sexuales en su estado, pero ahora que estaba convencido de que su futuro suegro no iba a dispararle, su cuerpo reaccionó con una fuerza involuntaria al sentir la presión de los pechos de Tara.

-Bueno, entonces ya está todo arreglado -proclamó Howard con una amplia sonrisa-. Enseguida vuelvo con algo especial para celebrarlo. Esperad aquí.

Jonas deseó que tardara un rato. Desde el momento que Tara había abierto la puerta, vestida con unos vaqueros que moldeaban su figura y una camisa amarilla demasiado holgada, lo único que quería era poseerla en todos los sentidos: legal, emocional y :Físicamente.

-¿Dónde está tu dormitorio? -le preguntó. Involuntariamente, los dientes empezaron a castañetearle. Ni siquiera el fervor sexual podía sofocar el escalofrío que le recorría cada médula de sus huesos.

Tara lo miró con ojos muy abiertos.

-Está arriba. Pero, Jonas, no creo que sea aconsejable...

Justo en ese momento regresó Howard con una botella de champán y tres copas. Traía también un calendario bajo el brazo.

-He estado guardando este champán desde la gran juerga del milenio -anunció, pletórico-. ¡Pensaba que si el mundo iba a acabar por culpa de aquel Efecto 2000 que anunciaban, tenía que acabarlo a lo grande!

A Jonas le pareció prudente complacerlo, y al recordar el último brindis que había hecho, en el Double Crown Ranch a la salud de su nueva familia, y los desgraciados incidentes que siguieron, prefirió cederle el honor a Howard.

-Por mi amada hija y por el hombre que va a hacerla feliz -dijo el anciano, alzando su copa en el aire-. Y por mi nieto que está en camino. Nazca o no con salud, crecerá con amor y paciencia, y siempre se le considerará como un regalo del cielo.

Tara sintió que el suelo se abría bajo sus pies. -¿Cómo lo sabías, papá? -le preguntó con voz ahogada.

-Todavía me funciona la cabeza... Y he oído vuestra conversación

desde la otra habitación -admitió con un guiño.

Tara se alegró de que el anillo de compromiso sirviera para compensar la posible decepción que su padre pudiera sentir porque su hija no hubiera respetado la castidad prematrimonial.

El choque de las tres copas simbolizó la unión de las familias. Aquella casa no se parecía nada al lujo de los Fortune, pero Jonas la sentía como un hogar. Su suegro podía ser gruñón e incluso un poco grosero, pero sus sentimientos hacia su hija eran sinceros. No podía evitarlo: le gustaba aquel viejo cascarrabias.

Se imaginó lo mimado que estaría su hijo al crecer en medio de una familia verdadera, como la que él nunca había conocido. Al visualizar a su hija, con unos ojos del mismo color que los de su madre, participando en una carrera junto a sus numerosos primos, esbozó una sonrisa de anticipación. Su hijo crecería rodeado de amor y seguridad.

Incluso para un experto como él, el champán barato le supo mejor que cualquiera que hubiese probado antes. Howard le rellenó la copa y también él se sirvió otra, pero Tara rechazó beber más pensando en la salud de su bebé. Sin más dilación, su padre abrió el calendario y lo extendió sobre la mesa del comedor.

-Tan pronto como fijemos una fecha, llamaré a tus hermanos para comunicarles la buena noticia.

-Cuanto antes mejor -sugirió Jonas, temeroso de que Tara pudiera cambiar de opinión. Y además, no podría esperar mucho más para satisfacer su apetito sexual.

A Tara volvió a enfurecerla que su padre y su novio volvieran a planear su vida sin contar con ella.

-Si a alguien le importa lo que yo tenga que decir al respecto, hay un pequeño asunto que quiero tratar antes de que los dos os pongáis a planear mi boda -los ojos le brillaban de esperanza cuando miró a Jonas-. Las bodas son celebraciones familiares. Si vamos a casarnos, es importante que nuestras familias estén juntas. Quiero que llames a tu tía Mirada e invites a los Fortune a nuestra boda.

-¿Cómo que «si vamos a casarnos»? -preguntó Jonas con perplejidad-. Creía que estaba todo decidido.

La petición de Tara era completamente inaceptable. ¿Por qué iba a él a estropear el día más feliz de su vida con la presencia de una familia que sólo le había causado problemas? Antes le pediría al demonio y sus secuaces que los acompañaran en la luna de miel.

Capítulo Doce

-No puedo creer que quieras invitar a las mismas personas que me acusaron de asesinato -declaró Jonas lleno de indignación.

-Supongo que no puedo culparte por tener miedo de ellos -dijo ella compasivamente.

-No les tengo miedo -protestó él-. Simplemente, no confío en ellos.

Tara lo miró con una ceja arqueada, usando aquel maldito gesto que tenía para debilitarlo. Nadie había tenido nunca tanto poder sobre él. Con su paciencia y perseverancia lo hizo sonreír a pesar de sí mismo.

-Creo que te estás creando falsas expectativas -le avisó él-. Es tan probable que los ilustres Fortune acepten la invitación como que cumplan las promesas de su herencia.

A Tara la preocupó que tuviera razón. Después de todo, había pasado mucho tiempo desde aquella sorprendente declaración y no había vuelto a oírse nada sobre el tema.

-Aun así quiero invitarlos -dijo con total convicción.

Jonas se ablandó. No estaba dispuesto a perderla por culpa de algo tan insignificante como la lista de invitados. Además, estaba seguro de que los Fortune desdeñarían la invitación. Mientras no hubiera un riesgo real, no había motivo para no ceder.

-Tengo que decirte una cosa, a ver si llegamos a un acuerdo. El otro día recibí una carta de los Fortune, pidiéndome que fuera a San Antonio. Mi intención era ignorarla, pero si estás dispuesta a venir conmigo como mi esposa, tal vez acceda a empezar nuestra luna de miel en ese River Walk del que la ciudad está tan orgullosa. Pero en cuanto se declare que estoy formalmente desheredado y tú te convenzas de que es imposible mantener una relación con los Fortune, quiero llevarte a una isla tropical que muy pocas personas conocen. Quiero que me prometas que no te decepcionará lo que el abogado tenga que decir y que aceptarás que mi familia nunca va a estar tan cercana como la tuya. No pretendo parecer inflexible, pero creo firmemente que será mejor para nuestro hijo que no lo sometamos a ese ambiente de lujo y riqueza.

Aunque no era una autoridad en la materia, Jonas estaba convencido de que la mejor manera para criar a un niño era hacer todo lo posible por él pero sin concederle todos sus caprichos. Por eso quería evitarle a su futuro hijo cualquier influencia negativa.

-Te lo prometo -dijo ella mintiéndole con la mirada-, si tú me prometes que escucharás al abogado y que, si las noticias no son tan malas como predices, considerarás la idea de pasar toda la luna de miel en Texas conociendo a tu familia... Conociendo a la familia de

nuestro hijo -corrigió.

-¡Tienes que estar bromeando! -exclamó él, sin poder creerse lo que oía-. ¿Prefieres pasar la luna de miel en Texas en vez de ir a una isla paradisíaca?

Tara le pasó una mano por la mandíbula.

-Sólo quiero darles a los Fortune una oportunidad para que demuestren que no son únicamente unos ricachones. Tienen mucho más para ofrecerte aparte de dinero, y lo sabes.

-No me digas que eres una de esas personas que piensan que hace falta un pueblo entero para criar a un hijo -dijo él.

-Por supuesto que sí. Papá siempre nos ha dicho que no sólo te casas con la persona a la que amas; te casas con toda su familia.

La idea de casarse con todo el clan de Tara era más escalofriante de lo que Jonas quería admitir. Aun así, estaba dispuesto a intentar por todos sus medios que lo aceptaran en la familia, y si eso implicaba tener que ceder a los planes de su novia, lo haría sin dudarlo.

Así que miró a Howard Summers y le dijo:

-Cualquier fecha, cualquier lugar, cualquier lista de invitados, cualquier tipo de ceremonia que su hija quiera me parecerá bien. Todo lo que haga feliz a Tara me hará feliz a mí. Lo único que quiero de usted, señor, es su bendición.

El anciano extendió la mano y el apretón fue fuerte, a pesar de su estado de salud.

-Tenéis mi bendición, hijo.

La fe depositada en aquel apretón de manos hizo que Jonas deseará más que nada en el mundo vivir a la altura de las expectativas de su suegro.

Al ver a los dos hombres sellar su reconciliación, Tara tuvo que esforzarse por contener las lágrimas.

-Si no le das ropa seca, va a morir de neumonía antes de llegar al altar -le reprochó su padre.

-La verdad es que me gustaría quitarme esta ropa mojada -confirmó Jonas, agradecido de que alguien se hubiera fijado por fin en su incomodidad, y esperando que Howard entendiera que quería estar a solas con su hija-. Y luego me gustaría llevarte a cenar para celebrarlo -le dijo a Tara.

-Déjame que llame a uno de mis hermanos para que venga a quedarse con papá -dijo ella-. Luego, nos pasaremos por tu casa para que te des una ducha caliente. No quiero que pilles un catarro antes de la boda.

Antes de salir, Jonas le dijo a Howard que eligiera la fecha que quisiese. Era obvio que estaba feliz de irse ya.

La mirada ardiente de Tara confirmaba que ella pensaba lo mismo.

-No me esperes levantado -le dijo a su padre.

Poco después ambos estuvieron sentados en el Jaguar de Jonas. En vez de apretarse contra él, Tara se limitó a apoyar una mano en su hombro y acariciarle suavemente el cuello. Entonces se puso a juguetear con su oreja y sonrió de satisfacción cuando le provocó un suspiro.

-Si no tienes cuidado con lo que haces, voy a detenerme en el arcén y dejar que la naturaleza siga su curso.

-Y si tú no miras por dónde vas, vamos a pasar nuestra luna de miel en el hospital -se burló ella.

El diamante relucía a la luz de los faros que venían de frente, dispersando una miríada de diminutos prismas por el techo del vehículo. Tara bajó la mano hasta el regazo de Jonas y comprobó los poderes que tenía sobre él. Su involuntaria respuesta fue instantánea y pisó el acelerador con fuerza.

Una hora más tarde, llegaron al lujoso apartamento de Jonas, en un tiempo récord y sin una multa por exceso de velocidad. Tara arrugó la nariz con disgusto al ver la elegante decoración. Gracias a un diseñador con estilo y una asistenta eficiente, nadie habría supuesto que allí vivía alguien. No había nada fuera de lugar en la refinada y fría estancia.

Debatiéndose entre los escalofríos que le producían sus ropas empapadas y los destellos de calor al estar finalmente a solas con la mujer que amaba, Jonas dejó su abrigo mojado en el respaldo de una silla.

-¿Por qué no te pones cómoda mientras me cambio? -le sugirió, dirigiéndose hacia la ducha.

Las luces de San Francisco brillaban en la neblina del atardecer como algún reino encantado. Pero Tara no estaba tan interesada en la espectacular vista del salón como en el espectáculo más íntimo que incluía a un hombre desnudo para ella sola.

-Tengo una idea mejor -le dijo a Jonas-. ¿Por qué no te ayudo a cambiarte y ponerte cómodo?

Jonas se detuvo y la miró con ojos ansiosos.

-¿No tienes hambre? -preguntó. Quería estar seguro de que no malinterpretaba las palabras de Tara. No quería correr el riesgo de ofenderla. Por muy importante que fuera para él hacer el amor, comprendía que a una mujer le gustaban los detalles románticos. Y aquella noche tenía que ser una noche que recordaran siempre.

-Mucha -le aseguró ella, acercándose a él.

Le agarró el dobladillo de su jersey color crema y se lo quitó de un

rápido tirón por encima de la cabeza. Una camiseta empapada pegada a la piel la hizo pensar en bronce y satén. Jonas se la quitó impacientemente y llevó una mano hasta los botones de los vaqueros, pero ella se la apartó.

-Déjame a mí -le ordenó.

-Con mucho gusto -respondió él con un gruñido, preguntándose cuánto tiempo podría soportar esa tortura.

Su erección fue más y más obvia a media que los botones se iban soltando. Tara le puso una mano sobre el miembro mientras con la otra tiraba de los vaqueros hacia abajo. Experimentó un emocionante sentimiento de dominación femenina cuando lo hizo sentarse en el sofá negro y le quitó los zapatos. Estaban tan empapados como los calcetines, pero ella los arrojó sin mirar dónde caían.

Un momento después, los calzoncillos volaban en la misma dirección.

-Ven aquí -dijo Jonas, estremeciéndose de anticipación.

-Sea cual sea la fecha de la boda, no quiero arriesgarme a que te pongas enfermo. Primero, una ducha para entrar en calor. Te acompañaré si quieres.

No tuvo que proponérselo dos veces. La agarró de la mano y la llevó al cuarto de baño del dormitorio. Tara apenas tuvo tiempo de mirar la gran cama de matrimonio cubierta por un edredón oscuro antes de que Jonas abriera el grifo.

-Es mi turno para devolverte el favor -le murmuró él al oído. No sabía quién era esa mujer tan descarada en la que se había convertido su recatada novia, pero estaba decidido a animarla todo lo posible.

Rápidamente, le quitó la ropa, reprimiendo el impulso de rasgarla, y contempló maravillado la voluptuosa figura de Tara. Le quitó el sujetador y tomó los generosos pechos con las manos.

Tara se estremeció de placer cuando él se inclinó y empezó a lamerlos. Su lengua era como una herramienta mágica, y sus caricias tan íntimas y embriagadoras que ni siquiera fue consciente de que le quitaba las braguitas. De repente se encontró desnuda frente a él.

Jonas le pasó una mano por el vientre, aún plano, y se preguntó en voz alta cómo podía esconder dentro el secreto de un hijo.

-Te prometo que esta noche seré muy suave -le aseguró-. No quiero hacer daño al bebé.

-Por lo que he leído, es aún demasiado pequeño como para que lo molestemos haciendo el amor -dijo ella con una sonrisa-. Aunque, si tenemos cuidado, dudo que tengamos que preocuparnos durante todo el embarazo.

-Estupendo -fue todo lo que pudo decir, antes de que ella lo

agarrase de la mano y lo metiera en la ducha.

A Jonas se le olvidó toda intención de visitar al médico a la mañana siguiente. No tenía ni idea de que Tara pudiera ser tan atrevida. Los únicos recuerdos que tenía de ella eran de dulce inocencia y de ansia por complacer. Era la mujer que le había enseñado la diferencia entre practicar sexo sin más y hacer el amor. Para él se habían acabado las aventuras con otras mujeres, de modo que se entusiasmó al descubrir esa nueva faceta en su futura esposa: un lado maliciosamente juguetón que parecía saber cómo llevarlo al límite de su resistencia para luego retroceder y dejarlo jadeando por más.

-Estás jugando a un juego muy peligroso -le advirtió él mientras una nube de vapor los envolvía.

Tara soltó una risita y se puso a enjabonarlo con una pastilla de jabón. La ducha era suficientemente amplia para los dos. Jonas quiso hacer lo mismo con ella, pero Tara le rogó que esperase un poco más.

Lo hizo girarse de cara hacia el chorro, se vertió un poco de champú en la palma de la mano y empezó a masajearle los espesos cabellos negros. El dejó escapar un gemido de placer cuando ella amoldó el cuerpo al suyo por detrás y empezó a frotarse.

Jonas se apresuró a enjuagarse el pelo y se volvió para tomarla en sus brazos. Ella apoyó la cabeza en su hombro y dejó que el agua se llevara cualquier resquicio de duda sobre el hombre que la amaba. Un hombre que, sin haber sabido nada del bebé, la había buscado y se había sometido a la humillación pública por ella. Sonrió al recordarlo arrodillado bajo la lluvia y cantando una balada de amor. Además estaba deseoso de aceptar a su padre y sus hermanos como parte del lote. Y, más sorprendente aún, estaba dispuesto a reconciliarse con su propia familia sólo porque ella se lo había pedido. Y, lo mejor de todo, parecía sinceramente feliz por el bebé que su amor había concebido.

La vida no podía ser mejor.

Quería dárselo todo a Jonas: su corazón, su alma y su cuerpo. Se juró que no le negaría nada, de modo que cuando él declaró con un murmullo de agonía que no podía esperar ni un segundo más, alargó un brazo por detrás de él y cerró el grifo.

Antes de salir, escribió Te quiero en la humedad condensada de la puerta de la ducha. Jonas se detuvo y añadió un corazón a esas palabras.

Una vez fuera, Tara lo envolvió con una enorme toalla y lo secó de la cabeza a los pies, entreteniéndose en sus zonas más erógenas. Se apartó los rubios mechones de la cara, para dejarla completamente expuesta al escrutinio de su amado.

Él la envolvió con una toalla limpia y, alzándola en sus brazos, la llevó al dormitorio. La dejó sobre la cama, con tanto cuidado como si fuera una pieza de porcelana, y se detuvo un momento para deleitarse con la vista. Ella intentó no retorcerse bajo su mirada. La erección de Jonas, tan erguida y magnífica, la hacia sentirse tan poderosa como vulnerable.

Se abrió para recibirlo, y él aceptó la invitación con un gemido, tumbándose a su lado.

Cuando la penetró, Tara supo con total certeza que la unión de dos cuerpos era un acto sagrado. Los dos estaban tan ocupados en un estado de frenética necesidad que ninguno era consciente de nada más que el sabor, la esencia, el tacto del otro. Nada más importaba. Tara se movió bajo él y alcanzó el orgasmo casi al instante. Entonces, murmurando incomprensibles palabras de amor, Jonas explotó y se vació en su cálido interior, donde, increíblemente, su hijo crecía a salvo.

Parecía un milagro que un acto así hubiera tenido como resultado la concepción de un bebé. Tara se acurrucó bajo su brazo y se apretó contra él.

-Te quiero -le susurró medio dormida.

-Siempre te amaré -le prometió él, jurándose a sí mismo que le repetiría esas palabras cada día el resto de su vida.

Sudoroso, agotado y saciado, se apoyó en un codo y se deleitó en observarla. Los rubios cabellos se esparcían alrededor de su cabeza como una reluciente aureola. Como si quisiera asegurarse de que era real, Jonas le pasó la punta de los dedos por el contorno de su rostro. Unos ojos aún ardiendo de pasión lo miraron con un amor inocultable. Tara le confiaba su corazón, y él jamás volvería a defraudarla.

A punto de hundirse en un apacible sueño, Tara le tomó la mano y se la puso sobre el vientre.

-Los dos te adoramos -le dijo.

-Los dos necesitáis dormir -respondió él con una voz cargada de emoción.

Mucho rato después de que Tara se hubiera quedado dormida, Jonas seguía despierto, pensando, haciendo planes o simplemente deleitándose con la sensación del cuerpo de su futura esposa. Al fin había encontrado a su familia, y se juró que haría todo lo que estuviera en su mano para protegerla. Rezó porque los Fortune no intentaran hacer nada para minar sus esfuerzos.

Como intentar manipular a su hijo, igual que su padrastro había hecho con él.

O como poner a Tara en su contra.

Capítulo Trece

Si a Jonas lo sorprendió la alegre aceptación de Miranda a la boda, se quedó completamente pasmado cuando su tía le sugirió que celebraran la ceremonia en el Double Crown Ranch. O, más bien, se quedó horrorizado. Pero como a Tara le encantó tanto la idea, no se atrevió a decepcionarla. La única condición de Tara había sido que las dos familias estuvieran juntas en la boda, por lo que él no iba a arriesgar una vida de felicidad por culpa de los remordimientos que pudiera tener hacia los Fortune.

Y así, Jonas se encontró en un avión con destino a Texas, al mismo lugar donde lo habían detenido por intento de asesinato y donde ahora iba a planear su boda. Si eso no demostraba su amor por Tara, no sabía qué podría hacerlo.

Deseó que hubiera algún modo de sacudirse la sensación de que algo importante lo aguardaba en Texas. Algo que no incluía otro par de esposas.

Era la primera vez que Tara viajaba en primera clase, y se mostró encantada con los espaciosos asientos y la atención que le prodigaban las azafatas. Estaba sentada junto a la ventanilla, y le encantaba observar el mundo a vista de pájaro. Dejar atrás el océano y la verde California y dirigirse hacia las polvorientas llanuras del sudoeste la hacía sentirse como una moderna pionera que hiciera el Camino de Oregon en sentido contrario. Ojalá Texas fuera su tierra prometida...

Sabía que su familia aceptaría a Jonas por sus propios méritos como marido y padre. Pero, por muy hospitalarios que fueran, no era lo mismo que formar parte de su familia biológica. Por mucho que protestase, ella sabía que Jonas ocultaba una profunda herida. Una herida que podía extenderse a su matrimonio y al hijo que llevaba dentro.

Aunque no se había atrevido a expresar esos temores, sabía que un fracaso en la reconciliación con los Fortune podría paralizar los planes de boda. Ella no tenía intención de casarse con un hombre a medias. Se llevó una mano al vientre y se lo frotó discretamente, asegurándole al bebé que haría todo lo posible por ayudar a Jonas a que confiara en su corazón y su intuición; en esa vocecita interior que lo animaba a perdonar a su familia.

Por supuesto, también ella tenía dudas. Si se dejaba llevar por sus inquietudes, se pondría enferma de preguntarse si habría hecho lo correcto al convencer a Jonas de que fuera a Texas. Ciertamente, había una posibilidad de que los abogados confirmasen las sospechas que Jonas albergaba sobre su familia.

Con todo, se sentía más cómoda que él al seguir los dictados de su

corazón. Ya fuera la intuición, un presentimiento o simplemente el sentido común, sentía que su obligación era ayudar a su futuro marido a superar los obstáculos. Comprendía la preocupación de Jonas por la influencia de los Fortune en su hijo, pero estaba convencida de que sus temores eran infundados.

Sonrió. Por el modo que Jonas tenía de hablar de su familia, los Fortune parecían tan peligrosos como la Mafia. Por su parte, y después de...haber conocido a Miranda, ella no podía imaginarse a una mujer tan encantadora como a una criminal. Jonas se había apresurado a señalarle que su querida tía se había escapado a los diecisiete años para convertirse en actriz, y que era muy fácil dejarse engañar por su interpretación. Tara sospechaba que el miedo de Jonas se basaba más en el dolor por haber sido arrestado que por cualquier «verdad» que hubiera descubierto en sus parientes.

Los dos se sobresaltaron al oír la voz del comandante anunciando que estaban llegando a su destino.

-¿No es ése el río San Antonio? -preguntó ella, mirando por la ventanilla.

Su sonrisa emocionó a Jonas y lo llenó con un sentimiento de inmerecida alegría. Aparte de abrir su corazón a ella, ¿qué había hecho para merecer a semejante ángel?

-Eso creo -respondió.

El río de aguas verdes serpenteaba a través de la ciudad más antigua de Texas. A Jonas no le interesaba en absoluto, pero aun así se inclinó junto a Tara para complacerla. Aprovechó para besarla ligeramente, deleitándose con el sabor salado que los cacahuetes habían dejado en sus labios. Nunca podría saciarse de aquellos besos. En su experiencia con otras mujeres, besarse únicamente había sido un medio perfeccionado para llegar al coito. Con Tara, sin embargo, era un placer en sí mismo. Un casto beso en público y su cuerpo se endurecía de excitación al instante.

-¿Alguna vez has oído hablar del Mile High Club? -le preguntó, dándole un mordisquito en el cuello antes de volver a enderezarse en el asiento.

El brillo de sus encantadores ojos castaños le confirmó que sí había oído hablar del selecto club. Para ingresar en él, los aspirantes debían haber tenido uno o más orgasmos durante un viaje aéreo.

-Aún no soy miembro -le dijo ella con un tono provocativo-. Espero que hagas algo por remediarlo lo antes posible.

Jonas pasó la vista por la exclusiva zona del avión y apretó los dientes.

-¡Aunque eso signifique comprar mi propio avión!

-Los negocios están bien -dijo ella-, pero no son para, tanto. ¿Tengo que recordarte que tenemos que pensar en la educación universitaria de nuestro hijo?

No dudó ni por un segundo que Jonas era capaz de comprar y pilotar su propio avión o submarino. Todo lo que él quería lo conseguía, tarde o temprano. Ojalá el destino que los esperaba en tierra no se inmiscuyera en el deseo que sentían mutuamente.

Cerró los ojos y apretó la mano de Jonas, preparándose para el aterrizaje. El avión tomó tierra sin sacudidas. A Tara le pareció una buena señal, y deseó que la cita con los abogados al día siguiente y la reunión con sus futuros parientes fueran la mitad de suaves.

No les llevó mucho tiempo conseguir un taxi y llegar al hotel de lujo en el que Jonas había reservado habitación. Después de haber inaugurado debidamente la suite nupcial, se vistieron y fueron hacia el River Walk, el famoso Paseo del Río de San Antonio, donde los recibió un surtido de penetrantes aromas y coloridas vistas. La anterior sesión de sexo apasionado los había dejado hambrientos, así que consultaron los menús de los muchos cafés que se alineaban en el paseo, y finalmente sucumbieron a los olores de un restaurante mexicano. Se saciaron con fajitas picantes y abundantes margaritas, la de Tara sin alcohol por el bien del bebé, y compartieron un flan de caramelo de postre.

Luego, tomados de la mano, continuaron caminando por el paseo, admirando la mezcla cultural de mercancías expuestas a la orilla del tranquilo río. Estaban a mediados de noviembre, pero el tiempo en San Antonio era aún bastante cálido. Tara llevaba un chal sobre un vestido de gasa que ocultaba el apenas perceptible bulto de su embarazo pero que no hacía lo mismo con sus generosos pechos.

Al recordar la sensación de esos pechos tan suaves en sus manos, Jonas odió que llevara un chal y lo privara así de la vista de sus apetitosas curvas. Por suerte, el hotel estaba a la vuelta de la esquina, por lo que no le resultó muy difícil contener su deseo y acceder a que su novia hiciera algunas compras.

No eran los únicos amantes paseando por la orilla. Gente de todos los atuendos posibles, desde sombreros de vaquero a conjuntos deportivos y trajes elegantes, se rezagaban bajo los árboles. De una cantina cercana salía música, y, siguiendo un impuso romántico, Jonas estrechó a Tara entre sus brazos.

Un grupo de mariachis mexicanos les cantó una serenata mientras los dos bailaban bajo las estrellas que empezaban a brillar en el crepúsculo. Balanceándose al ritmo de la música, con sus brazos alrededor de los anchos hombros de Jonas, Tara se sentía

completamente feliz con su bebé protegido entre ambos. Aspiró hondamente y se deleitó con la sensualidad del momento. Con una mano acarició la camisa de Jonas mientras le pasaba la otra por su recia mandíbula. Cuando él la besó, sintió que daba vueltas descontroladamente, como una de esas marionetas hechas a mano que había comprado en uno de los puestos al aire libre.

-Vamos a montarnos en un bote -sugirió, señalando las barcas del río.

Jonas estuvo de acuerdo. Aunque, siempre precavido, se aseguró de que Tara no diera un salto innecesario para sentarse en una de las barcas.

-Podríamos haber estado en una góndola en Venecia -dijo con cierto pesar. Todavía se lamentaba de que Tara hubiera insistido en pasar la luna de mielen Texas.... Y sólo por su afán en reunirlo con la familia que lo había considerado capaz de un asesinato.

Tara no lo veía así. Los ojos le brillaban de emoción mientras navegaban tranquilamente por el río. Se acurrucó contra el pecho de Jonás y se rodeó con sus brazos.

-No podría ser más feliz de lo que soy contigo. Esperaba que entendieras que la verdadera satisfacción no está ligada a un sitio. Es algo que llevas contigo con la persona a la que amas.

Jonas le dio un beso en la cabeza y observó el cielo plagado de estrellas.

-¿Cómo he sido tan afortunado de encontrar a alguien tan sexy y tan lista?

Fue una pregunta que se hizo una y otra vez mientras pasaban bajo los pintorescos puentes hacia el corazón de San Antonio, hasta que finalmente regresaron al hotel para poner a prueba su resistencia una vez más.

Cuando, a la mañana siguiente, salieron del bufete de abogados Finch y Foresman, Jonas llevaba en el bolsillo una copia del documento que acababa de firmar. Teniendo en cuenta la importancia de su contenido, era bastante escueto.

La suma de diez millones de dólares ha de transferirse a la cuenta personal de lonas Goodfellow Fortune en la fecha señalada abajo...

Aunque Miranda y Ryan le habían hablado a su sobrino de la herencia, Jonas no había creído que llegara a hacerse realidad. Completamente aturdido ante la idea de convertirse en millonario de la noche a la mañana, se habría adentrado en la calle atestada de tráfico si Tara no lo hubiera agarrado de la mano.

El abogado le había asegurado que la herencia no implicaba ningún compromiso, pero Jonas aún se resistía a creer que fuera un

regalo.

-Para compensar cualquier daño o desgracia provocada por su padre, Cameron Fortune -habían sido las palabras exactas del abogado.

Jonas estaba en un estado de shock.

Tara, en cambio, estaba eufórica. No porque fuera a casarse con un hombre millonario, sino porque aquello demostraba de una vez por todas que Jonas se había equivocado al juzgar a sus parientes. Contrariamente a lo que él esperaba, los Fortune no lo habían desheredado ni habían intentado controlarlo. Simplemente le habían ofrecido su derecho de nacimiento y lo habían invitado a casa.

Tara .mantuvo la boca cerrada, pues pensaba que lo mejor sería darle tiempo para que asimilara la nueva situación. A veces era muy duro asumir la realidad, y sin duda a Jonas le resultaría muy difícil aceptar un acontecimiento que lo obligaba a cambiar su modo de ver el mundo. Al principio se había negado, insistiendo en que era demasiado inverosímil para ser creíble. Pero ahora empezaba a pensar que los Fortune no eran como él había creído. Su mala impresión de ellos había sido cimentada en la cárcel, cuando lo encerraron por un crimen que no había cometido.

Sin embargo, cuando pensaba objetivamente en las pruebas, tenía que admitir que todas las sospechas apuntaban a él. Si hubiera sido él a quien hubieran intentado asesinar, seguramente habría llegado a la misma conclusión que Ryan Fortune... que el invitado que había llevado el vino era el mismo que lo había envenenado.

Vagaron por la ciudad sin rumbo fijo, hasta que se encontraron delante de El Alamo, junto a la mayor parte de los turistas de la ciudad. Dentro hacía frío y a Tara se le puso la piel de gallina. Era un lugar estremecedor, que evocaba el miedo y la desesperación de los hombres que antepusieron la muerte a la rendición. Jonas también sintió la presencia de los espíritus del pasado cuando señaló los agujeros de bala en los muros del fuerte.

-Creo que los texanos hicieron lo correcto -dijo de repente.

-¿A qué te refieres? -le susurró Tara.

-Este es un lugar donde los hombres valientes dieron la vida antes que rendirse. Aunque fue una tragedia militar, los texanos la convirtieron en un grito de guerra. En vez de enterrar sus fracasos, se inspiraron en ellos y levantaron monumentos en su nombre -mantuvo la voz baja mientras seguía expresando sus pensamientos-. Esto encierra una lección. Es hora de que aprenda de los errores del pasado y me enfrente al futuro sin odio ni miedo.

Ella lo abrazó y lo besó apasionadamente para disipar cualquier

espíritu que los hubiera seguido desde aquella tierra sacralizada por las lágrimas y el derramamiento de sangre. Desde ese momento en adelante, siempre que recordara El Alamo, no pensaría en la conquista de la frontera, sino en la capitulación del valiente y testarudo corazón de Jonas ante lo que iba a ser el destino compartido de ambos.

Capítulo Catorce

-Siempre he querido comprar un pedazo de tierra con un riachuelo -dijo Jonas mientras conducían hacia Red Rock, soñando con los días ociosos que pasaría con sus hijos. No podía recordar una época en la que no lo atosigaran las llamadas telefónicas, el ruido del tráfico y las necesidades de una empresa que le consumía el corazón y el alma.

A Tara la complació ver cómo la magia de Texas surtía efecto en aquel testarudo hombre de ciudad, quien al principio no soportaba la idea de vivir en el campo. A ella también le gustaban la cultura y el bullicio de San Francisco, pero la idea de un estilo de vida más tranquilo empezaba a resultarle muy atractiva, mucho más ahora que iba a ser madre.

Las raíces de los Fortune estaban profundamente arraigadas en aquella tierra, y su herencia se apreciaba en cada punto del paisaje. Incluso para un extranjero, aquel lugar ejercía una fuerte influencia. El Double Crown Ranch estaba lo bastante cerca de San Antonio para disfrutar de la diversión de una ciudad, y a la vez lo suficientemente apartado de todo lo que implicaba la riqueza y la fama.

En aquel lugar un hombre podría ser él mismo sin escandalizar a nadie, pensó Jonas. Siendo alguien que de niño había tenido que humillarse para conseguir dinero para un helado, le resultaba difícil asimilar que ahora tenía dinero para conseguir lo que quisiera. Siempre había trabajado duro para vivir, por lo que no sabía qué iba a ser de él sin un trabajo. La idea de no tener que preocuparse nunca más por pagar las facturas se escapaba a su comprensión.

-¿Qué sugieres que hagamos con todo el dinero que tenemos? -le preguntó a Tara.

La risa de Tara fue como el repiqueteo de las campanas en una suave brisa.

-Para empezar -se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla-, podrías aprovecharlo para darte tiempo y descubrir quién eres. Para saber distinguir entre el trabajo y tú.

Jonas llevaba tanto tiempo metido en su profesión que la mera idea lo estremeció.

Ella le dio un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

-También te permitirá acostumbrarte a la paternidad y conocer a tu familia... los que lo han hecho todo posible. Como tú mismo descubrirás cuando tengas un hijo, la familia es lo más importante del mundo.

La idea de llenar de críos un hogar de verdad y de vivir dedicado a ellos en vez de a su trabajo hizo que el corazón de Jonas se abriera a esa posibilidad.

-Recuerda que tener dinero de sobra no es ni mucho menos tan importante como ofrecer a nuestros hijos un entorno seguro y feliz -explicó ella-. Más que en lujosas haciendas estoy pensando en la clase de casa en la que yo crecí, sólo que un poco más grande. Creo que para un niño es muy importante tener su propia habitación, ¿no crees? Un casa con un gran jardín lleno de árboles a los que poder escalar y con un par de perros que puedan correr libremente sin molestar a los vecinos.

Jonas pensó que mirar el rostro de Tara era como mirar al sol. Brillaba de entusiasmo mientras hacía planes de futuro.

-Y con la misma seguridad y el mismo amor con el que tú has crecido -añadió él-. Yo también lo quiero, nena. Más de lo que puedas imaginar.

Aunque había sido ella la que más había insistido en tener aquella reunión, Tara se sentía cada vez más tensa a medida que se acercaban a su destino. No se había equivocado respecto a la herencia, pero eso no significaba que los parientes de Jonas no quisieran controlar sus vidas, como él temía. Esperaba que todos comprendieran que ella lucharía como una leona contra todo el que intentase influir negativamente en su hijo.

También esperaba que Jonas no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba, aunque su cháchara era más reveladora de lo que hubiera sido el silencio. Jonas le dio un reconfortante apretón en la mano cuando tomaron la última curva del camino y se encontraron delante del famoso Double Crown Ranch. El enorme pórtico hacía imposible confundirlo con cualquier otro rancho.

La finca era mucho más grande de lo que Tara había imaginado. Kilómetros y kilómetros de valla se extendían a ambos lados de la puerta, delimitando el territorio de los Fortune, que hicieron pensar a Tara en las históricas plantaciones del sur. Por lo visto, sus futuros parientes poseían la mitad del Estado de Texas.

-No tenía ni idea -balbuceó, dolorosamente consciente de lo fuera de lugar que estaría con sus cómodas botas de ante y la alegre falda mexicana que se había comprado por capricho en las calles de San Antonio.

La casa más grande de la finca pertenecía a Ryan. La enorme mansión de estilo colonial se levantaba al final del camino de entrada, tan perfecta como una postal. Los caballos paciendo en idílicos pastos añadían encanto rural a la escena. Cuanto más se acercaban a la casa, más grande parecía ésta. Tara se preguntó si la pobre Cenicienta había pensado en bajarse de la carroza antes de pararse frente a la escalinata del castillo.

Sus miedos y preocupaciones se desvanecieron en cuanto vio a Miranda salir al porche y abrir los brazos dándoles la bienvenida. Por alguna inexplicable razón, Tara sintió como si estuviera llegando a casa y estuviera viendo a su propia madre. Miranda compartía muy pocos rasgos físicos con su difunta madre. Salvo el peinado a lo Grace Kelly, las dos eran distintas. Pero el encanto que irradiaba aquella mujer hacía que Tara se sintiera aceptada y querida.

Cuando Miranda bajó los escalones y se apresuró a recibirlos a medio camino entre el coche y el porche, una suave brisa sacudió el vestido de seda que llevaba. Los colores del arco iris brotaron alrededor de su esbelta figura, recordándole a Tara a un hada madrina que venía a saludarlos. El beso que le plantó a Tara en la mejilla parecía tan natural como si se conocieran desde hacía años.

-Me alegro tanto de que hayáis decidido venir -les dijo a ambos, dándole a Jonas una bienvenida igualmente entusiasta-. ¿No os parece que éste sería un lugar encantador para celebrar la boda?

Tara dijo que no se le ocurría un lugar más encantador en el mundo.

-Tranquila -le dijo Miranda-. Sólo te ofreceré la ayuda que quieras. Prometo que no te agobiaré.

Los ojos de Tara se llenaron de lágrimas. Habiendo muerto su madre, no podía pensar en nada mejor que en tener a aquella mujer tan maravillosa ayudándola a planear el día más importante de su vida.

Miranda los tomó a cada uno de un brazo y los condujo hacia la casa. Ryan aguardaba en el porche. A Tara la sorprendió el buen aspecto que tenía un hombre de, su edad. Sus ojos, tan negros como sus espesos cabellos, brillaban de emoción.

-Te debo una disculpa -dijo, mirando fijamente a los ojos del hombre a quien una vez había creído capaz de cometer un asesinato.

Jonas le ofreció la mano en un gesto de amistad.

-Si la situación hubiese sido la contraria, supongo que yo habría sacado la misma conclusión que tú -admitió-. Además, con una novia hermosa y un hijo en camino, no creo que haya suficiente espacio en mi vida para albergar rencores a nadie.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Ryan.

-¡Me alegro de oírlo! -se giró para tender la mano a Tara y añadió-: Encantado de conocerte por fin. Miranda no ha parado de alabar tus virtudes desde que te vio en el pueblo. Desde luego, tenía razón al decir que eras toda una belleza. Insiste en que debemos agradecerte que hayas convencido a este sobrino mío tan cabezota para que nos dé otra oportunidad.

Tara se ruborizó. Ryan le parecía tan amable y encantador como Miranda. Su empeño por enmendar los errores de su hermano Cameron decía mucho de él, así como su disposición para perdonar a Jonas por haberlo criticado.

Jonas miró los alrededores e hizo una observación.

-Teniendo en cuenta que el culpable de tu envenenamiento sigue en libertad, me pregunto si no estaremos siendo un poco temerarios al planear una boda aquí. ¿Te importa que te pregunte si tenéis algún tipo de protección?

-Para empezar, disponemos de un arsenal personal -respondió Ryan muy serio, refiriéndose a las armas que guardaba en su cámara acorazada particular.

Como si temiera que el comentario de Jonas los hiciera a todos vulnerables a las balas de un francotirador, Miranda les pidió que entraran en la casa.

-Hay alguien a quien quiero que conozcáis -les dijo.

Los hizo pasar a un gran estudió con chimenea y los invitó a sentarse. Tara y Jonas se acomodaron, los dos muy juntos, en un sofá de piel tan suave al tacto como la mantequilla. La habitación estaba elegantemente decorada con tapices hispanos, cuadros, grabados y objetos de cerámica. Tara se alegró de ver que la riqueza no era tan ostentosa como cómoda y agradable. La casa de Ryan era muy distinta a la suya, pero las dos tenían algo en común. Ambas irradiaban una cálida sensación de hospitalidad.

Se preguntó si Jonas no se sentiría como el hijo pródigo, visto el modo en que sus tíos celebraban su regreso. Le hizo un guiño cuando nadie estaba mirando, esperando aliviar sus temores por la presión de su nueva familia. Cuando la conversación se desvió hacía el futuro bebé, Miranda y Ryan se apresuraron a asegurarles que toda la familia estaba entusiasmada con los niños. También dijeron que les parecería bien cualquier nombre que eligieran, pero les pidieron amablemente que al menos consideraran ponerle al bebé el apellido Fortune.

En vez de rechazar la sugerencia, Jonas sorprendió a Tara cuando sonrió afablemente y dijo que discutirían eso cuando estuvieran a solas.

Luego, carraspeó incómodo antes de sacar un tema embarazoso.

-Quería daros las gracias a vosotros dos y a Mary Ellen por vuestra generosidad. Diez millones de dólares son...

A falta de palabras, alzó las manos como diciendo que no podía creérselo.

-Poca cosa -concluyó Miranda, como si semejante cantidad de dinero no fuera más que un pequeño obsequio de Navidad-. Ryan está

planeando unas pequeñas vacaciones en diciembre para que vengan unos amigos muy especiales. Espero que eso no interfiera en vuestros planes.

Jonas explicó que pasarían todo el mes de diciembre en su luna de miel, y se apresuró a reiterar su deseo de casarse lo antes posible. Habiendo recibido él mismo la generosidad de los Fortune, podía imaginarse el lujo de la fiesta de Navidad. Si el brillo de los ojos de su tío indicaba algo, los regalos que tenía pensados debían de ser impresionantes.

-Mary Ellen vendrá más tarde -le dijo Ryan a Tara-. Estoy seguro de que comprenderás lo duro que ha sido todo esto para ella.

Tara lo comprendía. Descubrir que su difunto marido había tenido tres hijos ilegítimos debía de ser terrible, tanto personal como socialmente. Y que Mary Ellen hubiera donado a esos hijos una parte de la riqueza de Cameron decía mucho en su favor.

Jonas y Ryan acordaron dejar los preparativos de la boda en manos de las mujeres. Jonas sólo quería que se celebrara cuanto antes, y aunque Miranda prefería un gran acontecimiento para presentar al mundo a los dos nuevos miembros de la familia Fortune, Tara insistió en que fuera una ceremonia sencilla pero elegante. Los detalles básicos ya estaban resueltos. La hermanastra de Jonas sería la dama de honor, los dos hermanos de Tara serían los testigos y, naturalmente, su padre la escoltaría hasta el altar.

El vestido también estaba ya elegido. Un conjunto de seda francesa, con los hombros al descubierto, guantes de encaje y una cola impresionantemente larga. Una verdadera reminiscencia de aquellos tiempos lejanos en los que, los reyes no escatimaban en gastos para engalanar a sus reinas. Además, era lo suficientemente suelto para ocultar su embarazo. Tara tenía pensado rizarse el pelo y recogérselo en lo alto de la cabeza con un velo incrustado de diminutas perlas. En el cuello luciría un collar a juego, hecho con las preciadas perlas de su madre.

Todo lo que quedaba por planear eran las flores, el refrigerio y la ceremonia en sí.

Estaban discutiendo cómo podían usar el belvedere como el punto central de la ceremonia, cuando un hombre atractivo apareció bajo el arco de la entrada. Los azules ojos de Miranda se abrieron como platos. Tara reconoció enseguida aquella mirada. Era la misma que ella le echaba a Jonas. La mirada de una mujer enamorada.

Miranda se puso en pie y se apresuró a presentar al recién llegado.

-Tara, Jonas, éste es Daniel Smythe, un viejo amigo mío. Daniel, me gustaría presentarte a los nuevos miembros de la familia Fortune.

-Es un honor -dijo Daniel. Les pidió que no se levantaran y sacudió tristemente la cabeza-. Dejadme ser el primero en daros la bienvenida a esta familia de locos. Pero antes de que os acomodéis demasiado, creo que debéis saber algunas cosas sobre los Fortune que no aparecen en los periódicos.

Una expresión de horror cubrió el rostro de Miranda.

-No hay necesidad de que nuestros invitados sepan nuestros trapos sucios -le pidió a su amigo, con ese suave acento sureño destinado a derretir el corazón de cualquier hombre.

Pero Daniel Smythe no era un hombre que se dejara convencer por las artimañas femeninas.

-Nadie discute que los Fortune hayan cometido errores, pero siempre han intentando enmendarlos... aunque sea muchos años después. Muchas familias adineradas harían todo lo posible por mantener tu linaje en secreto, Jonas. Pero los Fortune, no. En absoluto. Esta familia hace todo lo que esté en su poder para arreglar sus errores, aunque eso signifique despilfarrar su riqueza, someterse a la prensa del corazón, exponerse a intentos de asesinato en su propia casa... o perder al único y verdadero amor de su vida por el bien de la honestidad.

Aunque Daniel estaba hablándole a Jonas, sus ojos estaban fijos en Miranda.

-Creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que soy el único en esta habitación que puede entender cómo te sentiste al descubrir que formabas parte de una familia a la que nunca habías conocido. Verás, antes de que aceptara ser mi esposa, tu preciosa tía Miranda decidió que era mejor hablarme de los gemelos que había tenido conmigo pero de los que yo no sabía nada.

Miranda se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre.

-Al enterarme -siguió Daniel-, pensé seriamente en darle la espalda y no volver a mirarla, pero entonces me detuve a pensar en el valor que le había hecho falta para revelarme esa información, arriesgándose a perder mi amor. Y me di cuenta de que sería un imbécil si la perdiera... otra vez -hizo una pequeña pausa antes de continuar-. De modo que aquí estoy para deciros una cosa: creo que sois la pareja más afortunada del mundo por poder formar parte de una familia como ésta. Una familia tan deseosa de añadir un bebé al árbol genealógico como de acogerte a ti y a tu hermosa novia, Jonas. Y estoy orgulloso de que seáis testigos de mi intento por ingresar yo también en esta maravillosa familia... si Miranda me acepta, claro está.

La respuesta de Miranda no se hizo esperar.

-Espero que sepas el error que has cometido al pronunciar un discurso tan encantador delante de tantos testigos -lo reprendió ella con los ojos llenos de lágrimas, y lo estrechó cariñosamente entre sus brazos-. Hará que me sea más difícil echarme atrás.

-No te preocupes por eso -le aseguró Daniel-. En cuanto lo arregle todo, tengo intención de casarme con la chica de la que me enamoré hace tantos años... O, más bien, con la increíble mujer en que se ha convertido -se corrigió con una sonrisa.

Tara se apartó las lágrimas que le nublaban la visión, mientras Jonas la miraba desde una nueva perspectiva. Que Daniel Smythe pudiera aceptar los desafíos que el destino le presentaba y pudiera olvidarse de sus resentimientos le hizo pensar en olvidarse de los suyos propios. En comparación con los de Daniel, sus rencores eran insignificantes.

Tara tenía razón al decir que la familia era lo más importante del mundo. Al principio, él había accedido a casarse en Texas sólo para complacerla, pero el nudo que se le había hecho en la garganta al presenciar aquella enternecedora escena le hacía plantearse muchas cosas, como trasladar la oficina desde San Francisco a la tierra de su familia. Tomando la barbilla de Tara en la mano, le hizo levantar el rostro y la besó en los labios.

En cuanto se instalaran, iba a dedicar toda su atención al resto de su apetitoso cuerpo. Esperaba que sus tíos no se opusieran a que compartiesen una habitación antes de la boda. Tenía intención de pasar cada noche del resto de su vida en la misma cama que Tara. Por lo que a él concernía, ya estaban casados en sus corazones. Un pedazo de papel no iba a suponer ninguna diferencia en sus sentimientos hacia la mujer que estrechaba entre sus brazos.

-Por mucho que me guste planear una boda doble, no quiero estropearos vuestro día tan especial -les dijo Miranda.

Aunque tanto Jonas como Tara le aseguraron que no se los estropeaba en absoluto, que aquello simplemente doblaba su felicidad, pronto fue obvio que Miranda estaba planeando la boda del siglo.

-Invitaremos a todos los Fortune. ¡Será la mayor celebración que la familia haya visto jamás! Conozco a la perfecta organizadora de bodas. Su nombre es Michelle Guillaire. Debería ser en febrero, ¿no os parece? Para entonces ya habréis vuelto de vuestra luna de miel y podréis asistir, ¿verdad?

Era más una afirmación que una pregunta.

-Por supuesto que sí -se apresuró a asegurarle Tara, dándole un ligero codazo a Jonas.

-No nos lo perderíamos por nada del mundo -dijo él, riendo con las

tácticas femeninas. Sin embargo, al recordar los problemas que le había causado la última reunión familiar, quiso poner una última condición-: Pero que sea otro quien traiga el vino -añadió con una humilde sonrisa.